

Miki Russo

# Mala Coincidencia



  
Ediciones  
Alféizar

HOJA ROJA

# Mala Coincidencia

—Miki Russo—



Ediciones  
Alféizar

© 2020

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España

Autor cubierta: Enrico Pitton

Teléfono: 34 644 524 524

Email: [info@edicionesalfeizar.com](mailto:info@edicionesalfeizar.com)

Web editorial: [www.edicionesalfeizar.es](http://www.edicionesalfeizar.es)

## ÍNDICE

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32

33

34

35

36

37

38

39

40

EPÍLOGO

1

2

# 1

Terminé de redactar el mensaje, adjunté el archivo con el presupuesto y le di enviar al correo electrónico. Acto seguido cerré mi laptop y cogí el abrigo tan rápido como pude; el reloj marcaba las seis y treinta de la tarde y la reunión de padres era a las siete en punto.

Corrí al metro y, de pura buena suerte, llegué a la escuela cuando los apoderados ingresaban al salón. Me apresuré porque no quería ser la última en entrar, pero accidentalmente choqué contra un hombre de traje gris que iba hablando por celular.

—Perdón —me disculpé.

—Fíjese por dónde camina, señora —me gruñó.

Me dio una mirada de desprecio, se sacudió el saco donde lo había tocado y continuó hablando. Era extraño: jamás lo había visto en las reuniones anteriores, en los cuatro años de secundaria, y eso que Melisa, mi hija, había estado siempre con los mismos compañeros.

Tomé asiento y puse atención porque en el último año había muchas cosas de las que hablar; la graduación, el viaje final, los test vocacionales que ayudarían a los chicos a decidir qué hacer con su futuro y un montón de asuntos más.

Al terminar la sesión, Franco, el profesor, alzó la voz.

—Necesito que se quede un momento, señor FitzGerald —anunció.

El hombre del traje gris, aquel desagradable sujeto con quien me tropecé en la entrada, puso una expresión de ira y se detuvo. Bingo, él era el padre cuyo hijo seguramente sería un problema y por eso debía quedarse tras la junta.

Cuando pasé junto al maestro no dudó en alabar a mi pequeña.

—Maya, dígame a Melisa que le fue muy bien en el examen de geometría —sonrió.

—Claro que se lo diré —le devolví la sonrisa.

Me despedí de las demás madres y salí triunfante, porque Melisa era una de las mejores estudiantes y tenía una conducta intachable, así que jamás recibía quejas por ella, sólo felicitaciones.

## 2

Llegué a casa cerca de las nueve de la noche. Me encontré a Melisa sentada en el sofá frente al televisor; apenas me vio entrar se levantó y corrió a la cocina a encender el microondas. Dos minutos más tarde me servía un succulento trozo de pizza napolitana, mi favorita.

—¿Cómo estuvo todo, mamá? —preguntó, bajándole un poco el volumen al televisor.

—De maravillas —respondí, tragando mi pizza.

—¿El profesor Franco se quejó de mí?

—Muchísimo —bromeé, arqueando una ceja—. Dijo que tu examen de geometría está excelente.

—Y eso que casi no estudié —alardeó.

—Engreída —resoplé, dándole un pellizco en la mejilla.

Charlamos un rato, mientras limpiábamos la casa, y a eso de las diez Melisa me dio un beso en la mejilla y se fue a su cuarto. Le gusta leer un rato antes de dormir, así que cogió su Kindle que se cargaba sobre la mesita lateral y se la llevó a su cuarto.

Melisa y yo somos solamente las dos, ella es mi razón de vivir y por eso me gasté un dineral en comprarle el Kindle, una buena laptop y su móvil, cosas que jamás me pidió pero que yo creí que de sobra merecía. Es una excelente hija, cariñosa y atenta, además de una estudiante de primera ¿Qué más puede pedir una madre?

Ella es perfecta para mí. La que ha cometido los errores he sido yo.

A los quince años me enamoré de un chico y él dijo sentir lo mismo por mí. A los dieciséis nos hicimos novios y a los dieciocho, poco antes de graduarme, supe que estaba embarazada. Mi novio fue aceptado en una universidad al otro lado del país, a donde se marchó con sus padres. Me prometió que me ayudaría, que estaríamos juntos para siempre y que se pondría en contacto conmigo apenas se instalara en su nuevo hogar, pero... no volví a saber de él.

Al principio puse mis esfuerzos en buscarlo, pero al cuarto mes mis padres supieron de mi estado y se volvieron locos de ira. Me echaron de la casa, únicamente con un bolso con ropa y un par de libros bajo el brazo. Había arruinado mi vida, dijeron, ya no podría ser una profesional ni viajar por el mundo como era mi sueño. Mis notas en la escuela eran excelentes, pero no pudieron ayudarme cuando me vi sola en el mundo.

A duras penas llegué donde mi abuela paterna, que vivía a cien kilómetros de mi antigua casa. La veíamos poco porque no se llevaba bien con mi madre, pero apenas estuve de pie en su puerta, asustada y con una criatura creciendo en mi interior, me sonrió y me hizo pasar. Claro, una vez que mis padres supieron que ella me recibió dejaron de hablarle y no volvieron a hacerlo nunca más. Yo era la vergüenza de la familia y ella la traidora que le tendía la mano.

Trabajé limpiando casas en un condominio hasta que estuve muy gorda para continuar, entonces tuvimos que vivir de mis escasos ahorros, de la pensión de mi abuela y de la venta de algunos muebles y electrodomésticos, que ambas fingíamos no necesitar.

Cada noche lloraba pensando en mi novio, que seguía sin volver, hasta que una madrugada en

medio del llanto comenzaron las contracciones. Mi abuela pidió ayuda a algunos vecinos y me llevaron hasta el hospital, donde una mañana de primavera nació mi pequeña Melisa, una preciosa criatura de piel clara y ojos verdes, quien me devolvió la alegría y, de paso, me ayudó a resignarme y asumir que su padre no regresaría jamás.

Durante los primeros dos años de Mel continué trabajando aseando casas, hasta que mi abuela apareció un día con una inscripción para el examen de selección universitaria.

—Ya has perdido mucho tiempo —suspiró—. Tienes que estudiar una carrera.

—Pero Abue, no podemos pagar una universidad —dije triste.

—Lo solucionaremos —sonrió.

—Pero Melisa está muy bebé y...

—¡Basta de peros, Maya! —exclamó—. Yo cuidaré a la niña, tú preocúpate de estudiar para el examen.

Y lo hice; en cada rato libre que tuve, por las noches y temprano antes de ir a trabajar, estudié duro para el examen, y al publicarse los resultados supe que había quedado aceptada en la universidad nacional, tenía una beca de gratuidad de carrera y, como si fuera poco, me daban un trabajo en el campus, en labores administrativas. El sueldo era escuálido pero en mi caso era una ayuda celestial.

Después de ocho semestres de sacrificio, donde estaba todo el día en la universidad mientras mi abuela cuidaba a mi hija, obtuve mi título de diseñadora de interiores y ambientes. En aquella época Melisa ya tenía casi siete años y mi abuela rondaba los ochenta, pero seguía manteniendo intacta su energía, esa que le permitía cargar a su bisnieta a caballo sin mayores inconvenientes, a pesar de mi oposición ante esos juegos para los que claramente ya no estaba en condiciones.

Conseguí empleo en una oficina de decoración de departamentos y, por primera vez, comencé a recibir un sueldo digno, lo que nos permitió darnos pequeños lujos, como reponer los muebles que habíamos vendido en aquellos difíciles años.

La vida comenzó a sonreírnos, ya que por fin tenía un trabajo fijo. También por primera vez pude celebrarle un cumpleaños a mi hija, el número nueve: invitó a sus amiguitos del colegio, comimos pasteles y dulces y recibió muchos regalos. Incluso contraté un servicio de juegos inflables y un malabarista. Fue el cumpleaños perfecto, el que ella siempre recordaría. Por la noche, al marcharse los invitados, mi abuela me pidió que terminara de ordenar sola, porque se encontraba cansada. Me pareció rarísimo, pues jamás antes se quejó de cansancio.

Dos días después, un frío lunes, el autobús recogió a Melisa para llevársela a la escuela y yo fui al cuarto de mi abuela. Ahí estaba ella, metida en la cama, demacrada. De inmediato tuve un mal presentimiento y llamé a la oficina avisando que no podría ir. Volví a su habitación, me sonrió y me pidió que me acostara a su lado.

—Abue, deberíamos ir al doctor... —sugerí.

—No, Maya, no estoy enferma —contestó—. Simplemente llegó mi hora.

Nos cogimos de la mano y durante horas charlamos, recordamos esos años de vida en común, nos reímos de algunas anécdotas y lloré cuando noté que comenzaba a despedirse de mí.

—No llores, May, la muerte es parte de la vida —me consoló.



—No quiero que te mueras...

—Estarán bien —tosió—. Ahora abre el armario y trae la caja que está al fondo.

Obedecí; del closet cogí una caja de cartón roída por la humedad y la puse en la cama. A una seña suya la abrí y vi que su interior estaba lleno de fotos: de ella, de otros familiares, mías y de Melisa.

—Tú y Mel le han dado luz a la existencia de esta pobre vieja, así que esta es tu herencia —habló firme—. No son sólo las fotos. Busca abajo.

Debajo de las fotografías había una carpeta verde y en su interior estaba su testamento, donde me nombraba única heredera y, por tanto, dueña de la casa.

—Vende la casa y múdate a un barrio mejor. No te darán mucho dinero, pero de algo te servirá.

No estuvo muchos minutos más conmigo. Ya nos habíamos dicho todo lo que necesitábamos, nos habíamos despedido de la forma más tranquila y cariñosa posible. No quería que Melisa la viera muriéndose, por eso dejó de respirar antes de que la niña volviera de la escuela.

La agitación de los días siguientes a la muerte de mi abuela fue enorme. Tanto el velorio como el funeral fueron muy concurridos, por vecinos y otras personas que apreciaban a mi Abue, pero ningún familiar asistió. Sus hijos la habían abandonado por completo, sus hermanos estaban muertos y su única familia éramos mi hija y yo.

Durante algunas semanas pensé en sus palabras sobre vender la casa, lo que me causaba una pena enorme; esa no era solamente una casa, había sido nuestro hogar en aquellos años que fueron los mejores y los peores de mi vida. Pero ella, siempre tan sabia, tenía razón, el barrio ya no era el mismo de antaño y lentamente se había contaminado con delincuencia y drogas. No era el mejor lugar para una madre soltera y su hija pequeña.

Puse un anuncio y rápidamente logré vender la casa de mi abuela. Fue triste, pero eran sus deseos. Con la mayor parte del dinero pagué el pie para una casa más bonita y moderna, en un vecindario seguro, cuyo dividendo, pactado a treinta años, pagaba mes a mes sagradamente. No era lujosa, pero sí muy acogedora.

En la oficina donde trabajaba conocí a Claudia, una chica casi de mi misma edad y de la misma profesión y nos hicimos buenas amigas. Durante mucho tiempo hicimos planes, medio en broma medio en serio, de abrir nuestra propia agencia de decoración de ambientes... hasta que lo hicimos. Nos lanzamos a la piscina, pedimos un crédito de emprendedores en el banco y nos asociamos. No nos podemos quejar, porque las cosas resultaron bastante bien, aunque en base a muchísimo esfuerzo.

Con treinta y seis años había conseguido vivir en completa paz junto a mi hija, que gracias al cielo era una buena chica. Y, sobre el estante junto a la escalera, nos observa la fotografía de la mujer que lo hizo posible... mi amada Abuela.

### 3

Desperté porque escuché ruido. Aún estaba oscuro y el reloj marcaba las cinco con quince minutos. Me puse pantuflas y caminé al baño, de donde venía el sonido. Abrí la puerta y vi a Melisa junto al inodoro vomitando. Me acerqué, sujeté su pelo y luego la puse de pie, para que se cepillara los dientes.

La acompañé a su habitación y la ayudé a acomodarse en la cama. Se arropó hasta las orejas.

—¿Quieres que te lleve al doctor? —consulté.

—No, no te preocupes —respondió—. De seguro ha sido la pizza. No debí comer tanto.

—Entonces te pasa por glotona —me reí— ¿Tienes algo importante en la escuela? Si quieres puedes quedarte hoy descansando.

—Gracias mamá. Mañana me pondré al corriente.

—Descansa, hija.

Dejé a Melisa acostada y volví a dormir otro rato.

Me fui a trabajar. A media mañana llamé a mi niña y me dijo que se sentía mejor. Jamás me habría imaginado que al final la que se sentiría peor sería yo.

Al llegar a casa por la tarde estaban las luces apagadas. Un escalofrío recorrió mi espalda. Encendí las luces y descubrí a Melisa en el sofá, encogida. Su cara estaba pálida y por lo enrojecido de sus ojos era evidente que había estado llorando. Me asusté como nunca antes.

—Hija ¿Qué te pasa? —pregunté aterrada, sentándome a su lado.

—Mamá... —sollozó—. Tengo que decirte algo...

—Mel, cálmate ¿Qué ocurre? —sonreí.

—Mami... estoy embarazada.

Dejé de sonreír. Si era una broma, definitivamente no era graciosa.

—¿Qué estás diciendo? —cuestioné confundida.

—Estoy embarazada —repitió.

Me puse de pie y me tapé la boca. Eso tenía que ser un error, o en el peor de los casos, una pesadilla.

—Pero... ¿Cómo es posible? —balbuceé.

—No me llegaba la regla —musitó—. Hoy me hice un test de embarazo. Dio positivo.

Estiró su brazo, cogió el test y me lo entregó. Lo vi con mis propios ojos, dos rayas rojas, dos putas rayas rojas.

—¿Cómo pasó? —pregunté, tratando de mantener la calma— ¿Fue algo de una sola vez o...?

—Tengo novio.

—¿Desde cuándo?

—Ocho meses.

—¿Por qué no me lo dijiste? Creí que teníamos confianza...

—La tenemos, mamá, pero... sé que no querías que tuviera novio, que no querías que se repitiera la historia... pero sucedió —lloró.

Quise gritarle, darle una bofetada y mandarla a la mierda, pero no podía. No podía hacerle lo mismo que mis padres me hicieron a mí.

—Vete a tu cuarto —ordené.

—Mamá, por favor perdóname... —suplicó.

—¡Que te vayas a tu cuarto! —grité.

Mi hija se fue a su habitación.

Me senté en el sofá y rompí a llorar; de rabia, de impotencia, de frustración ¿Qué era lo que había hecho mal? ¿No le advertí lo suficiente? ¿No le hablé de sexo con la claridad que necesitaba? ¿Cuándo dejó de ser una niña y se había convertido en mujer a mis espaldas?

Me faltaba el aire, me pesaba el cuerpo y me dolía la cabeza. Fui a la cocina, me serví una copa de vino y me la bebí junto a una aspirina. Después de eso me di una ducha y me metí a la cama, aunque no me pude dormir.

Pasada medianoche entré al cuarto de Melisa y encendí la lámpara de la mesita. La sacudí y ella despertó y me miró somnolienta.

—Mañana después de la escuela quiero que vengas a casa con tu novio —ordené.

—¿Qué?

—Quiero conocerlo.

—Está bien, mamá —aceptó tímidamente.

—Y también quiero que sepas que no estás sola —pronuncié con dificultad—. Me tienes a mí y estaré a tu lado sin importar lo que pase.

—Gracias mami —sollozó.

—Ahora vuélvete a dormir.

Le acaricié el pelo y le dediqué una sonrisa.

Mañana será otro día, pensé.

## 4

Melisa y yo nos encontramos por un breve momento a la hora del desayuno. Tenía la vista clavada en su tazón de leche y cereal, que revolvía sin parar y no se bebía, sin mirarme ni pronunciar palabra.

Preparé un sándwich con lechuga y jamón de pavo y lo envolví para llevar.

—Ya me voy —habló muy bajito.

—No antes de que tomes tu leche.

No me contradijo y comió su desayuno. Se puso de pie y cogió su mochila.

—Llévate esto. Necesitas alimentarte —agregué, entregándole el sándwich.

—Okey. Nos vemos.

—No olvides traer a tu novio.

Me fui a la oficina, donde estuve toda la mañana sin poder concentrarme. Claudia salió y volvió minutos más tarde con dos cafés y unos pastelitos de chocolate.

—¿Vas a contarme lo que te pasa? —interrogó.

Lo conté sin aguantarme las lágrimas: mi hija, la niña de mis ojos, me soltaba la bomba de estar embarazada a los diecisiete años.

Claudia me consoló, o al menos lo intentó. No había ningún consuelo en el mundo para mi dolor.

—Al menos ella tiene un novio que la apoya —habló mi amiga.

—El mío al principio también dijo que me apoyaría —respondí.

Regresé a mi hogar cerca de las tres de la tarde y rápidamente me percaté de que la ventana estaba abierta. Eso significaba que Melisa ya estaba allí.

Abrí la puerta y en mi sofá estaba mi hija junto a un chico alto de ojos azules, delgado y con despeinado cabello castaño.

—Señora Maya, mi nombre es Damián —se presentó—. Soy el novio de Melisa y quiero que sepa que no voy a dejarla sola.

Lo miré; sus rasgos eran aun los de un niño. Iba afeitado aunque se notaba que ni siquiera tras varias semanas tendría demasiada barba.

En su labio inferior lucía una herida reciente. Había sido un golpe certero.

—¿Qué te pasó en la boca? —le pregunté con curiosidad.

—Nada —contestó.

—Si vamos a estar juntos en esto necesito que me digas la verdad.

—Okey —suspiró—. Es que... mi padre no tomó muy bien la noticia...

—¿Te golpeó tu padre? —inquirí incrédula.

Asintió con la cabeza.

Melisa estaba temblorosa. El joven no soltaba su mano. A pesar de la rabia, la imagen me enterneció y sentí pena por ese chico, cuyo padre no encontró nada mejor que golpearlo cuando seguramente su hijo buscaba ayuda.

—Hay que llevar a Melisa al ginecólogo —hablé, sentándome frente a ellos—. Debemos corroborar que está todo en orden. Luego nos encargaremos de la escuela.

Ambos asintieron.

—Pero lo primero es hablar con tus padres —le dije al muchacho—. Quiero conocer a tus padres, Damián.

—Damián sólo tiene padre —murmuró Melisa.

—Quiero conocerlo —insistí.

—No es buena idea, señora Maya —contestó él—. Prefiero dejar a mi papá fuera de esto.

—Aun eres un niño ¿Crees que puedes manejarlo tú solo?

—Tengo dieciocho años, ya soy mayor de edad —aclaró.

—¡Vaya, eres todo un adulto! —exclamé con sarcasmo.

—Mamá, por favor —dijo Mel—. Damián no se lleva bien con su papá...

—No me interesa —gruñí—. En esto estamos todos metidos hasta el cuello. No me hagas repetírtelo, hijo —agregué con un tono más suave—. Quiero conocer a tu padre.

—Está bien —aceptó.

Damián se quedó durante la tarde con nosotras. Me dediqué a observarlo: se portaba tierno con mi hija, la hacía reír y se ofreció amablemente a poner la mesa para la hora del té. Cerca de las ocho de la noche pescó su mochila, me dio un beso en la mejilla y anunció que se marchaba, pero que regresaría al día siguiente, con su padre. Melisa lo acompañó hasta la reja y, por la ventana, vi que se daban un beso de despedida.

La chica entró y me miró con timidez.

—Mamá... ¿Qué te ha parecido Damián? —preguntó.

—Supongo que pudo ser peor —dije encogiéndome de hombros—. Ahora ve a acostarte, mañana nos levantaremos temprano para ir doctor.

Melisa se acercó y me besó en la frente, para retirarse a su cuarto.

Yo me quedé allí, aún demasiado triste por lo que vendría en la vida de mi niña.

## 5

El viernes y en completo ayuno, Melisa y yo salimos rumbo a la clínica. El médico la revisó y confirmó lo que ya sabíamos: estaba embarazada, según las cuentas, de seis semanas. Le ordenó hacerse algunos análisis de sangre, para los que le tomaron muestras en ese mismo momento.

Al desocuparnos ya eran las once de la mañana y nos empezaban a sonar las tripas de hambre, así que la invité a desayunar a una linda cafetería. Mi hija pidió un platón de huevos revueltos con jamón, un pastel de chocolate y un café con leche. Recordé mi embarazo: yo también padecía de un apetito bestial.

Me bebí mi latte en silencio, hasta que ya no pude más. Mi rabia no era tanta como el amor y las ganas de protegerla que sentía.

—Lamento haberte gritado cuando me contaste sobre el bebé —me disculpé.

—Era lo normal —contestó resignada—. De hecho, yo tengo que pedirte perdón; siempre me advertiste de lo que podía pasar y no te hice caso —hizo un puchero—. Tampoco te conté de Damián y debí hacerlo. Lo siento, mamá.

—Tranquila, Mel —sonreí, tomando su mano—. Hemos salido de cosas peores. Y no quiero que nuestra relación cambie.

—Claro mami —sonrió también—. Siempre serás mi mejor amiga.

Al terminar de comer ya era pasado mediodía, demasiado tarde para el colegio o el trabajo y, como señal de reconciliación, nos fuimos al mall de shopping. No gastamos mucho dinero porque las dos sabemos lo que cuesta cada peso, pero gracias a Dios he logrado tener un estado económico estable. Y me enorgullece, porque lo que conseguí a punta de sacrificio.

Por la tarde volvimos a casa luego de unas hamburguesas y nos dormimos una siesta. Estaba tan cansada que no me desperté hasta que Melisa encendió la luz de mi cuarto y me avisó que Damián y su padre estaban estacionándose afuera.

Me metí al baño, me lavé la cara y me amarré el pelo en una cola de caballo. Mientras bajaba las escaleras sentí gente entrando en la sala. Damián saludó a Melisa con un beso tierno en los labios y me alcanzó al acabar de bajar para darme la mano, como un caballero, lo que inevitablemente me causó gracia. Tras él apareció un hombre alto y delgado, que miró con desprecio la casa que tanto me había costado, pero recién al ver sus ojos negros terminé de comprender de quien se trataba: traje, corbata, complejo de superioridad ¡Era el hombre del traje gris! Aunque ese día iba vestido de café, sin dudas era aquel tipo con quien tropecé en la reunión de apoderados, quien entraba en mi hogar como el padre del chico que había embarazado a mi hija.

—Señora Maya, él es mi papá, Dante FitzGerald —presentó Damián.

Ni siquiera me dirigió la palabra. Nada de cordialidad.

—Siéntese, señor FitzGerald —ofreció Melisa.

—No es necesario —respondió arisco—. No será una conversación muy larga.

—¿Tú crees? —cuestioné—. Hay muchos temas que discutir, porque...

—Esto es muy simple —me interrumpió, sacando del interior de su saco una chequera y un bolígrafo—. Me das tus datos y me dices cuánto quieres para dejarnos en paz.

—¡Papá! —exclamó Damián horrorizado— ¿Qué estás haciendo?

—Solucionando los problemas que provocas —le contestó duramente.

—Perdón, señora Maya, yo no sabía... —se excusó el muchacho.

—No te disculpes —ordenó su padre—. Dime cuánto dinero quieres —me insistió.

—No queremos tu dinero —le respondí, quitándole la chequera de las manos y arrojándola al suelo.

—¡Pero qué haces! —me increpó.

—Por favor cálmense —intervino mi hija.

Nos quedamos callados. Melisa era la menor del grupo, pero al parecer era la más sensata.

—Okey, comportémonos como personas civilizadas —respiré hondo.

—Lo mejor sería... concluir este asunto —planteó Dante, sin inmutarse—. Aun nadie lo sabe, estamos a tiempo.

—¿Estás sugiriendo que le hagamos un aborto a mi hija? —cuestioné, roja de ira.

—¡No! —exclamaron los chicos, cogiéndose de la mano.

—Tengo contactos, podemos hacerlo en una clínica y decir que fue una apendicitis —explicó.

—Mamá... yo no quiero hacer eso —balbuceó Melisa.

—No le haremos un aborto —vociferé.

—Hay que ser razonables —continuó— ¿Acaso crees que estos mocosos sabrán qué hacer con un bebé?

—Lo aprenderán —dije firme.

—Damián ni siquiera sabe lavar su ropa —me contradijo.

—Eso es porque no se lo has enseñado, así como tampoco le enseñaste a ponerse un condón.

Damián, Melisa y Dante se avergonzaron ante mi comentario. Yo no, porque tenía mucha rabia en mi corazón.

Dante recogió y guardó su chequera, y se paró frente a mí, con una mueca que atemorizaba a cualquiera.

—Damián, espérame en el auto.

El chiquillo le dio un beso a Melisa y salió.

—Tú, niña, vete a tu cuarto —le ordenó.

—Se llama Melisa —corregí.

—Como te llames, vete.

Melisa, con expresión de pánico, obedeció. Nos quedamos solos.

—No me agradas —me habló.

—Tú tampoco a mí, lo que es una lástima, porque casi somos familia —sonreí con sarcasmo.

—Eso jamás. No voy a permitir que mi hijo se mezcle con gente como ustedes.

—¿Cómo nosotros? —repetí incrédula— ¿De qué hablas?

—¿Crees que me hace gracia que Damián se ponga a tener niños con una chica como tu hija? Supongo que te sientes orgullosa de haberla criado sola ¿verdad? Pues no lo hiciste muy bien, de lo contrario no estaría embarazada a los diecisiete años, pero qué más se puede esperar de la hija de una madre soltera.

Aquellas palabras fueron como una estocada en el medio de mi pecho. Ese hombre, sin conocernos en lo absoluto, entraba en mi casa para pisotearme y humillarme, para enrostrarme mis errores y culparme de la situación.

No lo pensé y antes de darme cuenta una bofetada resonó en su mejilla. Mi mano se movió por voluntad propia y, a pesar de que él era bastante más alto que yo, el golpe dio de lleno en su rostro y el sonido quedó retumbando como un eco por segundos que se hicieron eternos.

Dante FitzGerald me miró furioso, para luego dedicarme una sonrisa burlona y marcharse sin decir nada. Lo vi salir y no pude aguantarme y rompí a llorar. Hace mucho que no me sentía tan degradada, tan indigna. Ese hombre me había hecho sentir vergüenza de quien era y de lo que tanto esfuerzo me había costado.

Melisa, que no se había ido a su cuarto sino a la cocina y había escuchado esa lamentable conversación, corrió a abrazarme y sólo junto a ella pude encontrar un poco de consuelo.

—Mamá, lo lamento tanto, por mi culpa has tenido que pasar por esto —sollozó.

—No es tu culpa, mi amor —le sonreí con dificultad.

—El papá de Damián es un...

—¡Un hijo de puta! —exclamé.

Ambas nos echamos a reír. Es que no había nada más que pudiésemos hacer un momento como ese.



## 6

El lunes a primera hora Melisa y yo nos presentamos frente al profesor titular del curso y el director del colegio. Damián nos acompañó sin su padre, quien, como un cobarde, se negó a ir a dar la cara por su hijo.

Franco, el profesor, y el director nos escucharon atentamente y no pudieron ocultar la sorpresa ante tal noticia. El segundo revisó el parte médico que le entregamos, como buscando en aquel documento una prueba de que aquello no era cierto. Pero lo era. Mierda que lo era.

—Quedan apenas tres meses de clases, no deberías tener problemas para terminar el año escolar, Melisa —comentó el director—. Como escuela por supuesto que te apoyaremos, de eso pueden estar seguras —nos sonrió.

—Damián —habló el maestro— ¿Tu padre lo sabe?

—Sí, pero...

El muchacho se quedó callado, tratando de explicar el comportamiento de su progenitor, pero no encontró una explicación válida.

—No ha sido mucho aporte —respondí—. No es una persona muy empática.

Nos despedimos de ellos y salimos del despacho. Sonó la campana; era hora de que los chicos se fueran a clase.

—Damián, quiero pedirte algo —pronuncié.

—Claro, dígame...

—Quiero pedirte que cuides a Melisa —dije—. No será fácil una vez que sus compañeros se enteren, podrían hacerle bullying y no lo merece.

—No se preocupe —me sonrió—. Pondré en su lugar a quien sea. Y en esa lista también está mi papá —murmuró.

—Ahora váyanse al salón —los mandé.

Se tomaron de la mano y dieron unos pasos, pero el chico se devolvió a mi lado, halando a mi hija.

—Yo... quiero disculparme por lo que pasó la otra noche —suspiró avergonzado—. Mi padre no es mala persona, pero...

—Está bien, no hay problema —respondí.

—¿Qué tal si las invito a cenar a mi casa? Hago una pasta increíble —ofreció animado.

—¿Sabes cocinar? —cuestioné inquieta.

—¡Por supuesto! —contestó con naturalidad.

—Aceptaríamos encantadas, pero no creo que a tu padre le guste recibirnos en su casa —me excusé.

—Mi papá jamás cena en casa —explicó—. Jamás está en casa.

—Vamos, mamá —suplicó Melisa—. Se me antojan unos raviolos ¿Puede ser? —le preguntó a

su novio.

—Lo que tú quieras, Mel —contestó él.

No podía negarme ante la petición de los niños. Se veían tan ilusionados ante la idea de cenar juntos: sería como una noche romántica conmigo de chaperona. Y sin sexo, de eso ya habían tenido suficiente y no con muy buenos resultados.

Terminamos aceptando la invitación; ese viernes Melisa y yo iríamos a cenar con Damián.

La semana transcurrió sin muchos problemas; Melisa tuvo nauseas algunas mañanas y Damián la llevaba a casa por las tardes. Poco a poco iba conociendo a ese muchacho que de un segundo a otro había aparecido como mi yerno y el futuro padre de mi nieto.

El viernes Melisa vino sola después de clases porque su novio necesitaba tiempo para arreglar la comida. Nosotras dormimos una pequeña siesta y cerca de las ocho de la noche tomamos un taxi rumbo al hogar de Damián, un edificio elegante al otro lado de la ciudad.

Le dimos nuestros datos al conserje y nos dejó pasar. Tuvimos que subir doce pisos en el ascensor y el departamento de los FitzGerald era el primero del pasillo. No fue necesario ni que tocáramos el timbre, porque Damián estaba de pie en la puerta, con un mandil de cocina amarrado a la cintura. Le dio un besito a Melisa y a mí un abrazo. Pobre chico, se notaba que estaba falto de cariño.

Del departamento del fondo salió una pareja y fue inevitable que los miráramos, porque la mujer estaba embarazada de varios meses. Se veía reluciente y él iba irradiando felicidad sujetando su mano.

—Buenas noches —saludó el hombre cordialmente.

—Vaya ¿otra vez a cenar fuera? —les preguntó Damián con confianza.

—Ya sabes cómo es mi marido —comentó ella.

—Es lo que corresponde, que te trate como reina —agregó el joven.

La pareja desapareció en el ascensor y Damián se quedó pensativo.

—Así nos veremos en unos meses, Mel —habló contento.

—Ellos ya son adultos —carraspeé.

Damián nos hizo pasar. Su departamento era de lujo; una sala de estar gigante, un bar al fondo, una cocina americana y el comedor a un costado, al otro un pasillo. La vista desde los ventanales era preciosa y me cegaron las luces de la ciudad. Ese piso debía haberles costado una fortuna, pero era claro que para ellos el dinero no era un problema.

Me sacó de mis pensamientos el ruido de los platos, que Melisa ayudaba a colocar sobre la mesa que su novio había decorado para la ocasión, con un mantel verde oliva y los cubiertos dispuestos en correcto orden, junto a vasos, copas y servilletas. Muy elegante, al parecer ese chico había sido educado por una institutriz británica.

Les ofrecí darles una mano, pero Damián se negó rotundamente y me pidió que me sentara y me entregó una copa con vino blanco. Él era el anfitrión y nos atendería, respondió.

Charlamos alegremente a la vez que probábamos un delicioso carpaccio de salmón, también hecho por mi yerno. A Melisa, que no debía comer crudos, le puso una ensaladita de rúcula, tomates cherry y queso fresco, muy saludable.

—A los ravioles les faltan sólo un par de minutos —relató.

—¿Quién te enseñó a cocinar? —inquirí curiosa.

—Mi nana —contestó nostálgico—. Era la sirvienta de la casa, pero en realidad era parte de la familia. Se encargaba de mí y en las tardes de ocio me enseñó a cocinar, decía que un caballero debía saber preparar una buena cena.

—¿Y dónde está ella? —consulté, sin hacer caso a los gestos de mi hija que, según entendí, quería decirme que dejara de hacer preguntas.

—Murió —respondió—. Hace dos meses. Estaba muy mayor y no pudimos hacer nada.

—Cuánto lo siento —musité avergonzada.

—Damián ¿me das más gaseosa? —pidió Melisa, para cambiar el tema.

—Claro, preciosa.

Se sirvieron más Coca Cola y se pusieron a charlar de un compañero de la escuela que se había caído de su silla en plena clase de química. Entre medio de sus risas dije que debía ir al baño.

—Por el pasillo, la puerta de la derecha al fondo —me indicó Damián.

Fui con calma, para darles un poco de espacio. Pobrecitos, se veían tan enamorados y en menos de un suspiro estarían sumergidos en responsabilidades, sin tiempo para el amor.

Me miré al espejo y me arreglé el pelo, con apenas una copa de vino ya me había despeinado.

Salí del baño relajada, saqué mi móvil del bolsillo y, por no secarme bien las manos, se me cayó al suelo. Me agaché a recogerlo y, de golpe, se abrió una puerta junto a mí. Como fue de repente casi me morí del susto.

—¡Mierda! —exclamamos a coro.

Nos miramos. Frente a mí estaba él, Dante. No se veía muy bien que digamos, llevaba puesta una camiseta gris manga corta y un pantalón de buzo del mismo color.

—¿Qué haces aquí? —me interrogó con poca amabilidad.

—¿Qué haces tú aquí?

—Vivo aquí —aclaró— ¿Qué haces en mi departamento? —insistió.

—Damián nos invitó a cenar, dijo que no estarías, pero ya que estás mejor nos vamos...

—¿Cenar? ¿Qué hora es?

Estaba desconcertado, confundido.

—Las nueve y cinco —dije, viendo mi teléfono.

Damián apareció en el pasillo y puso una mueca de espanto al ver a su padre ahí.

—Papá, no sabía que estabas aquí —habló.

—¿Acaso no puedo estar en mi casa? —inquirió, ante tantos cuestionamientos por su presencia.

—Por supuesto, papá —sonrió el muchacho—. Invité a Melisa y a la tía Maya a cenar ¿Puedo llamarla tía? De cariño, ya sabe —me preguntó y yo asentí con la cabeza.

—Así veo —gruñó él.

—Ven, te pondré un puesto en la mesa —ofreció el joven.

—No, me vine temprano del trabajo porque tenía migraña, me voy a dormir —rehuyó.

—¡Qué va! Lo mejor para la migraña es un buen plato de pasta —lo animó su hijo.

Lo mejor para la migraña es un buen polvo, pero ¿Quién va a querer echar un polvo con este arrogante? Pensé yo, y se me escapó una risita. El hombre me miró frunciendo el ceño, como adivinando lo que pasaba por mi mente.

—De seguro ya dormiste toda la tarde, mira la pinta que traes —comentó Damián.

Recién entonces él pareció percatarse que no iba de traje sino que con un look bastante deplorable.

—¡Damián, lo raviolos! —oímos gritar a Melisa.

—Voy a servir la comida. Papá, ven a comer, por favor.

El chico se marchó corriendo rumbo a la cocina y nosotros nos quedamos allí, uno frente al otro.

—No vas a dejar a tu hijo con el plato servido ¿verdad, Dante? —sonreí sarcástica.

—Claro que no —refunfuñó.

Volví al salón. Melisa ya estaba sentada a la mesa y me señaló que me sentara a su lado. Frente a nosotras ya habían acomodado un cuarto puesto.

Damián sirvió los raviolos con salsa boloñesa, puso el queso rallado y se sentó frente a su novia. Comenzamos a charlar nuevamente hasta que oímos pasos y Dante apareció, se había cambiado y lucía unos jeans azul oscuro y un sweater verde botella. Continuaba de mal humor y con una expresión de que realmente había sufrido una migraña muy fea.

—Señor FitzGerald, buenas noches —saludó Melisa con alegría.

—Hola —contestó secamente, lo que fue más amable de lo que me esperaba.

Damián se esforzó mucho por hacer conversación y logró sacarle algunas frases a su padre, mientras Melisa le seguía la corriente por hacer que la cena fuera agradable. Yo miraba a Dante y me reía en mi interior ¿Qué pensaría ese tipo, que me había humillado una semana atrás, de tenernos sentadas a su mesa? A esa gente con la que no quería que su hijo se mezclara, pero con quien al chico parecía que le gustaba compartir. Volví a la realidad con un comentario de Damián.

—¿Te acuerdas, papá? A mi mamá le encantaban los raviolos.

Hubo silencio y Dante dejó la servilleta sobre la mesa y su plato a medio comer.

—Disculpen, no me siento bien —dijo ensimismado.

Se puso de pie y se marchó rumbo a su cuarto. Melisa me miró incómoda.

—Perdón, es que a mi papá no le gusta hablar de mi mamá —se excusó.

—Damián ¿Qué pasó con tu madre?

Damián cogió la botella de vino que estaba encima de la mesa y se sirvió una copa. Bebió un sorbo. No me sentí capaz de decirle que no lo hiciera.

—Mi mamá y mi papá eran el matrimonio perfecto, se adoraban. Éramos una familia feliz. Cuando yo tenía diez años decidieron que querían tener otro bebé. El doctor le pidió a mi mamá algunos exámenes de rutina y al revisar los resultados se descubrió que tenía un cáncer de útero muy avanzado, por lo que tuvieron que extirpárselo. Creímos que todo estaría bien tras la

operación, pero resultó que el cáncer se había ramificado a sus pulmones y páncreas. Fue muy rápido; en menos de seis meses pasé de ser un niño que iba a tener un hermanito a un huérfano de madre —relató.

Una lágrima cayó por su mejilla, pobre chico. Continúo hablando.

—Mi papá lo tomó muy mal. Estuvo encerrado en su cuarto durante semanas. Mi nana le dejaba una bandeja con comida en la puerta, porque se negaba a recibirnos, pero apenas comía. Hasta que un día salió de la habitación, de traje y corbata y con una maleta en la mano. Dijo que se iba a Londres y sin siquiera abrazarme se marchó. No lo vi en casi un año y al regresar estaba así, como es ahora. Supongo que se le pegó la frialdad de los ingleses —trató de bromear.

Dejamos la charla amarga y Damián sirvió de postre una torta de tres leches. Cerca de las once de la noche estuvimos de vuelta en nuestra casa.

Fui al baño, me desmaquillé y me puse mi pijama. Cerré los ojos y recordé a Dante. Debió ser duro perder a su mujer, de lo contrario no habría pseudo abandonado a su hijo. Quizás por eso el tipo era tan odioso. Pobre, ni con todo el dinero del mundo podía comprar felicidad ni recuperar la vida de su esposa.

Me metí a la cama pensando en él. Tal vez, muy en el fondo, Dante no era tan hijo de puta como parecía.

## 8

El miércoles por la tarde Claudia, mi amiga y socia, se acercó a mí con una carpeta en las manos y la dejó sobre mi escritorio, que estaba frente al de ella.

—May, mañana temprano tengo dentista con Robin —anunció.

Claudia tenía tres hijos, de doce, siete y cuatro años y un marido arquitecto que pasaba de viaje y jamás podía ayudarla con los chicos. Robin era la mediana, la niña que no quería usar brackets pero que debía hacerlo por instrucción del odontólogo. Ya se imaginan el espectáculo que significaban las visitas al dentista.

—No hay problema —sonreí.

—¡Sí que lo hay! —respondió exageradamente—. Mañana temprano vendrá un cliente a reunión, de un bufete de abogados. Tienen un muy buen presupuesto y ganas de redecorar su despacho ¿Crees que puedes atenderlo?

—Por supuesto, Clau. Estaré aquí y para tu regreso tendremos un negocio cerrado —le guiñé el ojo.

—Ese es el espíritu.

Tal como le prometí a Claudia, el jueves estuve tempranísimo en el trabajo. Nuestra empresa se ubicaba en un edificio en el centro de la ciudad, en el quinto piso. No era muy grande pero teníamos un salón de reuniones, un salita de espera, una oficina que compartíamos y una diminuta cocina y un baño, todo muy bonito y bien decorado, porque a eso nos dedicábamos.

Me serví un café y me dispuse a revisar la carpeta que me había dejado mi compañera. Aún faltaba media hora para la reunión, tiempo más que suficiente para estudiar la propuesta inicial, pero antes de darle un sorbo a mi bebida sonó el timbre. Corrí a la puerta sin soltar los folios ni imaginarme quien podría ser.

—Buenos días, tenía una reunión con Claudia Fernández, pero me ha avisado que me atenderá su socia —habló un hombre con la vista fija en el móvil.

—Ay, no —dije resignada.

Recién entonces me miró; Dante FitzGerald puso una mueca de repulsión al verme ahí. Abrí la carpeta y en primera plana se leía “Proyecto redecoración bufete de abogados FitzGerald & FitzGerald”.

—¿Me vas a decir que hay más de uno? —interrogué.

—¿Un qué?

—Un señor FitzGerald.

—Mí padre y yo —aclaró—. El bufete es de ambos.

Nos miramos y hubo silencio. Mierda ¿Por qué tenía que ser ese el proyecto que tanto le interesaba a Claudia? Más le valía que ganáramos una buena comisión, de lo contrario me tendría que pagar ella el psicólogo.

—¿Me vas a hacer pasar o no? —cuestionó.

—Claro, adelante.

Lo guie hasta la sala de reuniones, donde nos sentamos frente a frente. Abrí el archivo y lo revisé rápidamente, fingiendo saber muy bien de qué iba el asunto.

—Entonces quieres redecorar tu bufete de abogados —dije sonriente. Aunque odiaba a ese sujeto era muy profesional.

—Sí —contestó secamente.

—¿Por qué? —quise saber.

—¿Acaso tengo que darte explicaciones? —gruñó.

—No son explicaciones, es información para poder trabajar —puse los ojos en blanco.

—Parece cementerio —masculló.

—¿Qué?

—Está lleno de gente vieja, de muebles de la época de la colonia, de cuadros horribles de próceres a caballo. Hay más zombies que en *The Walking Dead*.

Me largué a reír ante la imagen mental de dicho lugar. Pero él no se rio conmigo.

—¿Te ríes de todos tus clientes? —cuestionó ofendido.

—No todos son tan graciosos.

—Esto ha sido un error —dijo levantándose de su silla—. Llamaré a tu socia más tarde, o buscaré otra agencia de interiorismo, no lo sé, pero no voy a trabajar contigo.

No alcancé a disculparme ni a increparlo por su nulo sentido del humor porque sonó su móvil y cogió la llamada. Vi su rostro ir desfigurándose todavía más.

—Sí, soy yo —habló— ¿Qué? Pero cómo... ¿Damián está bien?

Por su tono no era difícil adivinar que era una llamada del colegio. Y si eso que había pasado tenía relación con Damián, era casi un cien por ciento seguro que también tenía que ver con Melisa.

Colgó.

—¿Le pasa algo a Damián? —pregunté preocupada.

—Damián ha peleado a golpes con otro chico porque se burló de tu hija —sentenció, antes de marcharse.

Me quedé paralizada. Mi teléfono comenzó a sonar. Era de la escuela.

Contesté y era el profesor Franco, que me pedía fuera a recoger a Melisa, quien estaba muy nerviosa por la pelea y le habían dado nauseas.

Sin pensar que la oficina quedaría sin nadie que la atendiera tomé mi cartera y le puse llave a la puerta. Bajé corriendo por las escaleras y salí del edificio en busca de un taxi, pero un BMW negro se detuvo en plena calle y el conductor se dirigió a mí.

—Sube —dijo Dante.

—No, gracias.

—¡Que te subas! —gritó, mientras los vehículos detrás suyo tocaban la bocina frenéticamente.



—Tomaré un taxi.

—¡Sube de una puta vez!

Supongo que me intimidó un poco, porque sin chistar me subí al coche y me puse el cinturón.

—¿No podías darte prisa? Esos cabrones no paraban de insultarme —se quejó.

—Siempre es agradable que alguien lo haga.

Me dio una mirada de odio y no dijo nada. Si bien iba inquieta por el estado de mi hija fue inevitable que me percatara que el vehículo era un lujo, con asientos de cuero y espacio suficiente para recorrer el país cómodamente. O para tener sexo. Claramente no haría con él ninguna de esas dos cosas.

Llegamos al colegio y entramos deprisa. En la salita de espera del despacho del director estaban Melisa, aun nerviosa, y Damián, con un ojo en tinta.

—¿Qué mierda pasó? —gritó Dante furioso.

—Unos chicos se burlaron de mí —contestó Melisa, sollozando—. Dijeron que me quedé embarazada por puta.

Mi hija rompió a llorar. La abracé.

—¿Por qué siempre te tienes que meter en problemas? —inquirió el padre a su hijo.

—No iba a permitir que trataran así a mi novia...

—¡Deja de decir tonterías!

Ví a Dante levantar la mano, pero antes de que pudiera hacer algo mi voz lo interrumpió.

—¿Lo vas a golpear, igual que el día que te contó del embarazo de Melisa?

Se detuvo en seco. Me puse de pie, a la vez que Damián me relevaba en la tarea de abrazar a Mel.

—Esto es entre mi hijo y yo —dijo enojado.

—¿Qué pretendes? ¿Que el chico tenga los dos ojos morados en lugar de uno? Damián y Melisa cometieron un error, estamos claros —pronuncié decidida—. Pero siguen siendo apenas un par de niños, están asustados y necesitan nuestro apoyo.

—Lindas palabras ¿Acaso crees que te van a dar el premio a la madre del año? —se burló.

Franco, el profesor titular, salió del despacho del director.

—Señor FitzGerald, Damián, por favor pasen —les ordenó con seriedad—. Yo voy enseguida.

Damián y su padre entraron en la oficina. Franco se acercó a nosotras y puso su mano en mi hombro, como queriendo darme consuelo.

—Los alumnos que han molestado a Melisa se han ido con suspensión.

—¿Y Damián? ¿Qué pasará con él? —pregunté.

—En mi opinión ha hecho lo correcto —contestó—. Pero el colegio no puede permitir que los estudiantes se partan la cara a puñetazos. También se irá suspendido.

—Por favor trate de calmar a Dante, no quiero que se desquite con el muchacho...

—El señor FitzGerald es un hombre difícil, pero no es tan malo como piensas —lo defendió.

—Me cuesta creerlo.

—Quédate tranquila por Damián. Y en cuanto al mal rato que hicieron pasar a Melisa ya nos encargaremos que no vuelva a suceder —me sonrió.

Nos despedimos del maestro y mi hija y yo tomamos un taxi. Apenas estuvimos en casa y ella se quedó más tranquila le marqué a Claudia. Debía explicarle por qué había abandonado la agencia.

—*Don't worry*, amiga —habló—. Ya estoy aquí para hacerme cargo de la situación.

—Gracias —musité.

—Otra cosa ¿Cómo estuvo la reunión con el bufete de abogados?

Ah, la reunión... ¿Cómo explicarle lo que había pasado? Lo sé, está mal mentir, pero a veces es la única opción.

—El cliente creo que está dudando. No sé si habrá encontrado otra oficina de interiorismo más barata, pero es probable que se eche para atrás.

Mientras le explicaba imaginaba mi nariz creciendo hasta llegar a la ventana, incluso atravesando el cristal y cruzando al otro lado de la acera, hasta desaparecer en el infinito calle abajo.

Claudia lamentó la poca seriedad de nuestro cliente pero decidió no darle más vueltas al asunto. Ya tendríamos negocios y proyectos mejores.

Durante la semana siguiente estuvimos en una relativa calma. Damián, que estaba suspendido en la escuela, iba cada tarde a recoger a Melisa y la llevaba a casa, donde mi hija le ayudaba a ponerse al corriente con las materias. Es que el chico no era precisamente una lumbrera, no porque no tuviese las capacidades, sino porque prefería pasárselo andando en skate, bromeando con sus amigos o dedicándole tiempo a su novia. Los estudios no eran su prioridad.

Yo me dediqué a trabajar. Teníamos que aprovechar que la suerte estaba de nuestro lado y gracias a ella habíamos conseguido cerrar varios contratos.

A media tarde Claudia entró a la oficina con dos cafés. Me entregó un vaso y se sentó en su escritorio.

—Adivina quién me acaba de llamar por teléfono —habló contenta.

—¿Quién? —pregunté sin demasiada curiosidad. Estaba muy concentrada.

—Dante FitzGerald, del bufete de abogados.

El bolígrafo que tenía en la mano se me cayó al suelo. Creo que incluso me subió la presión.

—¿Te... te dijo algo? —balbuceé.

—Quedó fascinado contigo —relató—. Dijo que se entendieron perfecto y que se muere de ganas de que trabajen juntos.

No lo podía creer ¿En serio había dicho todo eso? ¿O Claudia estaba exagerando? No me imaginaba a Dante diciendo aquellas cosas, menos sobre mí.

—Genial —sonreí tibiamente.

—Quiere que lo visites en su oficina, para que la conozcas. Te envío ahora mismo el mail con la dirección y su teléfono para que se pongan de acuerdo.

Esperé a que Claudia fuera al baño para marcarle a Dante. No quería hacerlo frente a ella ¿Qué tal si nos empezábamos a gritar? La fachada de buena relación comercial se caería a pedazos.

Sonó varias veces hasta que contestaron, pero lo hizo una mujer.

—¿Sí?

¿Qué estaba pasando? ¿Por qué una chica contestaba su celular? ¿Acaso sería su novia?

Lo pensé antes de hablar, pero en fin, sólo se trataba de trabajo.

—¿Este es el número de Dante FitzGerald? —pregunté.

—Sí, el señor FitzGerald está en una reunión —contestó—. Soy su secretaria.

Tras la aclaración continué hablando.

—Soy Maya Valencia, lo estoy llamando por la redecoración del despacho...

—Sí, estaba esperando su llamada, por eso me dejó el móvil. Me pidió que le diga que estará encantado de recibirla mañana a las nueve en punto.

¿Esperando mi llamada? ¿Encantado de recibirme? Qué mierda, pensé.

Terminamos de charlar. Guardé su número porque nunca sabría si lo necesitaría, ya fuera por negocios o por temas personales. Por “tema personal” me refiero exclusivamente a Damián y Melisa. Que no se malinterprete.

## 10

Estuve puntual en el bufete de abogados a las nueve de la mañana. Diez minutos más tarde la secretaria me hizo pasar al despacho de uno de los dueños. Ahí estaba Dante, con un traje azul marino y camisa y corbata negra, detrás de un escritorio de madera con aire señorial. Tras él un cuadro de un sujeto que perfectamente podría ser Napoleón Bonaparte.

—Hola —saludé amablemente.

—Buenos días.

Hubo silencio. La tensión era bastante evidente. Comencé a cuestionarme qué estaba haciendo allí. Claro, dinero, ese era el motivo.

—¿Quieres un café? —ofreció.

—Está bien.

Llamó a su secretaria y ella me llevó un café, mientras él, en un intento desesperado por hacer conversación, me contó de un caso en el que se encontraba trabajando; era sobre unos empleados que demandaban a su jefe por malos tratos y no pago de horas extras. Me impactó que un hombre como él se dedicara a defender trabajadores maltratados y no al patrón abusador.

Apenas terminé mi bebida se puso de pie.

—Te enseñaré la oficina —dijo.

—¿Puedo ir al baño antes?

Se volvió a sentar y me explicó a dónde debía ir.

Fui al tocador y al regresar por el pasillo pasé por fuera de una pequeña cocina. Dentro dos hombres encendían la cafetera y conversaban animadamente.

—Una chica vino a ver a Dante —comentó uno—. Es muy guapa.

—¿Se la estará cogiendo? —inquirió el otro.

—No lo creo, si estuviera cogiendo con alguien no andaría siempre de tan mal humor...

—Es cierto, ese hombre es un amargado ¿Qué mujer va a querer follar con él?

Me dio un poco de tristeza que la gente de la empresa tuviera esa impresión. Lo mismo pensaba yo, era verdad, pero al menos no iba hablando de ello abiertamente con nadie.

Una mano se posó sobre mi hombro. Salté de miedo.

—¡Mierda, qué susto me das! —exclamé al descubrir que se trataba de Dante.

—Te estabas tardando mucho y salí a buscarte —dijo—. Ven, te mostraré el bufete completo.

Empezamos por su despacho, para que yo pudiera coger la cámara de fotos, papel y lápiz. Debía registrar hasta el más mínimo detalle del lugar, que, dicho sea de paso, necesitaba urgentemente un *fashion emergency*.

—El cuadro lo quiero fuera —señaló al pseudo Napoleón—. Que lo quemem, si es posible.

Okey, el cuadro se va, anoté.

Nos paseamos por la firma. Él, en pocas palabras, quería deshacerse de todo, probablemente incluso del personal, que lo miraba aterrado. No fue difícil darme cuenta de que era un jefe un tanto tirano, a quien sus subordinados le tenían más miedo que respeto.

Cerca de las diez y media estuvimos listos. Me acompañó hasta la salida.

—Prepararé algunas propuestas y te las enviaré al mail. Hablaremos para ponernos de acuerdo sobre las modificaciones y entonces volveré, para que revisemos cada detalle —le expliqué el procedimiento.

—Perfecto. Muchas gracias por venir.

—Eso es nuevo —comenté asombrada.

—¿Qué cosa?

—El “muchas gracias”. Pensé que no conocías la frase.

—Soy un hombre educado, Maya —gruñó.

—A veces no se nota, pero hoy te has comportado muy bien. Adiós Dante.

Como un acto reflejo me acerqué para despedirme con un beso en la mejilla, pero me detuvo en seco y se limitó a darme la mano.

—¿Siempre eres así de arisco? —interrogué.

—Sí.

No hubo más respuesta. Se dio media vuelta y entró en su oficina.

Melisa acababa de cumplir tres meses de embarazo. Gracias al cielo —y a las intimidaciones de Damián— nadie había vuelto a molestarla y los tres estábamos mucho más tranquilos.

Como cada tarde los chicos llegaron a casa. Me había ido temprano de la oficina porque sabía que mi hija estaba con antojo de panqueques y quería preparárselos, así que me encontraron cocinando. Inmediatamente Damián cogió otro delantal de cocina y comenzó a batir la mezcla con gusto. Le encantaba cocinar.

—Oye mamá —habló Melisa una vez sentados a la mesa— ¿Sabías que a Damián le fue muy bien en el examen de matemáticas?

—Me parece genial —respondí.

—Y Mel se ha sentido estupendo, ya casi no tiene nauseas —celebró el joven.

—¿Qué es lo que quieren? —inquirí con desconfianza.

También fui adolescente, hace no tanto tiempo. Sabía que esas patrañas iban a alguna parte y lo mejor era ir al grano directamente.

—Es que... —balbuceó mi hija—. Max, un amigo de Damián, estará de cumpleaños la próxima semana. Hará una fiesta en su casa y...

—No sigas —la detuve—. Estás embarazada, Melisa.

—Por eso mismo —intercedió Damián—. Dentro de unos meses ya no podremos salir a fiestas. Debemos aprovechar ahora.

—¿Si Melisa no va tú tampoco irás? —lo interrogué.

—Por supuesto que no —pronunció decidido—. Max vive en el condominio de al lado de mi edificio, podemos quedarnos en mi departamento y evitar andar de noche en la calle.

—¿Y tu padre te dio permiso?

—Mi papá no es de esos que dan permiso —explicó—. Le basta con saber una vez al día que sigo con vida.

Me miraron con ojos como los del gato con botas de *Shrek*. Si, era cierto, seguían siendo jóvenes, era obvio que quisieran ir de fiesta. Hasta el momento habían demostrado un mínimo de responsabilidad, excepto por el sexo sin protección que dejó encinta a mi hija, razón por la cual no debía preocuparme que pasaran la noche juntos, porque ¿qué más podía suceder?

—Está bien —terminé por aceptar—. Pueden ir, pero tengo condiciones.

—Lo que usted diga —sonrió mi yerno.

—Ninguno de los dos va a beber alcohol —sentencié—. A las nueve de la mañana quiero a Melisa de regreso. Y si se siente mal, por mínimo que sea, no irán a ninguna parte ¿Estamos claros?

—Muy claros —respondieron a coro.

Al día siguiente, en la oficina, le conté a Claudia preocupadísima que los chicos irían a una

fiesta. Ella, en lugar de hacerme sentir mejor o apoyarme con discursitos de madres, tuvo una reacción muy distinta a la que me esperaba.

—Nosotras también deberíamos ir de fiesta —dijo.

La observé confundida ¿Me estaría hablando en serio? Captó mi inquietud y continuó.

—Raúl estará este fin de semana en casa, me merezco salir y que él se quede con los niños — agregó molesta— ¿Hasta cuándo yo debo ser la niñera, mientras él se va de viaje?

Era verdad, el matrimonio de Claudia estaba algo complicado, porque su marido nunca estaba con ella ni con sus hijos. La pobre se sentía esclava de su familia, asfixiada. Quería un respiro y se lo merecía. No podía negarme.

—Okey, Clau, tienes razón —acepté—. El viernes saldremos como dos chicas solteras ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo —festejó dándome un abrazo.

—¿A dónde iremos?

—¿A dónde más? Pues a la disco ¡Me muero de ganas de bailar toda la noche!

Sonreí. Claudia se veía feliz y a mí no me vendría nada mal un relajo. Ya era mucho de trabajo y de problemas personales. Me iba a quitar el estrés a punta de baile.



El jueves volví a pisar el bufete de abogados. Dante y yo habíamos hablado por mail y teníamos bastantes avances, pero era hora de vernos las caras para definir los últimos detalles.

—Busco al señor FitzGerald —dije a la recepcionista.

—¿Al señor FitzGerald? ¿A cuál?

Un hombre de traje de alrededor de setenta años era quien me hacía aquella pregunta. A pesar de su avanzada edad no estaba tan maltratado ni envejecido y sus ojos negros profundos me parecieron familiares.

—No tengo el gusto de conocerla ¿Cuál es su nombre, señorita? —inquirió.

—Maya —respondí—. Vengo por la redecoración del bufete.

—Mucho gusto en conocerla. Mi nombre es Demetrio FitzGerald —se presentó.

Me quedé con la boca abierta: ese señor tan galán era el padre de Dante.

—¡Papá! —exclamó su hijo apareciendo por el pasillo.

Se saludaron con un abrazo, con bastante afecto.

—Vamos, Maya —me dijo Dante—. Tenemos trabajo que hacer.

—Debí imaginarlo, Dante es igual a usted, Damián también, excepto por el color de los ojos, pero se parecen mucho —comenté aun impactada.

—¿Conoce a mi nieto?

—Claro, es...

—La hija de Maya es compañera del colegio de Damián —interrumpió el padre del chico.

No fue difícil saber qué estaba pasando. Le di una mirada a mi consuegro, quien la evitó y me cogió del brazo.

—Nosotros vamos a trabajar —dijo él a su padre.

—Así me gusta —nos sonrió—. Como entenderá ya estoy viejo y pretendo retirarme pronto —se dirigió a mí—. Pero veo que Dante está haciendo las cosas bien, no en vano la habrá elegido para arreglar este sitio. Mi hijo es fantástico, aunque lamentablemente no es tan gentil con las damas como yo.

—En eso tiene razón —le sonreí—. Un placer conocerlo.

Entramos en el despacho. Dante se sentó frente a mí y de un cajón sacó una caja de analgésicos. Inquirió dos con un poco de agua mineral que estaba sobre su escritorio.

—No lo sabe ¿Verdad?

—No sé a qué te refieres —inquirió, haciéndose el tonto.

—Que será bisabuelo. No le has dicho a tu padre que Damián dejó embarazada a Melisa.

—¿Cómo esperas que se lo diga? —exclamó—. Está a punto de jubilar y cree que su hijo, su único hijo, es perfecto ¿Cómo mierda le voy a explicar que permití que pasara semejante

atrocidad?

Se veía afectado. Evidentemente la opinión de Demetrio era muy importante para él y no quería decepcionarlo.

—Tarde o temprano se va a enterar...

—Lo sé, sólo necesito un poco de tiempo, para encontrar un buen momento y poder decírselo —me explicó.

—Es obvio que no quieras fallarle a tu viejo —lo consolé—. Pero te quiere mucho, eso está clarísimo. No creo que se enoje contigo o con Damián, pase lo que pase los padres siempre amamos a nuestros hijos.

O eso suponía, porque no tenía una real certeza de que Dante quisiera a Damián. No después de romperle la boca de un golpe y luego intentar volver a hacerlo en el colegio.

—Tú no lo conoces —habló serio.

—No parece ser una mala persona.

—Me obligó a entrar a la facultad de derecho —narró—. Yo no quería ser abogado.

—¿Y que querías ser? —pregunté atentamente.

No lo podía creer ¿Dante tenía sentimientos? Era un ser humano, no un robot, como yo imaginaba. Tenía miedos, dolores y frustraciones como toda la gente. Y, para rematar, estaba abriendo su corazón conmigo.

—Eso da igual —respondió, arreglándose el nudo de la corbata—. Ahora por favor vamos a dedicarnos a trabajar. No tengo el tiempo de sobra.

Por supuesto esa faceta “humana” suya no podía durar demasiado.

A pesar de breve, había hecho un gran descubrimiento y tenía un nuevo logro desbloqueado: conseguir que Dante se quitara su coraza de tipo rudo, aunque fuese por un pequeño momento.

Por fin era viernes. Y no cualquier viernes: era el día que Claudia y yo saldríamos de fiesta.

Me inquietaba dejar a Melisa sola, por lo que le pedí a Damián que se quedara con ella para acompañarla. Preferí alejar de mi mente la idea de que los chicos tendrían tiempo de sobra para hacer lo que quisieran —sexo, en específico—, pero qué más daba, si Melisa ya estaba embarazada.

Fui a casa para comer algo, darme una ducha y cambiarme de ropa. Elegí unos jeans muy ajustados (quizás demasiado), una blusa negra con los hombros al descubierto y encima me puse una chaqueta de cuero estilo biker. Melisa y Damián se quedaron boquiabiertos cuando me presenté en la sala, enviándole mensajes al móvil a mi amiga.

—Mamá, estás estupenda —me halagó mi hija.

—Está guapísima, tía Maya —agregó Damián.

—Gracias, niños —les respondí—. Pórtense bien ¿Okey? Y cualquier cosa me llaman y yo vendré de inmediato...

—No se preocupe por nosotros —me sonrió mi yerno—. Usted vaya y páselo genial.

Me reuní en el centro de la ciudad con Claudia pasadas las once de la noche, en la terraza de un pequeño bar. Ella también iba muy arreglada, con un vestido rojo y zapatos de tacón.

—¿A Raúl le ha molestado que salieras?

—Por supuesto que sí, pero no me importó —contestó—. Hoy somos chicas solteras.

Claudia se estaba tomando en serio eso de las “chicas solteras”. Para mí no había problema, porque en realidad lo era, pero ella no. En fin, apenas serían unas horas de distracción, nada grave.

Pedimos un par de mojitos. Y luego otro. Y otro. A decir verdad, al ingresar a las una de la madrugada en la discoteca íbamos un poco pasadas de trago, pero muy felices

Casi ni me acordaba de lo atiborrados de gente y oscuros que eran esos antros, y la música de moda sonando a máximo volumen y el alcohol en la sangre pronto me hicieron efecto y me entraron las ganas de bailar.

Clau y yo nos metimos a la pista y bailamos un buen rato, solas, como dos adolescentes. Hasta que nos dio sed nuevamente y mi amiga fue por unas copas a la barra. Tardó varios minutos y al regresar lo hizo con las manos vacías. La miré confundida.

—¿Y el trago? —pregunté.

—May, un hombre me invitó a beber algo con él, es que le encantó mi vestido —sonrió—. Supongo que no tiene nada de malo, pero...

—Tranquila, está bien —le devolví la sonrisa—. Tomaré un taxi y me iré a casa.

—No —negó—. No puedes dejarme sola, este hombre está con un amigo muy guapo.

Un código elemental de la amistad es que en esa clase de situaciones debes acompañar a tu amiga y socializar con el que está en tu misma posición pero del otro bando. Da igual si no existe

un mínimo de conexión, tu labor es seguir ahí y fingir que te la pasas bien.

El sujeto que había invitado a Claudia estaba en la barra. Iba muy bien vestido, con camisa blanca y pantalón claro. De pie a su lado había un hombre de buena pinta; llevaba un jeans oscuro y una camisa verde militar, era alto y con mi nivel de ebriedad no estaba demasiado exigente. Además, sólo tendría que charlar y bailar con él, nada más. A menos que realmente fuera guapo y me gustara, en ese caso las cosas podrían cambiar.

Clau comenzó a hablar y su nuevo amigo se presentó como Antonio. Acto seguido introdujo a su compañero.

—Este es Dante, un colega del trabajo —habló.

Putas coincidencias de la vida ¡Era Dante FitzGerald! Nos miramos con asombro.

—¿Se conocen? —preguntó Antonio.

—Un poco —dije yo.

—Casi nada —dijo él.

Mi socia no comprendió que ese tal Dante era el mismo al que le estábamos redecorando su empresa y yo preferí no decírselo. Se suponía que teníamos una relación comercial maravillosa y lo que estaba pasando allí estaba muy alejado de las expectativas.

Antonio y Claudia se pusieron a charlar animadamente mientras Dante y yo bebíamos en silencio. Entonces ellos decidieron que querían bailar y nos invitaron a ir todos juntos.

—No tengo muchas ganas —contestó mi consuegro.

—Qué novedad ¡eres tan aburrido! —se rio su colega.

La pareja desapareció entre la gente. Nos quedamos solos entre la multitud.

—¿Qué clase de persona va a una discoteca si no quiere bailar? —lo cuestioné— ¿En serio eres tan aburrido como parece?

Me reí de él, como ya era costumbre, pero más fuerte, alentada por los mojitos. Entonces Dante pidió un whisky doble sin hielo, se lo bebió de un sorbo, me pescó del brazo sin mediar palabra y me arrastró a la pista. Antes de darme cuenta estábamos empezando a movernos.

Iba ebria, no lo voy a negar, así que al escuchar sonar un viejo pero sugerente reggaetón me desaté. Me movía sensual, como el género lo ameritaba, y me puse de espaldas a él. Supongo que su whisky también le había hecho efecto porque empecé a sentir sus manos en mis caderas.

“*Ella lo baila pegao, pegao, pegao...*” sonaba y yo, al pie de la letra, me pegué más a su cuerpo. Sentí su aliento muy cerca y no sé si fue mi imaginación, pero creo que me besó el cuello. De lo que sí estoy segura es que él tenía una enorme erección que se frotaba contra mi trasero. Y de que me excité, de eso también estoy segura.

Me volteé para verlo de frente. Una de sus manos fue a mi cadera y la otra se posó en el bolsillo de mis jeans o, más bien dicho, en mi nalga. Dante me estaba manoseando y no podía detenerlo, porque me gustaba que lo hiciera. Me acerqué más (como si fuera posible) y deslicé mi mano derecha sobre la hebilla de su cinturón... y un poco más abajo. Se dirigió a mi oído, pensé que para quejarse por mi atrevimiento, pero en su lugar me lamió y dio un pequeño mordisco en la oreja. Creí que las bragas se me caerían en ese mismo instante ¡Odiaba a ese hombre, pero mierda

que estaba a gusto a su lado!

Sin alejarme miré el suelo un instante y al levantar la vista su nariz quedó tocando la mía. Tenía ganas de sujetarlo del cuello y plantarle un beso apasionado, pero no podía hacerlo. No era cualquier persona, era el papá de Damián, mi yerno.

La música cambió de golpe. Ya no había reggaetón sino un tema lento y las luces se encendieron ¿Era broma? Dante me soltó asustado y miró su reloj para ver la hora y yo también la vi, sujetando su muñeca.

—Son las cinco —aclaró.

—No pensé que fuese tan tarde.

—Estás un poco borracha —comentó.

Le di una mirada molesta y a nuestro lado llegaron Antonio y Claudia.

—¿Nos llevas a casa, Dan? —le preguntó Antonio.

—Llévanos, Dan —insistí en mi afán de burlarme.

Asintió con la cabeza. Salimos del local y nos instalamos en su auto: su compañero de trabajo adelante con él y nosotras en el asiento de atrás.

Primero dejamos en su casa a Claudia quien, apenas se bajó, me envió un mensaje al móvil.

*“Antonio es gay. Nos hemos hecho buenos amigos”.*

Resultó que la próxima parada fue el departamento de Antonio. Se bajó del asiento del copiloto y abrió la puerta de atrás.

—Ven, Maya, ve adelante con Dan.

Se despidió y se marchó.

Dante y yo seguimos el camino solos y en completo silencio. Ya no sentía el piso dar vueltas, lo que era bueno.

A las cinco con cincuenta minutos estuvimos fuera de mi hogar.

—Gracias por traerme.

No respondió. Me quité el cinturón de seguridad.

—No sabía que bailabas tan bien —hablé—. Me has dado una sorpresa.

—¿Buena o mala?

—Muy buena —contesté.

—Es mejor no decirles a los chicos que nos encontramos en la disco —dijo tímido.

—Claro —sonreí. Era obvio que no quisiera que su hijo se enterara que se había manoseado con la madre de su novia—. Lo pasé bien contigo. Ojalá te bebieras un trago más a menudo.

Me bajé del vehículo y abrí la reja. Caminé a la puerta principal y me di la vuelta. Él seguía ahí, mirándome. Una vez que estuve dentro recién encendió el motor y se marchó.

Subí las escaleras. Pasé por el cuarto de Melisa y vi que estaba dormida profundamente junto a Damián. Seguí a mi cuarto y sin siquiera quitarme el maquillaje me metí en la cama... Y por un breve momento deseé que Dante estuviera allí, tocándome como había hecho en la discoteca.

Quizás seguía un poco ebria, así que mejor cerré los ojos y me dormí.

Desperté con una resaca espantosa el sábado, pero con la suerte de que el alcohol no había logrado difuminar ni un segundo de mis recuerdos, así que con sólo cerrar los ojos podía rememorar exactamente como Dante me había manoseado la noche anterior.

El fin de semana pasó sin sobresaltos, excepto por las noches, donde tenía, cómo decirlo... sueños eróticos. Sí, con él, con mi consuegro; me lo imaginaba tocándome, lamiéndome el cuello, abriéndome las piernas y follándome hasta hacerme desfallecer de placer. Despertaba agitada, sudando, deseando que aquello fuese cierto.

Entonces el lunes, tras soñar que lo besaba y me montaba encima suyo, decidí que tenía que hablar con él. Por supuesto, no podía ir de buenas a primeras y decirle “¿Sabes? Desde que me tocaste en la disco no paro de tener sueños y pensamientos sucios contigo”, porque eso me habría hecho parecer una loca promiscua y quizás creería que estaba insinuándole cosas, lo cual no era el caso. No quería acostarme con Dante, porque era el padre de mi yerno, pero si no lo hubiese sido... creo que me habría revolcado con él en plena pista de baile de la discoteca.

Me puse a trabajar para distraerme, pero justamente debía ponerme de cabeza con los últimos detalles de la redecoración del bufete Fitzgerald. Así, con su apellido en la primera página del documento, era bastante difícil dejar de pensar en él. Ya basta, me decidí: abrí un correo nuevo y busqué su dirección. Comencé a escribir.

*Hola Dante,*

*He estado revisando el proyecto y ya está casi listo para comenzar la remodelación, pero quisiera analizar algunos asuntos contigo antes ¿Crees que puedes recibirme?*

*Por favor me confirmas*

Le di al botón enviar y, contrario a lo que me imaginaba, me puse más intranquila de lo que ya estaba. A cada rato le daba “actualizar” a mi bandeja de entrada, hasta que quince minutos más tarde recibí un mail con la respuesta.

*Estimada Maya,*

*Me parece que hemos ido demasiado rápido, pero me alegro de los avances. La cercanía es necesaria para ciertas cosas. Si gustas puedes pasarte mañana temprano por mi oficina, para tocar algunos asuntos que quisiera revisar mejor.*

Un signo de interrogación se plantó en mi rostro ¿De verdad estábamos hablando del bufete? Porque a mí me sonaba a otra cosa, aunque puede que mi mente estuviera un poco contaminada y que, por culpa de mi deseo sexual, me pareciera que había sexo implícito en todos lados.

Volví a tener sueños eróticos la madrugada del martes, donde en la visita al despacho de Dante terminábamos retozando sobre su escritorio, con el cuadro de Napoleón mirándonos. Vi mi reloj y comprobé que eran recién las seis y treinta, así que tuve tiempo de darme una reconfortante ducha y elegir bien qué ponerme; opté por un vestido negro corto con flores, unas medias del mismo color, botines y un sweater beige. Me arreglé el pelo y me maquillé, quería verme bonita ¿Para mí o para él? No lo sé exactamente. Quizás para los dos.

Sacudí aquello de mis pensamientos y me fui a su oficina, donde estuve puntual. La secretaria

me recibió y fue al despacho de su jefe. Al regresar traía un semblante confundido.

—Lo siento, el señor Dante no podrá recibirla —se disculpó.

—¿Qué? Pero él me dijo que viniera —alegué.

—Dice que lo lamenta mucho, pero está muy ocupado...

—Está bien —suspiré—. Puedo volver mañana...

—¡No! —exclamó la chica, pero recuperó la compostura—. El señor Dante dice que estará toda la semana muy ocupado, pero que confía plenamente en su buen criterio. Por cualquier eventualidad le enviará un mail.

Vaya, vaya ¿Dante estaba tan ocupado que ni siquiera tenía un puto minuto para decírmelo en la cara? ¿O simplemente se estaba escondiendo detrás de su secretaria? Abrí mi agenda y escribí una nota para no olvidar lo que sentía en ese momento; con lápiz rojo y en mayúsculas anoté “DANTE ES UN IDIOTA”.

Fruncí el ceño y la funcionaria me observó con una sonrisa impaciente, supongo que esperando que me fuera rápido. Volvió a disculparse y me acompañó hasta la puerta, elogiando mi look y en especial mi vestido, aunque es probable que fuera una forma de hacer que desapareciera mi enojo. No lo consiguió.

Le agradecí y salí del edificio para dirigirme al metro. Me fui pensando, no por primera vez, que Dante era un cobarde.

Aquella misma tarde, desde mi escritorio, lo llamé al móvil. Sonó varias veces pero nunca lo cogió. Al día siguiente fue la misma historia, yo marcándole y nada, nunca respondió. Quise seguir escribiendo insultos contra él en mi agenda pero no la encontré; di vuelta mis cosas, mi cartera y la oficina completa pero no la hallé. Mierda, para colmo había perdido mi libreta,

Finalmente opté por llamar directo al bufete, pero la secretaria insistió en que su jefe estaba demasiado ocupado para atenderme. La conclusión era una sola: Dante me estaba evitando ¿La razón? No la tenía muy clara, aunque sospechaba que tendría que ver con nuestro encuentro en la discoteca. Quizás él también estaba teniendo sueños subidos de tono conmigo, pensé, pero me largué a reír. Eso era imposible.



Melisa, Damián y yo tomábamos el té juntos, como cada tarde. Era extraño cómo nos estábamos convirtiendo en una familia, la que dentro de unos meses crecería aún más.

Sonó el timbre y el chico rápidamente se dirigió a abrir la puerta.

—Hola papá —saludó— ¿Qué haces aquí?

Dante estaba allí, lo que me pareció muy raro, porque claramente estaba tratando de evitarme, por eso no me contestaba el teléfono y le pidió que me recibiera a su secretaria.

—Hola —saludó secamente—. Olvidaste esto en la oficina —me dijo.

En su mano llevaba mi agenda. La dejó sobre la mesa de centro.

—Muchas gracias por traérmela —agradecí, sorprendida por su amabilidad.

—Siéntate, papá, te serviré un café.

Sin chistar Dante se sentó a la mesa con nosotras. Melisa me miró un poco asustada; la pobre le había agarrado un poco de miedo a su suegro y tenerlo ahí frente a ella la ponía nerviosa. Respiró y decidió acabar con sus temores.

—¿Fue un día difícil, tío Dante? —le preguntó la chica—. Luces cansado.

El hombre la miró confundido, ya que nunca habían cruzado más de dos frases, y ahora la niña lo estaba incitando a una conversación.

—Sí, sí lo fue —contestó—. Tuve mucho trabajo.

Damián le sirvió un café a su padre, quien se lo bebió sin mediar palabra. Los muchachos hablaban de la fiesta del día siguiente mientras nosotros nos dábamos miradas furtivas, intentando que no se cruzaran. Algo pasaba ahí, pero no me imaginaba qué podía ser.

De pronto Mel le habló a su novio.

—¿Me acompañas al kiosco? —pidió—. Necesito comer algo con chocolate.

—Claro, preciosa.

Los chicos salieron charlando entre ellos, como si nosotros no estuviésemos ahí.

Fui a la sala y pesqué mi agenda. La abrí en la página donde estaba puesta la cinta marcadora y donde había escrito con mayúsculas “DANTE ES UN IDIOTA”. Se me escapó una risa y él se acercó a mí, con cara de pocos amigos.

—¿De verdad te parezco tan idiota? —preguntó.

—Pues... sí —respondí con naturalidad.

—No es cierto.

—¿Dices que miento?

—Tal vez.

Lo pensé mejor, ese tipo no estaba en mi casa para llevarme mi libreta ¿Había algo que trataba de decirme? ¿O tenía que leer entre líneas? A la mierda, no me gustan las cosas indirectas.

—¿Qué haces aquí exactamente? —lo interrogué.

—Ya te dije, te traje tu agenda...

—No te creo, Dante —hablé de sopetón— ¿Qué es lo que quieres?

—Sólo trato de ser amable —se excusó.

—¿Amable tú? —inquirí sarcástica—. No sé qué es lo que pretendes, no me recibes en tu oficina ni me contestas el teléfono, pero de pronto apareces en mi casa haciéndote el simpático ¿no puede pasar una semana sin que te vea?

—Estamos trabajando juntos, por supuesto que tenemos que vernos.

—Tú quisiste trabajar conmigo ¿por qué? Es como si quisieras que esté cerca de ti, como si estuvieras interesado en mí.

Una flama se encendió en sus ojos, una flama de ira. La plática había tomados tintes de discusión sin darnos cuenta.

—¿Estás sugiriendo que te contraté para redecorar el bufete porque me gustas? —inquirió nervioso.

—Eso parece, sino ¿por qué lo hiciste? Me tratas pésimo pero aún así te empeñas en que trabajemos juntos, sin mencionar la forma en que me manoseaste en la disco.

—Tú también me tocaste —alegó—. Y hasta donde recuerdo, no te quejaste cuando te besé el cuello.

No, no había sido mi imaginación, efectivamente Dante me había besado el cuello en la pista de baile de la discoteca. Eso era aún más confuso.

—Estaba borracha —me justifiqué.

—¿Sin alcohol no te habrías dejado?

—Por supuesto que no —mentí—. Aunque no lo creas, soy una mujer decente y no me meto con cualquiera...

—Yo no soy cualquiera.

—Y tú tampoco te quejaste cuando te toqué.

—¡No soy de fierro, Maya!

—Vaya, y yo que empezaba a creer que eras gay y por eso no eras amistoso con las chicas.

Se quedó mudo. Me miró perplejo, como si no pudiera comprender mis palabras.

—¿Dijiste gay? —balbuceó.

—Estabas en una disco con un amigo gay —murmuré despacio.

—¿Acaso no sentiste... lo que me provocaste?

—Los gais también tienen erecciones ¿no?

Trató de tranquilizarse, pero no lo consiguió.

—¡Eres una mujer insoportable! —gritó furioso.

—¿Ah sí? Pues tú eres un hombre odioso y amargado.

—¡Cállate! —me ordenó—. No tienes idea de nada.

—Sé que no toleras a tu hijo, quizás ni siquiera le tienes un poquito de cariño...

—Te odio, Maya —declaró mirándome a los ojos—. En serio te odio.

Lo que pasó luego fue raro. Muy raro.

Dante, iracundo a morir, me sujetó del cuello y me besó, con una pasión que sólo el odio puede dar. Pero lo peor no fue eso, no señor, lo peor fue que correspondí a su beso, con igual o más desenfreno.

Nos separamos un segundo para respirar, pero continuamos besándonos de inmediato. Me cogió por las caderas a la vez que mis brazos se aferraban a su cuerpo. Trastabillamos y caímos al sofá, pero lejos de apartarnos y disculparnos por aquello, rodeé con mis piernas su cintura y él metió sus manos bajo mi camiseta, mientras hurgaba con su boca dentro de mi escote. Volvió a besarme en los labios justo al momento en que bajé mi mano hasta su entrepierna, donde un bulto enorme palpitaba más furioso que su dueño. Metí mi mano dentro de su pantalón y toqué su erección, sobre la tela de su bóxer. Gimió y creo que su miembro creció un poco más.

Retiró mi pelo hacia un lado y se instaló a besar mi cuello, a la vez que con la mano jugaba con uno de mis pezones que había logrado sacar de mi sostén.

Estábamos extasiados de deseo. Lo único que quería era sentirlo dentro de mí, pero entonces escuchamos las voces de nuestros hijos demasiado cerca y el sonido de la reja de la casa. De un salto Dante se puso de pie mirando un cuadro de la pared, supongo que para ocultar lo que había dentro de sus calzoncillos.

—Mierda —lo oí mascullar entre dientes.

Me senté en el sofá tratando de arreglarme la ropa más rápido que en mi adolescencia. Quise reír, pero la expresión seria de Dante me lo impidió.

—Estás despeinado —le advertí.

Se pasó las manos por el pelo y los chicos entraron con una bolsa. Damián comía y Melisa nos sonrió.

—Tío Dante ¿quieres un alfajor? —ofreció con dulzura.

—No —negó nervioso—. Ya tengo que irme ¿vienes conmigo, Damián?

—Me quedaré otro rato aquí.

—Okey, te veo en casa. Adiós Melisa... Y Maya.

No alcanzamos a responderle, con suerte oímos que el motor de su coche rugió y desapareció calle abajo.

—Qué raro estaba mi papá —comentó Damián— ¿Le habrá pasado algo, tía Maya?

—¿Qué podría pasarle a tu padre? —contesté con una sonrisa.

Esa noche fue muy difícil poder dormir. A cada instante recordaba a Dante, sus manos tocando mi cuerpo, sus labios sobre los míos, su bulto entre mis piernas. Creo que llevaba demasiado tiempo sin sexo y eso me estaba pasando la cuenta, porque de ninguna manera él me parecía especial; era un hombre frío, desagradable, amargado y odioso y a mí jamás me podría gustar un tipo así.

Dejaré en claro que sí tuve algunos novios durante la infancia de Melisa, pero ninguna relación llegó a buen puerto, porque mis parejas no eran prioridad, sino que lo era mi hija. Tampoco permití a ninguno entrar en la intimidad de mi hogar, porque no quería exponer a mi pequeña a personajes que no perdurarían en su vida.

La tarde siguiente Damián llegó a buscar a Melisa a eso de las nueve de la noche. Me dieron un beso en la mejilla y se fueron a su fiesta. Yo agradecí un poco de tranquilidad, por fin podría echarme en el sofá a ver una película, leer un libro o simplemente a no hacer nada. No solía tener la casa para mí sola, así que tengo que admitir que incluso me sentí feliz.

Pensaba en llamar al delivery y pedir una hamburguesa gigante, pero el sonido del timbre lo impidió. Me asomé por la ventana para ver de quien era y casi me morí al ver que se trataba de Dante. Mi corazón se aceleró ¿Qué mierda hacía él ahí?

—Damián no está aquí —dije a modo de saludo, apenas sacando mi cabeza por la puerta.

—Necesito hablar contigo ¿puedo pasar?

No contesté pero abrí la puerta. Entró a paso firme y se paró en medio de la sala de estar.

—Sé que los chicos no están aquí —habló—. Los vi marcharse.

—¿Estabas espiando?

—Algo así.

Apagué el televisor, que había encendido rato antes, y acomodé el control remoto en la mesita.

La intriga me carcomía en mi interior.

—¿De qué quieres hablar? —pregunté, aunque sospechaba el asunto.

—Bueno, es que... —titubeó—. Quería disculparme por lo que pasó ayer. Perdí los estribos y no debí gritarte, ni decirte que te odio. Lo siento.

—Yo tuve mucha culpa en eso —acepté—. Te presioné demasiado, era imposible que no te enojaras. Estamos bien, no te preocupes —sonreí.

Listo, estábamos disculpados, pero ¿No iba a mencionar lo que pasó después? ¿Sólo pedía perdón por gritarme, pero no por casi follarme en el sillón?

Pensé que iba a irse, pero no se movió un milímetro.

—Oye... —musité—. Sobre lo otro...

—Claro, lo otro —me interrumpió—. Maya, no voy a disculparme por eso —dijo decidido—. No puedo disculparme por algo que de verdad quería que pasara.

En mi imaginación mi mandíbula inferior quedó clavada en el piso. Estaba tan asombrada que no pude responder nada y él continuó hablando.

—Ojalá los chicos no hubiesen regresado tan pronto —comentó.

—¿Estás diciendo que querías tener sexo conmigo? —inquirí, para salir de dudas.

—Sí ¿qué opinas tú? —preguntó con naturalidad.

Si le dijera la cantidad de veces desde el manoseo en la disco que había soñado y deseado acostarme con él...

—Supongo que no habría estado tan mal —respondí tímidamente—. Quizás sea la única manera de terminar con esto y recuperar un mínimo de normalidad.

—Podríamos intentarlo.

Me besó. Y de ahí en adelante ya no pudimos detenernos.

Lo cogí de la mano y lo llevé hasta mi habitación donde, sin dejar de besarnos, me deshice de su camisa y él de mi blusa. Sus manos desabrocharon mi sostén y su boca se dirigió directamente a mis pechos, logrando que arqueara la espalda y soltara un gemido.

Nos quitamos los pantalones y metí mis manos en su bóxer, para tocar su erección. Acto seguido me quitó las bragas, mientras sus labios recorrían cada centímetro de mi piel, hasta llegar a mi sexo, donde me acarició con sus dedos y comprobó que estaba húmeda.

Estábamos hambrientos. No queríamos más preliminares, así que Dante pescó su pantalón que habíamos lanzado al suelo, del bolsillo extrajo su billetera y de ella un condón. Lo vi abrir el envoltorio, colocárselo y sin darme tiempo a reaccionar se acomodó sobre mí y me penetró con fuerza.

Cerré mis ojos y me dejé llevar. Sus embestidas eran profundas y jodidamente placenteras. Hubiese querido que aquello fuese eterno, pero nada en el mundo lo es, mucho menos el sexo. Gocé de un orgasmo espectacular sin mayor esfuerzo y él también lo hizo, dejando escapar un gruñido al acabar.

Se puso su bóxer y yo las bragas, y me senté en el borde de la cama, buscando con la mirada mi ropa. La luz de las farolas de la calle se colaba por la ventana y eran la única guía en mi labor. Sentí la mano de Dante sujetar mi antebrazo.

—Ven, que no muerdo.

—¿En serio? Porque vas por la vida como un perro rabioso —comenté.

Se rio. Una risa genuina. Era la primera vez que lo escuchaba reírse.

—¿Te sabes reír? Ya pensaba que tenías una parálisis facial que te impedía hacerlo...

—Qué mala eres conmigo —sonrió—. Ven, acércate.

Me haló del brazo y me acurrucó junto a él. No me resistí y me acomodé en su pecho. Me acarició la espalda y suspiró.

Nos quedamos en silencio. Era tan raro ¿Qué hacía yo en la cama con Dante FitzGerald? Éramos prácticamente enemigos, y de repente estábamos juntos después de mi mejor revolcón en los últimos años.

Me puse de pie para ir al baño. Al vuelo pesqué una camiseta de la cajonera y fui a lavarme la cara. Asumí que para la vuelta al cuarto Dante estaría vestido y listo para irse pero no fue así: seguía recostado en mi cama solamente en bóxer.

—¿Puedo quedarme aquí esta noche? —consultó de sopetón.

Su pregunta me descolocó y no pude disimularlo. Lo observé sin saber qué decir.

—Dante, no sé exactamente qué hemos hecho... —resoplé.

—Tuvimos sexo.

—Eso ya lo sé. Me refiero a que llevamos meses discutiendo...

—No me he portado bien contigo —reflexionó—. He sido un idiota, un...

—Un hijo de puta —lo interrumpí.

—Sí, bastante hijo de puta —admitió—. Pero si algo tengo que decir es que desde la primera vez que te vi tenía ganas de tumbarte en la cama.

—Pero qué romántico eres —ironicé.

Se volvió a reír, como si yo fuera la mujer más graciosa del universo.

Se sentó y se pasó las manos por el pelo. Cerré las cortinas y encendí la lámpara de la mesita de noche. Me senté a su lado, encogida, abrazando mis rodillas.

—Perdona, creo que se me ha pasado la mano —se disculpó ante sus atrevidas palabras.

—Está bien.

—Pero en serio que desde el principio me pareciste muy guapa.

Nos miramos fijamente, sin rastro del odio con el que solíamos hacerlo. Me percaté de sus ojos negros, de sus cejas tupidas, de su sonrisa que acababa de enseñarme y que poco a poco me iba cautivando.

—Okey, puedes quedarte —acepté—. Pero debes irte temprano, antes de que los chicos regresen.

—Por supuesto.

—Ellos no pueden saberlo —recalqué—. Y que conste, que permita que te quedes a dormir no significa que vaya a pasar algo más.

—¿No quieres nada más? —cuestionó acercándose a mis labios y dándome un beso lento.

—No me hagas repetirlo —susurré.

—A mí me gusta mucho repetir —murmuró besando mi cuello y metiendo sus manos bajo mi camiseta.

—Tú te lo buscaste.

De un impulso me instalé a horcajadas sobre él y me quité la polera. Me dedicó una sonrisa perversa y sin que fuera necesario demasiado precalentamiento empecé a sentir un bulto debajo de mí, lo que me excitó nuevamente.

—Mi billetera —pidió.

Agarré su billetera que yacía en el piso y se la entregué. La abrió y sacó otro condón. Se lo

quité en un movimiento rápido.

—Yo me encargo —dije coqueta.

Me deshice de su ropa interior y saqué el preservativo. Antes de colocárselo toqué su miembro duro y lo acaricié hacia arriba y hacia abajo. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Me vas a volver loco —gimió.

—Aun no has visto nada.

Le puse el condón y acto seguido me quité las braguitas y me situé encima. Moví mis caderas con suavidad, y, a pesar de recién iniciar la penetración, pensé que iba a correrme. Dante se sujetó fuerte a mi cintura y profirió varias palabrotas, lo que me encendió aun más.

Aceleré mis movimientos hasta que él, sin previo aviso, me puso de espalda en la cama y se montó sobre mí. Sus embestidas eran cada vez más profundas y deliciosas.

—Dame más —supliqué con un hilo de voz.

Empujó con más fuerza, llevándome a un intenso orgasmo y, tras oírme gemir, se corrió también.

Volvió a ponerse su bóxer y yo me puse mi pijama, que se componía de un short y una polerita de tirantes. Nos metimos a la cama y él se pegó a mi cuerpo, como si no quisiera soltarme.

—Buenas noches —dijo, dándome un beso primero en la nariz y luego uno en los labios.

—Hasta mañana —contesté, sin saber qué mierda nos estaba pasando.

Al día siguiente, a eso de las siete, Dante me despertó. Llevaba puesto su traje sin corbata y una expresión de felicidad.

—Ya me voy —anunció.

—Te dejo afuera.

Me calcé las pantuflas y bajamos juntos al primer piso. Antes de que abriera la puerta sentí sus manos en mis caderas. Me volteó para dejarme frente a él.

—Adiós Maya.

Nos besamos sin atisbo de la pasión de la noche anterior. Esos besos no buscaban más sexo, esos besos eran... tiernos.

—Adiós Dante.

Más besos. Más dulzura. Aquello parecía un sueño y no quería despertar.

Me sonrió con tal afecto antes de cerrar la puerta tras de sí que creí que me derretía.

Puntualmente Damián dejó a Melisa en casa a las nueve de la mañana. Lo supe porque mi hija pasó a avisarme que había llegado y vi el reloj del móvil, pues seguía en la cama. Recé para que la ingenuidad de Melisa fuera suficiente y no notara el ambiente sexual que había en mi cuarto.

Damián llegó a su casa y encontró una escena bastante peculiar; su padre, a quien jamás veía los fines de semana, estaba sentado en el sofá, leyendo el periódico con expresión despreocupada. Al verlo llegar le dedicó una sonrisa y se puso de pie.

—Hola hijo —lo saludó, caminando a la cocina—. Siéntate, te prepararé desayuno.

Hasta donde recordaba el muchacho, la última vez que su padre le había hecho el desayuno tenía nueve años. Lo miró: su progenitor llevaba el pelo húmedo, una camiseta amarilla y un jeans oscuro, además de pantuflas. Prefirió no hacer comentarios.

Se comió las tostadas, se bebió el café y el jugo de naranja mientras Dante le comentaba el resultado del partido de fútbol de su equipo favorito.

—Estaba pensando que podíamos ir a centro comercial —propuso su padre— ¿Qué te parece, hijo? Hace mucho que no salimos juntos.

Mi yerno fue en la tarde a visitar a mi hija. Ya saben, estaban en esa etapa del noviazgo en que no pueden vivir el uno sin el otro. Y ante la idea de que el chico la abandonara como hizo mi novio conmigo, prefería que lo viéramos a diario.

Bajé las escaleras, porque estaba aseando mi habitación, y escuché a los niños charlando.

—Te juro que no sé qué le ha pasado —habló Damián intrigado.

—¿A quién? —pregunté, para entablar conversación.

—A mi padre —contestó, causando que se me parara la respiración—. Me ha hecho el desayuno, llevado de shopping y al cine.

—¿Te compró ropa bonita? —interrogué, para ocultar mi nerviosismo.

—Sí, y también... ¡una guitarra! —exclamó exageradamente.

—¿Y cuál es el problema? —cuestioné.

—Damián no toca guitarra —aclaró Melisa.

—Podrías tomar clases —sugerí.

—Lo de la guitarra es lo de menos —expuso el chico asustado—. Mi padre no es así, o al menos no ha sido tan atento conmigo desde que murió mi mamá ¿y si le ha pasado algo malo? Tal vez está enfermo, le queda poco tiempo y...

—No, Damián —lo interrumpí, tomando su mano, tratando de consolarlo—. A tu papá no le ha pasado nada malo, no va a morir.

—¿Cómo puede estar tan segura?

Porque follamos dos veces anoche. Okey, no podía decirle eso, no era correcto y podía provocarle alguna clase de trauma, y no quería un padre con traumas para mi nieto.



—Es un presentimiento —mentí—. Todo irá bien, no te preocupes tanto. Mejor ponte a practicar en tu guitarra —bromeé.

Nos reímos.

Ay, Dante, si ibas a regalarle algo a tu hijo primero debiste averiguar cuáles eran sus pasatiempos. Se notaba que esos dos tenían que recuperar mucho tiempo perdido.

El lunes temprano llegué a la oficina. Antes de instalarme en mi escritorio me encontré con Claudia poniendo un ramo de rosas blancas en el florero.

—Lindas flores —comenté.

—Son tuyas —respondió—. Un repartidor las trajo para ti. Aquí está la tarjeta.

Me entregó el pequeño sobre, el cual evidentemente ya había sido abierto antes. Mi amiga al parecer no conocía el concepto de la privacidad y la correspondencia ajena.

*Que tengas una linda semana.*

*Dante*

Ternura, eso fue lo que sentí. Eso y alivio, al menos no era una guitarra o unos guantes de box o cualquier otro objeto sin sentido. Pero entonces me cuestioné ¿Qué hombre envía flores después de una noche de sexo? Porque sólo había sido eso ¿Verdad?

—¿Ese Dante es el mismo de la discoteca? —preguntó Claudia.

Mi socia a veces puede resultar un poco lenta. Aun no descubría que el Dante de la discoteca y el del bufete de abogados eran la misma persona, y definitivamente era lo mejor, porque me evitaba un montón de aclaraciones y cosas que en ese momento no quería pensar. Aun no me sentía lista para hablar con nadie de esa noche que habíamos compartido y que supuse sería la única. Gracias al cielo estaba equivocada.

Estaba bastante confundida. El sexo, las flores, la guitarra, era muy extraño. No sabía qué pensar ni qué decir al respecto, así que mejor no hice ni dije nada.

El miércoles a eso de mediodía sonó mi móvil... y era Dante. Dudé sobre contestar pero finalmente lo hice.

—¿Recibiste las flores? —preguntó.

—Sí, muy lindas.

—No dijiste nada —alegó.

—No sabía qué decir —me excusé.

—Un “gracias” era más que suficiente.

Tenía razón, ni siquiera le había agradecido ese gesto tan bonito.

—Lo siento, no soy tan mal educada, es sólo que no suelo recibir flores...

—¿En serio? Pensé que estabas acostumbrada a que muchos hombres te enviaran flores —comentó sorprendido.

—No soy tan promiscua como piensas —me puse a la defensiva.

—¡No, no quise decir eso!

—¿Entonces qué mierda quisiste decir?

—Es que... como eres tan bonita, ya sabes —explicó.

Eso me desconcertó aún más ¿Dante de pronto me piropeaba? Me entró la desconfianza ¿Y si de verdad tenía una enfermedad terminal, iba a morir y por eso había decidido dejar de ser tan hijo de puta con el mundo entero? Quizás Damián no estaba tan equivocado.

—En fin, te llamaba por otro asunto —retomó la plática.

—¿La redecoración del bufete?

—No, es más... personal —habló—. Podrás pensar lo que quieras de mí, probablemente nada bueno, pero aun así quisiera invitarte a cenar.

—¿A cenar? —repetí— ¿Cuándo?

—El viernes ¿te gustaría? —inquirió entusiasta.

—Está bien —acepté— ¿Dónde?

—En mi casa.

—¿Y Damián?

—Tú vas a salir, lo enviaremos a cuidar a Melisa.

—Okey —sonreí—. Así lo haremos. Muchas gracias por las flores.

Lo tenía todo planeado ¡Bravo! Ese hombre sabía hacer las cosas y, contrario a lo que me había dicho Demetrio, sí podía ser amable con las chicas, al menos cuando se lo proponía. Dante era una caja de pandora y yo me moría de ganas de descubrir qué había en su interior.

Apenas le dije a Melisa que saldría nuevamente un viernes por la noche puso una expresión de sospecha en su rostro. Mi hija es muy lista y no dudó en preguntar qué estaba pasando para que su madre, que llevaba años sin salir de fiesta, decidiera hacerlo dos veces el mismo mes.

—No pasa nada, Mel. Sólo iré a beber un trago con Claudia —mentí.

—¿Segura, mamá? ¿No estarás ocultándome un novio? —interrogó.

—La que oculta sus novios no soy yo, Melisa —contesté seriamente.

No le quedaron ganas de seguir preguntando.

Esperé impaciente hasta que llegó el viernes. La situación era muy confusa... y excitante. No podía quitarme de la cabeza que había dormido con Dante la semana anterior; es que era imposible olvidarme de semejante revolcón. Lo sé, la sociedad machista no cree correcto que una dama hable así, pero ¿Qué podía decir? ¿Que habíamos hecho el amor? Por supuesto que no, eso no era amor ni nada similar, era únicamente satisfacer un deseo primitivo, salvaje y animal. Mayormente salvaje, la verdad.

Era obvio que su invitación era, en cierta manera, una llamada sexual. Yo, una mujer abandonada por su novio mientras esperaba un bebé, no me dejaba engañar tan fácilmente, no me era sencillo creer en las palabras de un hombre y tragarme el cuento de que le gustaba más mi forma de ser que mi cuerpo. Mucho menos en Dante, que me había confesado que desde que me vio quiso acostarse conmigo y de quien incluso dudaba que tuviera sentimientos. Aquello era sexo y si era bueno ¿Por qué no podíamos disfrutarlo hasta sacarnos las ganas y ya? Luego sólo sería un recuerdo y seguiríamos cada quien su camino. Ni más ni menos.

Me puse unos jeans claros y una blusa blanca, encima un sweater color mostaza y debajo un conjunto de lencería negro de encaje. El outfit perfecto.

Dejé a los chicos comiendo papas fritas frente al televisor, les hice las mismas advertencias de siempre y salí a tomar un taxi, que me dejó en la entrada del edificio. Saludé al conserje, quien tenía agendada mi visita y me indicó el pasillo hacia el ascensor. Minutos más tarde estuve en la puerta del departamento y toqué el timbre. Esperé unos momentos hasta que sentí pasos desde el interior. La escena me sorprendió; Dante iba con un pantalón verde oliva, una camisa negra y un mandil azul eléctrico a la cintura. Apenas me vio me sonrió y me hizo pasar con una reverencia.

—Bienvenida —me saludó, dándome un beso en la mejilla.

Su cordialidad casi me espanta. Es cierto, él me había invitado, pero la vez anterior que pisé su casa no había sido ni remotamente similar.

Entré y sentí un delicioso olor provenir del horno. Con una seña me indicó que me sentara en un taburete que estaba en el mesón de la cocina y acto seguido me ofreció una copa de vino, la que por supuesto acepté.

—La comida está casi lista.

—¿Cuál es el menú?

—De entrada machas a la parmesana, de plato de fondo salmón al horno con risotto y de postre

tarta de frambuesa —anunció.

—¿Mariscos? —pregunté con una sonrisa maliciosa, pensando en las machas.

—¿Tienes algún problema con ellos?

—Yo no, tal vez tú tengas algún problema y por eso los preparaste.

—¿Afrodisiacos? No, no los necesito —alardeó.

Aquello lo dije por molestar, básicamente, porque de hecho sí sabía que no le hacían falta los afrodisiacos.

—No me imaginé que tú también supieras cocinar —dije, recordando a su hijo.

—La nana que le enseñó a cocinar a Damián también me enseñó a mí, mucho antes —explicó—. Decía que saber cocinar es un arma muy poderosa para seducir mujeres.

—¿Y te ha funcionado?

—Eso dímelo tú.

Sonreí nuevamente. Sí, al parecer sí funcionaba.

Nos sentamos a la mesa. Comimos con tranquilidad, con Adele cantando de fondo, a un volumen bajo. Bebimos más vino y charlamos: de nuestros niños, del trabajo, de cosas cotidianas, como cualquier pareja en una cita, pero la nuestra no era una cita, era... no, no sé qué era, pero no una cita, eso lo puedo asegurar ¿O sí lo era?

Decidimos esperar un poco antes del postre, porque ya no podía comer más. Los platillos habían sido una delicia y quería reposar antes de continuar comiendo. Nos instalamos en el sofá, para estar más cómodos. Allí estábamos más cerca y nos aventuramos a cambiar el vino por gin tonics.

En la conversación le conté sobre los temores de su hijo, después de la compra de la guitarra. Nos echamos a reír aunque sabíamos que era un tanto cruel.

—Deberías mejorar tu relación con Damián —aconsejé—. Y aprender a disimular.

—Estaba contento, no podía disimularlo.

—Eres un tipo extraño —comenté de sopetón—. Al conocerte acababas de golpear a tu hijo, pero al parecer lo quieres mucho.

—Claro que lo quiero, es mi único hijo —contestó.

—Nunca pasas tiempo con él.

—Tengo mucho trabajo.

—Eso suena como una excusa.

Pasé los límites, eso lo supe en cuanto pronuncié esas palabras. Él me miró fijo y luego clavó la vista en el piso. Se puso de pie, se sirvió un vaso de whisky y volvió a sentarse a mi lado. Quise disculparme, pero creí que sería peor. Pensé en cambiar el tema, pero él volvió a hablar.

—Sí, es una excusa —confirmó—. Una pésima excusa, por cierto.

—Es obvio, no tienes mucha paciencia y se mete en bastantes problemas, pero aun es un niño —lo animé.

—No me importa que se meta en líos —aclaró—. No lo hacía cuando tenía diez años y lo aparté de mi vida.

—Fue por tu esposa que lo hiciste a un lado.

En su mirada vi que le dolía.

Se paró nuevamente y se bebió otro vaso de whisky.

—Lo siento, Dante, no tenemos que hablar de esto —me disculpé.

—No —dijo serio—. No puedo seguir huyendo. Llevo años huyendo y ya no quiero.

No quise decir nada más. No lo presioné, no quería hacerlo sentir mal. Él quiso seguir adelante con la conversación.

—Supongo que Damián se los contó —habló y yo asentí con la cabeza—. Mi esposa era todo para mí. De pronto murió, me dejó solo, asustado, destruido. Aurora estaba en cada rincón, pero yo ya no quería pensar en ella, el sólo recordarla me dolía. Y ahí estaba Damián, con su misma mirada, con esos putos ojos azules iguales a los de ella... No podía —sollozó—. No podía mirar a la cara a mi propio hijo porque me acordaba de su madre.

Rompió a llorar efusivamente. Aquello me hizo sentir horrible, porque yo lo había llevado a aquellos recuerdos.

Lo abracé, era el único recurso que conocía para consolar a alguien que lloraba con semejante tristeza.

—Era sólo un niño y lo abandoné —lloró—. Acababa de perder a su mamá y yo lo hice a un lado. Era apenas un niño pequeño...

—Cálmate —susurré, acariciando su pelo—. Damián entiende perfecto lo que sucedió y no te culpa. Sabe que fue una forma de superar la pérdida, pero que sí lo quieres.

—No lo conozco —dijo, secándose las lágrimas, más tranquilo—. Es mi hijo y casi no lo conozco. Ni siquiera me contó que tenía novia.

—Melisa tampoco me lo dijo —hablé resignada.

—En eso estamos empatados.

—Aunque yo no le regalaría una guitarra.

Nos reímos de lo que ya se había convertido en un chiste.

—Gracias por escucharme —murmuró—. Y perdón por ponerme tan sentimental.

—Está bien —sonreí—. Acabo de comprobar que eres un humano y no un androide.

—Entonces vamos por buen camino.

Sin darnos cuenta nos habíamos tomado de la mano. Con la que tenía libre sujetó mi mentón para que lo mirase.

—Dame un beso, Maya —pidió.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque es lo que quieres hacer desde que llegaste.

—¿Y tú no quieres?

—Yo he querido hacerlo toda la semana.

Lo hice, lo besé. Pero no fue solamente un beso, porque le siguieron muchos más. No había malas intenciones, no había manoseo ni palabras sucias. Sólo eran ganas de estar allí juntos.

Me acomodó en su regazo y nos quedamos en silencio, abrazados en su sofá. Me sentía a gusto a su lado, segura, cómoda. Trataba de no pensar, no quería hacerlo y comenzar a cuestionarme qué era lo que estaba pasando entre nosotros, porque eso arruinaría el momento. Y el momento era perfecto.

No sé cuánto rato pasó, pero de repente se puso de pie. Lo miré un poco triste, por interrumpir la magia.

—Voy a servir el postre —anunció.

—No quiero postre —dije firme—. Al menos no de esa clase.

Me sonrió con malicia y me tendió la mano. De un impulso me hizo pararme y me apegó a su cuerpo con fuerza, plantándome un beso apasionado. Nos separamos para respirar y aprovechó la instancia para levantarme del suelo y cogerme al hombro, como un saco.

—¿Qué haces? —pregunté riéndome.

—Te secuestro y te llevo a mi cuarto —contestó con voz ronca—. Tal vez te ate a mi cama para siempre.

En su habitación se quitó la camisa de un manotazo e hizo lo mismo con mi sweater. Lo empujé sobre la cama y me senté a horcajadas sobre él, donde me saqué la blusa. Sus manos fueron a mis pechos y en un movimiento me dejó de espalda sobre el colchón y se quitó el pantalón. Volvió a besarme en la boca y continuó por mi abdomen hasta que llegó a mis jeans. Lo desabrochó y a tirones lo apartó de su camino. Sus ojos brillaron al verme solamente en ropa interior.

—Estás tan sexy —murmuró.

—¿Eso crees? —interrogué coqueta.

Me tomó en brazos y me acomodó sobre la cajonera, situándose entre mis piernas. Sentía su erección en mi sexo y su palpar me enloquecía.

Con dedos rápidos me arrebató el sostén, para amasar y lamer mis senos. Estaba a punto de estallar sólo con que él me tocara.

—Dante —gemí—. Mételo ya.

Deprisa fue a su mesita de noche y del cajón sacó un preservativo. Volvió a mi lado y me despojó de las bragas, para posteriormente tocarme en mi zona íntima. Movié sus dedos provocando que me estremeciera.

Lo sujeté del cuello y lo besé, mientras que con una mano frotaba el bulto que había liberado de su bóxer. Se puso el condón y empujó hasta lo más profundo de mi ser.

—¿Te gusta? —preguntó a la vez que se movía en mi interior.

—Sí, sí, no pares... —jadeé.

Y no paró. Al menos en un buen rato, y para ese instante ya nos habíamos corrido los dos.

Nos metimos en la cama, acurrucados. Entonces volvió a ponerse de pie, se puso su bóxer y una

camiseta y salió de la habitación. Volvió dos minutos después, con dos platillos con tarta de frambuesa.

—No voy a dejar que te duermas sin probar el postre —advirtió.

Entre sus sábanas nos devoramos la tarta y, una vez que la terminamos, nos comimos a besos y fuimos por un segundo asalto.

Me dormí exhausta, pero con una enorme sonrisa en mi rostro, abrazada a su pecho. Eso era todo lo que necesitaba aquella noche.

A las diez de la mañana volví a mi casa, después de una ducha sexual bastante interesante.

Melisa me miró intrigada.

—¿No que solamente ibas a beber unos tragos con la tía Claudia? —interrogó.

—Claro —mentí.

—¿Y dónde te quedaste a dormir?

—En su casa —volví a mentir.

Mientras tanto, Damián llegó a su departamento, donde su padre desayunaba tostadas con mermelada. El chico se sentó a comer a su lado y se sorprendió un poco al notar el voraz apetito de su progenitor quien, supongo, debía recuperar las energías perdidas en la noche.

—¿Por qué no vamos a ver al abuelo? —sugirió el muchacho.

Accidentalmente Dante manchó su camisa con mermelada. Se puso de pie y caminó a su cuarto a cambiarse, con su hijo siguiéndolo.

—No creo que sea buena idea, aun no le cuento lo de Melisa —explicó.

—Pero llevo muchas semanas sin verlo...

Dante sacó una polera de la cajonera y se quitó la camisa. Damián se largó a reír.

—¡Papá! —exclamó divertido.

—¿Qué te pasa?

—Tu espalda.

Se contorsionó para, con ayuda de un espejo, verse la espalda, la cual tenía cubierta de arañazos.

—De seguro me picó un mosquito y me rasqué sin darme cuenta —se excusó.

—Ay, papá, ya soy grande —se rio su hijo—. Sé perfectamente lo que debes hacerle a una chica para que te deje la espalda de esa forma.

—Ojalá no lo supieras —masculló—. Melisa no estaría embarazada.

—¿Estás saliendo con alguien?

—Por supuesto que no —negó—. Ya te dije, yo me estuve rascando, eso es todo.

—¿Y también tú te mordiste el cuello? ¿O fue el mosquito?

Era cierto, además de los arañazos lucía una mordida en el cuello, evidentemente hecha por dientes humanos.

—Eh, bueno... —balbuceó.

—¿Ahora vas a decirme que te atacaron los vampiros? —se burló— ¿O fue el chupacabras?

—Okey, vamos a visitar al abuelo —aceptó, terminando de vestirse—. Pero no menciones que tienes novia. Ya lo solucionaré yo, pero dame tiempo.



Damián salió de la habitación sonriente; empezaba a entender el cambio en la personalidad de su padre y ver que por fin había una pequeña luz de esperanza de que pudiera superar la pérdida de su madre le alegraba. Solamente esperaba que esa chica que estaba cambiando a su papá tuviera sentimientos sinceros, porque si no aquello podría ser terrible y no estaba preparado para ver a Dante nuevamente devastado.

Después de aquella segunda noche que pasamos juntos, la comunicación con Dante comenzó a ser muchísimo más fluida. Me enviaba mensajes y charlábamos bastante por ese medio, lo que resultaba bastante curioso, porque a veces incluso me enviaba videos de gatitos haciendo cosas graciosas. Jamás me había imaginado a Dante como un tipo al que le causaran tanta gracia los gatos.

A mitad de semana, mientras trabajaba, sonó el timbre de la oficina. Claudia fue a abrir la puerta y rápidamente estuvo de regreso en mi escritorio con una expresión emocionada.

—Te buscan, amiga —anunció.

—¿Quién?

—Tu novio —se burló con una risita.

Al no obtener más información de ella salí hasta la salita de espera, donde Dante tenía un ramo de rosas en una mano y una caja de chocolates en la otra. Me sentí un poco aturdida, porque sólo le faltaba un corcel blanco para parecer un príncipe dispuesto a salvar a la princesa del dragón. Y no, eso no era un cuento, ni él un príncipe ni yo una princesa que necesitara ser rescatada.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, dando un paso atrás cuando quiso besarme.

—Pasaba por el barrio y quise saludar.

—¿Y mágicamente aparecieron en tus manos las flores y los chocolates? —lo increpé.

—Pensé que te gustarían.

Miré sus ojos, algo decepcionados por mi reacción. A veces soy muy bruta, quizás debí advertírsele con anticipación.

—No es eso —dije más tranquila, acariciando su mejilla—. Es que me tomas por sorpresa.

—Esa era la idea.

—Este es mi trabajo, Dante —aclaré—. No creo que a ti te gustaría que de pronto me aparezca por el bufete y te plante un beso frente a tus empleados ¿verdad?

—Pero ella es tu mejor amiga ¿no? —preguntó señalando a Claudia, que se ocultaba sin mucho éxito tras unas plantas.

—Sí, pero...

Me callé. No tenía más reclamos ante su gesto tan tierno, porque en realidad no era tan grave. Allí solamente estábamos Claudia y yo, ella era mi amiga y no tenía nada de malo. Entonces ¿Qué era lo que me molestaba? ¿Su ternura? ¿Que se comportara como mi novio aunque no lo era? No éramos novios, de hecho, no éramos nada, con suerte dos personas que follaban ocasionalmente. Yo no lo quería ni él a mí. Okey, quizás le estaba cogiendo un poco de cariño, pero nada más.

—Ten, si sigues discutiendo conmigo se van a marchitar —dijo, entregándome las rosas.

—Gracias —musité.

—Y éstos se van a derretir —agregó, dándome los dulces—. Ya sabes lo que dicen “la vida es

como una caja de bombones...”

—No vas a citar a Forrest Gump ¿verdad?

Se rio. Y ver su sonrisa me hizo sonreír a mí también. Mi pulso se aceleró ¿Qué tenía ese tipo que me hacía sentir así, como adolescente? Era un hombre odioso, me había humillado y maltratado, pero de pronto, de la noche a la mañana, había cambiado y era de lo más adorable.

—No te quito más tiempo —habló—. Me voy.

—Te iré a dejar abajo.

Le avisé a Claudia que saldría un momento. Dante y yo bajamos hasta el estacionamiento del edificio, lúgubre y vacío.

Llegamos al lado de su auto.

—No te preocupes, no volveré a venir sin avisar —dijo disculpándose.

—Está bien, solamente fue raro —me justifiqué—. Pero puedes venir siempre que quieras.

—Gracias —volvió a reírse.

Verlo contento era tan especial, quizás por lo poco común que me seguía pareciendo. Cada ocasión en que lo veía sonreír era como si fuera la primera vez.

Me acerqué y lo abracé fuerte. Apenas le llegaba al hombro y, no sé por qué, me sentía segura en su regazo. Él se acercó a mis labios y me besó dulcemente. Antes de darnos cuenta los besos mutaron de categoría y se llenaron de pasión. Mi mano bajó desde su pecho a su entrepierna.

—La tienes dura —comenté.

—Con sólo mirarte se me pone así —contestó.

Nos miramos directo a los ojos y comprendimos lo que pasaba por la mente del otro. Al segundo siguiente ya nos habíamos metido al asiento trasero de su coche. Bendito auto, que era espacioso y cómodo.

Me senté a horcajadas sobre él, quien amasó mis pechos y besó mi cuello, mientras que yo me frotaba contra su erección. Se movió para sacar su billetera del bolsillo de su pantalón y comenzó a buscar un preservativo, sin poder escapar de mis besos.

—¡Mierda! —exclamó molesto.

—¿Qué pasa? —consulté, mordisqueándole una oreja.

—No traigo condones.

Casi me puse a llorar ante semejante desgracia. Dante me miró y cogió mi mano.

—Tranquila, May —me animó—. Puedo darte un premio de consuelo.

Metió su mano derecha bajo mi falda, le dio un tirón a mis bragas y, con un poco de dificultad, logró sacármelas.

—¿Qué haces? —murmuré.

—Hacerte feliz.

Jugueteó con sus dedos primero en mis muslos y de ahí se fue directo a mi sexo. Dibujó círculos en mi zona íntima, provocando que gimiera. Por Dios, estaba tan húmeda, tan excitada que fue un

alivio cuando introdujo un dedo y luego dos y comenzó a moverlos.

—Cómo quisiera estar metiéndote otra cosa en lugar de los dedos —susurró en mi oído—. Te juro que iré y compraré todos los condones que tengan en la puta farmacia.

Los movimientos de sus dedos dentro de mí me enloquecían. Ese hombre sabía lo que hacía.

Me dejé llevar por el placer y me corrí, en un grito que lo hizo sonreír con malicia.

—¿Estuvo bien? —inquirió, a la vez que me besaba.

—Maravilloso ¿cómo podría agradecerte? —pregunté coqueta, desabrochando su cinturón y abriendo su pantalón.

Metí las manos en su bóxer. La tenía dura nuevamente.

Me agaché y, sacándolo de la ropa, puse su miembro en mi boca. Comencé a succionar con suavidad. Cerró sus ojos y soltó algo parecido a un ronroneo, de gusto. Aceleré el ritmo.

—Cuidado, Maya —jadeó.

—¿Cuidado de qué?

—Me estás calentando demasiado...

—¿Y eso es malo?

No respondió, pero pronto, muy pronto, supe que sí.

Con fuerza me apartó hacia el otro lado. Lo vi apretar los dientes e intentar cubrirse pero fue inútil: estalló en un orgasmo que fue a dar al asiento del auto.

No había querido correrse en mi boca —yo tampoco hubiese querido que lo hiciera— ni en su ropa, porque tenía que volver al bufete a una reunión y no podía hacerlo con el pantalón manchado. Por eso aquella sustancia espesa se desparramaba por el tapiz de cuero y goteaba al piso.

—Creo que tengo que volver a la oficina —murmuré.

Me bajé del auto y él salió tras de mí, terminando de arreglarse la ropa.

—Espera, May.

Me sujetó del brazo. Nos miramos allí, justo al lado del vehículo.

—Es que... nunca me había pasado esto —se excusó.

—Ay, Dante, a todos les pasa algunas veces...

—No suelo durar tan poco, creo que lo sabes —sonrió nervioso.

Sí, era verdad. Me había demostrado que sabía cómo complacer a una chica.

—A Aurora no le gustaba hacer eso —se sinceró.

—¿Qué? —cuestioné, sin comprender.

—Sé que puede sonar a que la estoy culpando porque está muerta y no puede defenderse, pero es verdad.

—¿Era tu primera vez de sexo oral? Debiste decirlo.

—No, no —se rio—. Alguna vez lo hicimos, pero a ella no le gustaba y yo nunca la presioné. Y

en estos años no ha sucedido mucho, precisamente para no pasar una vergüenza como ésta.

Me reí de su historia y logré contagiario para que se le quitara un poco la timidez. Acaricié su rostro.

—No es tan grave —lo animé—. Supongo que puedo darte un curso intensivo.

—Suena interesante —contestó—. Pero no lo menciones ahora, porque no quiero que me ocurra otro accidente.

Me colgué a su cuello y nos besamos, aprovechando que no había nadie en el estacionamiento. Suspiró.

—Ya me voy —anunció—. Tengo que llevar el auto al *carwash* antes de volver al bufete.

—Buena idea, porque le ha quedado un olor que te delata —bromeé.

Nos despedimos con más besos y la promesa de vernos pronto.

Regresé a la oficina, donde Claudia me esperaba comiéndose uno de mis chocolates.

—No me digas que Dante FitzGerald del bufete de abogados es el mismo Dante de la discoteca —enunció emocionada ante su descubrimiento.

—Sí, es el mismo —respondí resignada.

—¡Me alegro tanto, amiga! —gritó, dándome un abrazo—. Ya era hora que encontraras un novio así de guapo y cariñoso.

—Dante no es mi novio —aclaré.

—¿Segura? Porque eso es lo que parece...

—No lo es —insistí.

—Tal vez él no piensa igual que tú —dijo ella—. Porque nadie regala chocolates y flores sólo por un buen polvo.

El teléfono de Claudia sonó y se fue a contestar. Yo me quedé pensativa ¿Y si Clau tenía razón? ¿Dante se estaba involucrando demasiado? ¿O Claudia veía cosas donde no las había? ¿No sentía nada por Dante, o estaba tratando de convencerme de eso porque no quería quererlo? Quizás lo mejor era aclarar las cosas con él antes de que fuera demasiado tarde.

Las semanas siguientes fueron un tanto intensas: los chicos estudiaban las tardes enteras porque atravesaban sus exámenes finales, y si bien Melisa tenía buenas calificaciones que la harían aprobar de cualquier manera, el caso de Damián no era el mismo. El muchacho tenía algunas asignaturas con promedios rojos y eso le preocupaba a él y a su padre quien, por supuesto, se había enterado tarde de la catastrófica situación académica de su hijo, y no dudó en comentarme sus inquietudes al estar solos entre las sábanas.

—No sé qué será del futuro de Damián —suspiró—. No es buen estudiante y además va a ser padre.

—¿Has hablado con él? —pregunté, acariciándole el pelo— ¿Sabes si quiere entrar a la universidad? ¿Qué le gustaría estudiar? Quizás prefiera una carrera técnica...

—Es difícil charlar con él.

—¿En serio? A mí me parece un niño adorable —dije—. Tal vez el problema no sea Damián...

—¿Estás sugiriendo que el problema soy yo? —interrogó molesto.

—Estoy sugiriendo que hables con tu hijo, nada más.

—Sí, lo siento —contestó resignado—. Es que Damián siempre me pone los nervios de punta.

—Cálmate —lo consolé—. Es un buen chico y estará bien.

Dante me sonrió y se acurrucó en mi pecho, lo que me hizo recordar que debíamos aclarar las cosas sobre nuestra “no relación”, pero apenas sus labios rozaron los míos lo olvidé. No era el momento de una conversación que podía tornarse desagradable.

Para nuestra tranquilidad —y lo digo en plural, porque a esas alturas ya éramos casi una familia—, Damián consiguió aprobar todas sus materias y sin darnos cuenta llegó el día de la graduación. Melisa con casi cinco meses de embarazo se veía preciosa con su uniforme en el que casi ni se notaba que me convertiría en abuela, y a su novio por primera vez lo veía con la corbata y el saco del colegio.

La ceremonia se realizaba en el auditorio de la escuela, lugar donde me encontré con Dante adentro de un traje completamente negro, con camisa y corbata del mismo color. Era inevitable ver que algunas madres, aún estando junto a sus maridos, le daban miraditas con las que podrían habérselo comido, lo que me irritó y causó que me acercara a él y lo cogiera del brazo.

—¿Qué tal? —me sonrió.

—¿Hay posibilidad de más tarde quitarte la corbata? —consulté en un susurró.

—Si me permites que te quite ese vestido que traes puesto y que me la pone dura, claro —contestó.

Le di un golpecito en el hombro ante su comentario tan subido de tono. Entonces anunciaron que los alumnos ingresarían al salón y tomé prudente distancia. Ellos no podían ver tanta confianza.

Me emocioné mucho al ver a mis niños recibiendo sus diplomas, y sé que a Dante le sucedió lo mismo, pero obviamente lo ocultó. Pobre hombre, se esforzaba por parecer rudo, pero en el fondo

estaba a punto de convencerme de que sólo era un gatito.

El acto terminó cerca de las una de la tarde y Damián y Melisa corrieron a nuestros brazos. Nunca había visto a Dante y su hijo abrazarse, pero al observarlos supe a ciencia cierta que a pesar de sus innumerables diferencias se adoraban.

Melisa también abrazó a su suegro, que no tuvo remedio y le correspondió. O quizás ya le estaba tomando cariño, porque la felicitó y le sonrió, para luego hablarnos.

—Hice una reservación para que vayamos a almorzar, los cuatro —proclamó.

—Genial, papá —se alegró su hijo.

—Eres muy gentil —agregué sorprendida.

—Es lo mínimo —respondió—. Tenemos que celebrar.

En su BMW nos fuimos hasta el restaurante. El camarero nos sirvió vino a todos excepto a Melisa. Damián cogió su copa y la levantó.

—Quiero hacer un brindis —dijo el joven—. Porque por fin terminamos la escuela. Y también por Melisa y por nuestro pequeño, que pronto nos va a acompañar. No será fácil, preciosa, pero sé que lo lograremos.

Se dieron un beso, ante mi asombro; Damián parecía tan maduro y seguro de lo que quería que mi miedo por la incipiente maternidad de mi hija casi desapareció.

Levantamos nuestras copas, pero el chico con un gesto avisó que aún no terminaba.

—También quiero brindar por la tía Maya y por mi papá —agregó.

—¿Por nosotros? ¿Por qué? —cuestioné asustada.

—Porque a pesar de lo mal que empezaron hoy se llevan mucho mejor —explicó—. Gracias tía Maya, por recibirme en tu casa como a un hijo. Y gracias a ti, papá, que sé cuánto te cuesta socializar con la gente —bromeó.

—Entonces salud —sonrió Melisa, con su copa con jugo.

Hicimos el brindis y comenzamos a comer. De pronto mi hija se puso de pie y fue al baño, momento que su novio aprovechó para hablarnos.

—En unos días será el cumpleaños de Melisa —narró—. Estoy organizándole una fiesta, espero que no le moleste —murmuró mirándome con ojos de ternero degollado.

—Claro que no —respondí.

—Y además... me gustaría llevarla a la casa de la playa, para seguir festejando —dijo mirando a su padre.

—¿Tú y Melisa solos todo el fin de semana? —exclamó él—. Eso no va a suceder, Damián. Ella está embarazada, no lo olvides.

—Pero papá, tú y la tía Maya podrían ir con nosotros...

—¿Qué piensas tú? —me interrogó Dante, con una mirada maliciosa.

—Si se portan bien en la fiesta, no tendría problemas —le sonreí.

Decidimos dejarlo como una sorpresa para Melisa. Definitivamente se lo merecía.

Si bien no habíamos permitido que los chicos se fueran solos un fin de semana a la playa, no tuvimos cara para negarles ir al viaje final de la escuela, que comenzaría el lunes al mediodía. Acababan de graduarse y de rendir sus exámenes de selección universitaria, estaban agotados y se merecían un relajo.

Tanto el profesor Franco como los apoderados que irían de acompañantes me aseguraron que cuidarían de mi hija, quien se moría de ganas de ir porque no conocía la ciudad del sur a donde irían de paseo. No podía negarle disfrutar de su viaje, porque sólo había cometido un error, el mismo que yo había cometido en el pasado.

Por el otro lado, le ayudamos a Damián con los preparativos de la fiesta de cumpleaños, que sería el viernes antes del viaje. Ya habíamos planeado que nos marcharíamos a la playa el sábado temprano y regresaríamos el domingo en la noche, para que Dante y yo pudiésemos volver al trabajo inmediatamente al día siguiente.

Hablando de Dante y yo, ese viernes pasamos un tiempo de calidad juntos, pero no en una cama como solíamos hacer, sino que haciendo compras en el supermercado. Me miró horrorizado al verme poner cervezas en el carro.

—¿Estás loca? —me recriminó, sacando las botellas.

—Asúmelo, son jóvenes y beben cerveza, también fuman y tienen sexo.

—¡No lo digas! —me regañó.

—¿Acaso crees que seremos abuelos gracias a la cigüeña? —me reí.

Después de una mirada no muy amistosa, devolvió la cerveza al carrito.

Llegamos a casa y ordenamos la sala, porque Damián había sacado al centro comercial a Melisa, para que no sospechara, pero nosotros pensamos que en realidad su plan era para que su padre y yo tuviéramos que hacer el trabajo duro.

A las nueve de la noche empezaron a llegar los primeros chicos, casi todos compañeros de clase. Yo me paseaba ofreciéndoles papitas fritas y queso a los invitados, mientras Dante los miraba de pies a cabeza, preocupado de la mala influencia que podían ser para Melisa o el bebé, comportándose como si fuera el verdadero padre de mi hija. Creo que algo cambió esa noche dentro de mí, al verlo tan atento a lo que a mi niña pudiera ocurrirle.

Cerca de las diez recibí un mensaje de Damián avisándome que estaban llegando, así que los amigos de los chicos se prepararon y apenas Melisa abrió la puerta gritaron un sonoro “sorpresa” que la emocionó hasta las lágrimas. Las hormonas, supongo.

Aparecí con el pastel a la vez que comenzaban a cantarle. Ella sopló las velas y tras darle un abrazo y un beso a su novio, se lanzó a los brazos de Dante, quien le acarició el cabello y le dijo unas palabras al oído.

Apenas pude dejar el pastel sobre una mesa abracé a mi hija, que aun emocionada me dijo que ya no me preocupara por la fiesta. Ella y Damián estarían a cargo.

Las luces blancas de la casa se convirtieron en tubos fluorescentes de colores y la música llenó



cada rincón. De pronto mi móvil sonó con otro mensaje, pero esa vez era de Dante.

*“Ven a tu cuarto”*

Subí a mi habitación y me encontré allí con él, una botella de vino blanco muy fría, dos copas y un plato con papas fritas. Me sirvió una copa apenas entré y le puse llave a la puerta.

—¿Y esto? —consulté.

—No creo que nos extrañen demasiado —habló—. Y no iba a dejarles todas las papas fritas.

Me bebí el vino y me acerqué a Dante, que comía frituras. Aparté el plato y me senté a horcajadas sobre él, que inmediatamente me rodeó con sus brazos.

—Deberíamos vigilarlos —hablé.

—Luego —contestó con un beso—. Tenemos cosas más interesantes que hacer.

Volvió a besarme, primero con ternura y después con más pasión. Mis manos le quitaron la camisa y las suyas hicieron lo mismo con mi polera. Me empujó sobre la cama y se instaló sobre mí, haciéndome sentir su erección entre mis piernas. Todo iba bien, hasta que golpearon mi puerta.

—Mierda —murmuró justo antes de que le tapara la boca.

—¡Mamá! —exclamó Melisa— ¿Puedes abrir? Te necesito.

Saltamos de la cama y a señas le dije que se metiera al closet, con su camisa y su copa en la mano. Yo me coloqué mi polera y abrí la puerta, arreglándome el pelo.

—¿Qué es tan importante, Melisa? —pregunté.

—Esto.

Mi hija extendió su brazo y me enseñó su mano, donde llevaba una sortija con un pequeño diamante en el dedo anular. Creí que iba a morirme.

—¡Damián me pidió matrimonio!

Lo primero que pasó por mi cabeza fue que Dante saldría del closet botando espuma e insultos por la boca, decidido a meter a su hijo de sacerdote en una iglesia, pero por suerte no sucedió. Lo segundo fue que mi hija acababa de cumplir dieciocho años, recién comenzaba a vivir.

Me senté en la cama, para no caer desmayada. Ella me miró radiante.

—¿Qué te parece, mamá?

—Eres una niña, Melisa —dije, tratando de mantenerme serena—. Creo que se están apresurando.

—¡Nos amamos! —explicó exageradamente.

—Lo sé, pero es pronto, hija.

Me paré a su lado y la abracé, guiándola hasta la puerta.

—Ve a disfrutar de tu fiesta —la animé—. Mañana hablaremos de esto ¿Te parece bien?

—Bueno, mami. Adiós.

Melisa me dio un beso en la mejilla y se marchó. Un segundo después Dante salió del armario, poniéndose la camisa con expresión de querer asesinar a alguien.

—No voy a permitir esto —vociferó— ¿Qué mierda tiene en la cabeza ese mocoso? No va a

casarse ¡Eso se lo prohíbo!

—Lo dices porque quiere casarse con Melisa ¿verdad? Si fuera una chica de su clase quizás no te molestaría tanto...

—¿Qué mierda estás diciendo? —interrogó desconcertado.

—Solamente repito lo que tú dijiste hace tiempo, que no quieres que Damián se mezcle con gente “como nosotras” —alegué indignada.

—No tiene nada que ver con eso...

—¿Y entonces con qué?

—¡Tienen dieciocho años! ¿Te parece poco? —gritó.

—Hay otras maneras de solucionar esto, más eficaces que gritando como demente.

—¡Voy a poner en su lugar a Damián!

—¡No! —negué, cogiéndolo del brazo—. Se supone que tú ni siquiera sabes ¿Qué vas a decirle? ¿Que estabas en mi cuarto follando y por eso te enteraste?

—No tienes ni puta idea de lo que está pasando.

Dante se fue dando un portazo, como si el adolescente fuese él.

Bajé a la fiesta, más que nada para fingir que los vigilaba, porque la verdad tenía la cabeza en otra parte... Maldito Dante, era normal que se enojara —en especial por ese carácter espantoso que tenía—, pero ese nivel de furia me parecía desproporcional. Y, lo peor ¡Desahogarse conmigo! ¿Qué se ha creído de venir a gritarme? Pensé.

A las dos de la mañana la celebración terminó, ese era el trato. Melisa se puso a lavar la loza que habían ensuciado mientras Damián y yo volvíamos los muebles a su lugar y limpiábamos el piso. El chico le envió un mensaje a su padre avisándole que dormiría en mi casa para que, por la mañana al pasar a buscarnos para ir a la playa, le llevara su bolso. Sí, porque, para colmo de males, después de la propuesta de matrimonio y su correspondiente discusión, íbamos a irnos de viaje juntos como una familia feliz. Como si eso fuese posible alguna vez.

A las diez en punto de la mañana Dante pasó a recogernos para ir a la playa. Los niños estaban muertos de sueño, así que como zombies se metieron en el asiento trasero del auto, se abrocharon los cinturones y en una contorsión digna del *Cirque du soleil* se durmieron como un tronco. Me instalé en el asiento del copiloto y traté de dormir, pero fue imposible, porque el aura malvada y cargada de ira del hombre que manejaba a mi lado me lo impidió.

Llevábamos cerca de una hora de viaje y Dante se detuvo en una estación de servicio a llenar el estanque. Para ese entonces yo ya me había contagiado de su rabia y me bajé del vehículo sin avisar.

—¿A dónde vas? —me preguntó mientras le ponían bencina al BMW.

—¡Eso no te importa! —grité.

Entré a la tienda de la estación, en busca de un café enorme que me quitara el sueño y la ira. Lo pagué y al salir me encontré de frente con Dante, a quien traté de esquivar, pero que me sujetó del brazo.

—Tenemos que hablar —sentenció.

—No es cierto.

—Claro que sí.

Me quitó el vaso que llevaba en la mano y le dio un sorbo, para luego devolvérmelo.

—Quédatelo, ya lo babeaste —dije de mal humor.

—No te molesta mi baba cuando te beso, menos si te babeo la...

—¿Qué mierda quieres? —gruñí, interrumpiéndolo.

—Pedirte perdón —suspiró—. Anoche me enojé contigo que no tenías ninguna culpa. Lo siento.

Se veía arrepentido. Tal vez no era tan mal hombre, quizás sólo necesitaba un curso de control de la ira. Eso o que su hijo dejara de hacer estupideces.

—Okey, disculpas aceptadas —respondí, bebiendo café.

—Maya, hay algo que no mucha gente sabe, ni siquiera Damián —habló serio—. Y quiero que tú lo sepas, para que me entiendas un poco mejor.

—Adelante.

Caminamos hasta una banca junto a unos arbustos. Nos sentamos y él comenzó a hablar.

—¿Cuántos años crees que tengo? —inquirió.

—No lo sé ¿ochenta? —bromeé.

Me dio una mirada de esas no muy amigables, seguramente porque trataba de hablarme de un tema aparentemente delicado y yo me burlaba. Puse cara de niña buena y él pasó por alto mi desubicado comentario. Continuó hablando.

—En unos meses cumpliré treinta y nueve ¿Sabes lo que significa eso?

Al darme cuenta de lo que se trataba me tapé la boca escandalizada. Lo miré y él asintió con la

cabeza. Habíamos llegado a ese punto de entendernos sin palabras.

—Fuiste papá a los veinte años —balbuceé.

—Mi padre me obligó a entrar a la facultad de derecho, y ahí conocí a Aurora —narró—. Ella era cuatro años mayor que yo. Cuando quedó embarazada estaba haciendo su tesis y yo recién cursaba tercer semestre. Se lo conté a mi padre sin saber qué hacer, asustado, llorando y ¿sabes qué hizo? Me obligó a casarme con ella.

—Pero tú la querías...

—Estaba enamorado, es cierto, pero no quería casarme —aclaró—. El principio de nuestro matrimonio fue un desastre: yo aun debía ir a clases, mis suegros me odiaban, Aurora sufrió depresión post parto y teníamos un bebé que lloraba toda la puta noche. Las cosas recién mejoraron una vez que terminé la carrera y comencé a trabajar en el bufete.

Ahí estaba la verdad, su vida conyugal no había sido tan perfecta como creía su hijo y el resto del mundo. Eso daba varias pistas sobre el comportamiento de Dante.

—No quiero que Damián pase por lo mismo que yo —dijo triste—. Si bien al final mi relación con Aurora funcionó, no fue fácil, y nada asegura que él y Melisa tengan la misma suerte. No quiero que sufran, May, no quiero que pasen tan rápido de niños a adultos, porque en el futuro verán lo que perdieron y que jamás van a recuperar.

Fue inevitable no saltar a sus brazos. Su ira era solamente preocupación.

—Tranquilo, ellos nos tienen a nosotros —lo animé—. No les sucederá lo mismo.

—Gracias por entenderme, Maya —sonrió.

—Te ves tan guapo cuando sonríes.

Lo dije de sopetón, sin pararme a pensar. Es que lo vi sonreír y no pude contenerme, pero al ver su expresión de felicidad comprendí que debí quedarme callada, que prácticamente cualquier cosa que dijera podría ser utilizada en mi contra.

—Te agradezco el cumplido —respondió dándome un beso en la sien.

—Es mejor que volvamos al auto —hablé seria, separándome de él—. Los chicos pueden haberse despertado.

—¿Tú crees? Esos dos más parecen muertos que dormidos —comentó divertido.

No agregué ni una palabra y emprendí el paso al vehículo, con él a mi lado. Al llegar al estacionamiento comprobamos que nuestros hijos seguían dormidos, así que nos acomodamos en los asientos y continuamos el viaje, en absoluto silencio. No había nada que decir después de que sin siquiera pensarlo ya le había dicho a Dante, en un breve halago, absolutamente todo.

\*\*\*\*\*

Llegamos a la playa a eso de las una de la tarde y de inmediato la tarea fue buscar un restaurante donde almorzar. Melisa inmediatamente se antojó de pescado y Dante, con sus gafas de sol puestas, se veía aun más guapo, pero evité decirlo. Damián me contaba animado de la belleza del paisaje, pero no conseguía prestarle mucha atención.

Tras comer nos fuimos a la casa de los FitzGerald, con un verde y amplio jardín. Estaba compuesta por dos plantas; en la primera la sala, con una chimenea enorme en la pared, un comedor y cocina americana, y en el segundo piso estaban las habitaciones, la principal con baño en suite y otras dos habitaciones más otro baño. Dante y Damián dejaron sus bolsos en sus cuartos y en el restante, que tenía dos camas, nos acomodamos Melisa y yo.

Lo primero que lo chicos hicieron fue ponerse traje de baño, coger un par de toallas y un quitasol y se fueron a la playa. A Dante lo perdí de vista, mientras de pie junto a la ventana reflexionaba sobre haberle declarado lo apuesto que me parecía. Es que podía sonar como una tontería, pero el cumplido aquel representaba que estaba bajando la guardia y no me podía permitir ese lujo. Me había prometido muchos años atrás que ningún hombre me volvería a nublar la razón y menos a hacerme perder la cabeza. Mi consuegro no sería la excepción.

Pero todos tenemos momentos de debilidad y, en uno de esos, caminé por el pasillo al fondo. Con cuidado giré la manilla de la puerta y abrí... y encontré a Dante sobre la cama, durmiendo siesta. Mierda, se veía tan lindo que no pude aguantarme las ganas, me quité los zapatos y me recosté junto a él, abrazándolo por la espalda.

—Sabía que vendrías —balbuceó entre sueños.

—No es cierto.

—No, no lo es —contestó—. Pero me moría de ganas de que lo hicieras.

Se volteó y aproveché para acurrucarme en su pecho. Acarició mi rostro.

—¿Qué quieres hacer? —pregunté, tratando de sonar sugerente.

—Tenerte a mi lado siempre —contestó.

No supe qué responder y él no agregó nada más.

Cerré los ojos y fingí que me había quedado dormida.

Los chicos regresaron de la playa casi a la hora de cenar. Mientras ellos se duchaban, Dante y yo nos encargamos de preparar la comida, en silencio. Teníamos varios temas pendientes, pero no las ganas de discutirlos, lo que sólo aumentaba la tensión.

Al sentarnos a la mesa decidí hablar... de lo que era prudente hablar frente a nuestros hijos.

—He estado pensando sobre el matrimonio —dije seriamente.

Damián se puso pálido, porque no le había dicho nada a su padre.

—Se lo conté a tu papá, Damián —agregué—. Tras pensarlo mucho, creo que no hay problema con que estén comprometidos.

Los tres me miraron impactados: Melisa y su novio por la felicidad y Dante por la confusión. Continué hablando antes de que se desatara la tercera guerra mundial.

—Pero tengo una condición —advertí—. Melisa, no tienes permiso para casarte hasta que cumplas veintiún años. Apenas los cumplas puedes hacer lo que quieras.

—Pero faltan tres años —alegó Damián.

—¿Y eso qué importa? ¡Estamos comprometidos! —vociferó mi hija feliz.

Ante la alegría de su novia, Damián también se alegró.

La cena siguió sin conflictos y al terminar Dante se puso de pie y anunció que saldría a caminar un rato. Dos minutos más tarde dije que iría a comprar un chicle — Sí, pésima excusa —.

Fui directo a la playa, donde sentado junto a unas rocas Dante contemplaba el mar. Dudé un instante entre acercarme o devolverme a la casa, porque el viento de la noche era frío y no llevaba puesto sweater, pero me hice la valiente y me instalé a su lado.

—¿Pasa algo? —le pregunté.

—No me dijiste nada sobre tu idea de dejar que los chicos se casen —pronunció secamente.

—¡En tres años! —aclaré—. No tenemos idea qué puede suceder en ese tiempo, quizás ya ni siquiera sean novios o ya no quieran hacerlo...

—¿Tú crees?

—Claro que sí.

Lo abracé. Sabía que no debía hacerlo, pero era como un imán para mí. Él puso su brazo sobre mis hombros y con su mano libre cogió las mías.

—¿Sabes, May? Jamás creí que diría esto pero... —reflexionó—. Me gustas mucho. Es más, creo que...

—No lo digas —lo interrumpí—. No digas nada de lo que no estés seguro o de lo que te puedas arrepentir.

—Okey, no diré nada —se rio.

—Lo digo en serio. No quiero que lo arruines.

—Entonces no diré nada y no lo arruinaré.

Lo besé. Y él me besó. Se paró y de un impulso me acomodó contra las rocas, para besarme y tocarme más fácilmente.

Me puse nerviosa, porque si bien ese roquerío estaba un tanto apartado y la noche estaba muy oscura, seguíamos estando prácticamente en la calle.

—¿Y si alguien nos ve? —interrogué metiendo las manos en su pantalón.

—No hay nadie en toda la playa. Es sólo nuestra.

No volví a quejarme porque ya estaba muy excitada. De sus jeans saqué su billetera y tomé un condón, mientras él a tirones me arrancó las braguitas que llevaba bajo el vestido. Se puso el preservativo y yo me aferré con las piernas rodeando su cuerpo. Me embistió haciéndome gemir de placer.

No fue cómodo tener sexo sobre unas rocas, eso se los aseguro, pero sí fue tremendamente satisfactorio. Una vez que acabamos intenté recuperar mi ropa interior, pero la oscuridad y el temor de ser descubiertos me lo impidieron y decidimos volver a la casa.

Caminábamos uno junto al otro, de la mano, como una pareja cualquiera. Dante me miró y descubrió que casi me sonaban los dientes de frío. Se detuvo para quitarse el polerón que tenía puesto y me lo entregó.

—Póntelo —ordenó—. Vas muy desabrigada.

—Gracias.

—Cómo no vas a tener frío, si ni siquiera traes calzones —se burló.

—Muy gracioso ¿no?

—Más que gracioso, no tienes idea cómo me calienta saber que vas sin ropa interior.

Era un tipo demasiado honesto, de eso no cabía duda.

Una vez que llegamos a su hogar nos encontramos a Melisa y Damián viendo televisión en la sala de estar. Los chicos nos miraron confundidos.

—¿Y ese polerón, mamá? —interrogó Melisa.

—Es tuyo ¿verdad, papá? —comentó Damián.

Mi mente se quedó en blanco. No tenía idea de qué decirles.

—Nos encontramos en la esquina y Maya estaba casi congelada —mintió Dante.

—Tu padre es todo un caballero —le sonreí al muchacho.

—¿Y los chicles? —consultó mi hija.

—Estaba cerrado el kiosco —mentí—. Ya me voy a dormir, hasta mañana.

—Sí, también yo me dormiré, adiós —se despidió Dante.

Ambos subimos las escaleras mientras los niños continuaban frente al televisor. Dante se paró junto a mí en la puerta de mi habitación.

—Oye May —murmuró—. Aquí las noches son muy frías. Te lo digo por si quieres irte a dormir a mi cama conmigo.

—Gracias, galán, pero no creo que sea posible —me reí.

—Es una lástima.

Me dio un pequeño besito y se marchó. Pero a las dos de la madrugada, al descubrir que Melisa estaba dormida con Damián en su habitación, decidí que quizás no era tan descabellado y fui al cuarto del fondo. Me senté al borde de su cama y él despertó lentamente, restregándose los ojos.

—Hace bastante frío —comenté.

—¿Todavía estás sin bragas?

—Averígualo.

Nos besamos y me instalé a horcajadas sobre él. Efectivamente no llevaba bragas y eso lo enloqueció, logrando una erección en tiempo récord. Saqué su miembro de su bóxer, a la vez que él jugaba con mis endurecidos pezones, y sin pensarlo lo introduje en mi interior, provocándole un gemido.

—¿Tomas píldoras anticonceptivas? —inquirió en un jadeo.

—No.

—Entonces no podemos hacerlo sin condón...

—Lo solucionaré mañana.

No hubo más preguntas y seguí con mis movimientos, hasta que nos corrimos. Me acosté a su lado y Dante me besó en la frente.

—¿Vas a tomar la píldora del día después? —consultó.

—Si.

—¿Vas a estar bien?

—Por supuesto, no pasa nada.

Me abrazó. Acaricié su pelo.

—Quizás... —titubeó—. Podríamos buscar otro método de protección...

—Tal vez —respondí, restándole importancia al asunto.

—Podría hacerme la vasectomía —sugirió.

Qué mierda ¿Cómo habíamos llegado a eso? Llevábamos saliendo cerca de dos meses, si es que se le podía llamar a eso “estar saliendo” y Dante ya se ofrecía a hacerse una cirugía para tener sexo sin remordimientos ni preocupaciones, sin mencionar que había intentado declararme sus sentimientos. Al parecer él se lo estaba tomando muy en serio y yo... no quería. No quería complicaciones en mi vida, ni sufrimientos ni penas de amor; lo único que creía que debía importarme a esas alturas era mi hija y la llegada de mi nieto. Pero Dante se portaba tan lindo que me hacía casi imposible no quererlo, a pesar de su carácter horrible y su arrogancia natural. Debajo de su capa de hombre tirano y desagradable había un tipo tierno e inseguro y eso me derretía. Pero ya estaba decidido que no podía quererlo. Era lo mejor para los dos.

—Son casi las tres de la mañana —me reí—. No creo que sea buena hora para discutir sobre una vasectomía.

—¿Eso qué quiere decir?

—Ya veremos —respondí con un beso—. Ahora tengo sueño, me iré a dormir.



—Quédate —pidió—. Los chicos no van a despertarse. Puedes volver a tu cuarto más tarde.

Me sonrió. Y yo, que no podía decirle que no al verlo sonreír, volví a acurrucarme a su lado. Dante se estaba convirtiendo en una droga y yo en una adicta dispuesta a vender a su madre por un poco más. Lo que sea que tuviéramos, fuese o no una relación, definitivamente se nos estaba yendo de las manos y más temprano que tarde terminaría dándonos problemas.

La mañana del domingo desperté temprano. A eso de las siete había regresado a mi cuarto y casi no había podido seguir durmiendo, así que apenas fue una hora prudente me levanté y salí sin hacer ruido. Con ayuda de Google Maps localicé una farmacia, donde compré la famosa píldora, y una botella con agua mineral. Ingerí la pastilla de inmediato y comencé el camino de regreso, pero decidí tomarme un momento para mí y me senté en la arena de la playa.

Mirar el mar me daba paz en ese instante en que los pensamientos se agolpaban en mi cabeza. Me sentía terrible, no comprendía cómo había sido tan irresponsable de tener sexo sin protección. Es que era culpa de Dante; ese hombre, con sólo tocarme, me hacía perder la razón. Okey, no toda la culpa era suya, de hecho era casi completamente mía, que lo había alentado. Era una madre soltera con una triste historia de abandono, sabía lo vital del sexo seguro y aun así no me había importado a la hora de acostarme con mi consuegro.

Al volver a la casa me encontré a Damián poniendo la mesa para el desayuno, mientras Dante y Melisa estaban sentados en el jardín, charlando animadamente. La escena fue por lo menos curiosa, así que me acerqué para entender qué era lo que estaba pasando.

—Mamá ¿Dónde estabas? —inquirió Melisa.

—Salí a dar una vuelta —respondí, ante la mirada atenta de Dante—. Y ustedes ¿Qué hacen?

—¡Mira lo que me regaló el tío Dante! —exclamó feliz.

Sobre la mesita de la terraza había una caja, con al menos una docena de libros en su interior.

—Ayer olvidé darle su regalo de cumpleaños —comentó Dante.

—Veo que esta vez te has informado para acertar con el regalo —bromeé.

—Exactamente.

—Muchas gracias —agradecí—. Es un lindo gesto de tu parte.

—Melisa es una buena chica —le sonrió—. Se merece esto y mucho más.

Minutos más tarde desayunamos como una familia feliz. Acto seguido los chicos cruzaron a la playa a tomar el sol y al quedarnos solos Dante de inmediato se acercó a mí y me abrazó.

—¿Lo hiciste? —consultó tímidamente.

—Sí, no te preocupes.

—¿Estarás bien?

—No me hice un aborto —contesté secamente—. Es simple precaución.

Me miró no muy convencido y me dio un beso en la frente, sin soltarme.

—¿Vamos a pasear juntos? —propuso.

—Los niños nos verán.

—Podemos ir a otra playa.

Lo vi tan entusiasmado que no pude decirle que no.

Dante condujo alrededor de veinte minutos, hasta que llegamos a un balneario muy solitario.

Estaba junto a un bosque y el agua era cristalina. Allí nadie nos conocía, así que podíamos comportarnos como una pareja de enamorados... lo fuéramos o no.

Cogidos de la mano recorrimos gran parte del lugar, sin zapatos, caminando por la orilla del mar, a veces incluso jugueteando como niños. Él me tomó en brazos y amenazó con arrojarme al océano, haciendo que me partiera de risa. Luego nos acomodamos en la arena, abrazados, donde conversamos un buen rato sobre nuestras vidas.

Me separé de él y fui hasta el mar, me levanté un poco el vestido y entré hasta que el agua cubrió mis rodillas. Desde allí lo observé y lo descubrí con el móvil en la mano. De seguro estaba revisando su mail del trabajo.

Volví a su lado para besarlo, porque ya había transcurrido mucho desde el último beso, hace unos diez minutos. Esa era la verdad de las cosas, los minutos se hacían eternos si no estaba junto a él. Mierda, pensé ¿Cómo me había convertido en eso? Claro, apenas sus labios rozaron los míos esos pensamientos se esfumaron.

Recién a eso de las tres de la tarde estuvimos de vuelta en la casa, nos reunimos con Damián y Melisa para almorzar en un restaurante cercano y a las seis nos subimos al BMW con destino a la ciudad. Regresaba contenta, porque mi hija había tenido un cumpleaños maravilloso. Y también porque, aunque lo negara, estar con Dante me hacía ridículamente feliz.

Tal como estaba planeado, Melisa y Damián se fueron a su viaje de fin del año escolar el lunes a mediodía. Los acompañé a la escuela, desde donde partía el autobús, yo sola, porque Dante tenía que presentar un caso en el juzgado. Les hice todas las advertencias pertinentes, les exigí que me llamaran a diario y que me enviaran fotos de su paseo y ellos juraron que lo harían y que se portarían bien.

Volví al trabajo justo a tiempo para almorzar con Claudia y luego nos pusimos a trabajar afanosamente, porque teníamos muchos proyectos que atender. Estábamos teniendo una racha maravillosa y ello requería nuestro mayor esfuerzo.

A eso de las seis de la tarde sonó mi móvil. Miré la pantalla y descubrí que se trataba de un mensaje. Creí que podían ser los chicos, pero no eran ellos... Era Dante.

*“¿Hacemos algo divertido esta noche?”*

No, pensé. No quería verlo. Bueno, la verdad es que sí, me moría de ganas de verlo y de darle un millón de besos, pero precisamente por eso que no quería verlo. Sí, suena confuso, pero es que no podía darle tanto poder, no podía basar mi felicidad en estar con él. No quería depender de nadie, menos de un hombre guapo, cariñoso, que me había dicho que yo le gustaba... y que además en la cama era un animal.

*“Me llegó la regla”*

Mi respuesta era muy directa, incluso un poco repulsiva. No sé por qué a los hombres les complica tanto hablar de la menstruación, como si fuera una enfermedad catastrófica. Pueden charlar de sangre si se trata de accidentes de tráfico o peleas de boxeo, pero no cuando es algo que escurre de un lugar que tanto les gusta.

*“Okey”*

No hubo más mensajes, así que asumí que le quedaba más que clara la situación y mis intenciones.

Llegué a casa, me duché y me puse unos shorts negros y una polera de tirantes fucsia, ropa cómoda para descansar después de un largo e intenso día. Me serví un café y me preparé un sándwich, para acomodarme en el sofá y prender el televisor. No había nada muy interesante, pero solamente quería un poco de ruido.

Iba a darle un sorbo a mi café, pero el sonido del timbre me lo impidió. De malas ganas me puse de pie, me asomé a la puerta y vi a Dante, con una enorme sonrisa. Lo hice pasar desconcertada.

—Hola —saludó dándome un beso, una vez dentro de la sala.

—Pensé que no vendrías —comenté—. Te lo dije, me llegó la regla.

—No vengo a follar —respondió sonriendo—. Vengo porque me gusta estar contigo.

No me esperaba su respuesta. Continuó hablando.

—¿O sólo me quieres para tener sexo? —cuestionó—. Porque no estaba enterado de ser tu juguete sexual...

—No seas tonto —me reí y lo abracé.

—¿No te gusto ni un poquito? —interrogó de sopetón.

Mierda, pero ¡Qué pregunta más difícil! ¿Por qué me tenía que poner en esa posición?

—No se trata de eso —evadí, mirando el suelo.

—May, sé que no confías en los hombres por lo que te pasó con el papá de Melisa, y lo entiendo —habló serio—. Pero lo que hay entre nosotros es mucho más que sexo y lo sabes.

—Y era más simple cuando era sólo sexo.

—¿Acaso no puedo tener sentimientos?

—Me gustas, Dante, eso es obvio —acepté—. Pero es complicado.

—Eso es porque tú lo haces difícil —sonrió, quitando el cabello que caía sobre mi cara—. Si de mí dependiera, no me separaría nunca de ti.

Aquellas palabras me detuvieron el corazón. Y no, no es que me estuviera dando un infarto, es que en ese instante supe que eso que había entre nosotros era amor. Él, entre líneas, decía que me quería y yo, la verdad, también lo quería. No podíamos hacer nada al respecto.

—¿Quieres un café? —ofrecí, para cambiar de tema.

—Supongo que eso es un “no hablemos más de esto”.

—Me encanta que seas tan listo —dije, pellizcándole la mejilla.

—Me voy a resignar, por ahora —aclaró—. Y sí quiero un café.

Le di un besito y partí a la cocina, donde serví un café e hice otro sándwich. Nos sentamos en el sofá para comer y, por suerte, encontramos que en la televisión estaban pasando *Breaking Bad*. Ambos habíamos comenzado a verla, pero ninguno la había terminado, así que nos quedamos viendo el episodio y al acabar ya me había dado bastante sueño. Miré a Dante y vi que se le cerraban los ojos de cansancio, lo que me pareció de lo más tierno.

—¿Te quedas a dormir, Dan? —consulté con dulzura.

—Creo que sí —bostezó.

Fuimos a mi cuarto y nos metimos a la cama. De inmediato él cerró sus ojos y yo, sin pensarlo mucho, le hice una pregunta que desde nuestra charla rondaba en mi cabeza.

—Dante...

—¿Sí? —balbuceo medio dormido.

—¿Y si yo también te quisiera?

—Sería lindo —contestó.

Acto seguido se dio la vuelta en el colchón y comenzó a roncar. Probablemente a la mañana siguiente no recordaría esa pequeña interacción.

Me acurruque a su lado; tenía razón, querernos sería lindo, pero... ¿Sería posible?

A la mañana siguiente Dante y yo tomamos desayuno juntos y luego fue a dejarme a la oficina en su auto. Por la noche, mientras me preparaba una sopa instantánea para cenar, golpearon a mi puerta y otra vez era él. Llevaba un porta trajes y una mochila al hombro, las cuales dejó sobre el sofá, y volvió a salir para entrar cargando un par de bolsas del supermercado.

—¿Y esto qué es? —pregunté confundida.

—Voy a preparar la cena —dijo, sacando los productos de las bolsas y colocándose del delantal de cocina.

—No me refiero a la comida, me refiero a eso —alegué, señalando su ropa.

—Ah, es que pensé que te sentirías sola sin Melisa, así que cogí unas cosas y me vine a pasar unos días contigo ¿Qué te parece?

Echarlo de mi casa no me pareció una opción válida, porque en realidad quería que se quedara, pero tampoco podía sonreírle y decir que me encantaba la idea.

—Está bien, quédate —suspiré.

—Gracias —contestó contento—. Ahora ven y ayúdame, vamos a cocinar algo de verdad, no puedes alimentarte de esas sopas.

Puse un poco de música y serví dos copas de vino. Debo reconocer que jamás me había parecido tan divertido cocinar. Hasta las labores más tediosas se volvían interesantes si las hacía junto a Dante.

Esa semana, que creí que pasaría completamente sola, se convirtió en una semana romántica. Cada mañana antes del trabajo, cada tarde y noche las pasaba con ese hombre que al principio odié con el alma, pero que a esas alturas quería con todo mi corazón.

El viernes, mientras trabajaba con Claudia, me desahogué. Le dije lo que sentía por Dante y como él decía sentir lo mismo por mí. Ella me miró sonriente, porque desde que había descubierto que salía con el tipo de la disco —y del bufete de abogados— me hacía burlas de que íbamos a terminar casados y teniendo un hijo. Menuda tontería.

—¿Por qué no aceptas lo que sientes y se lo dices? —interrogó.

—¿Y si no funciona? —cuestioné acongojada—. No quiero volver a sufrir por un hombre...

—No vivas con miedo, amiga. Si no lo intentas jamás sabrás si saldrá bien.

—También me preocupa como lo tomarían los chicos —expuse—. No quiero que se sientan presionados o que creen expectativas que luego no se cumplirán.

—Melisa ya es una mujer —realcó—. Está haciendo su vida con su novio, tendrá su hijo y ¿Qué vas a hacer tú? ¿Quedarte sola? Apenas tienes treinta y seis años.

—Puede que tengas razón... —medité.

—Además *¿Cuándo fue la última vez que te quisieron tanto?*

La charla terminó porque Claudia se concentró en seguir cantando esa canción de su *playlist* de Spotify de Ricardo Arjona. Yo me quedé pensando, porque era verdad; nadie, en los últimos

dieciocho años, me había demostrado tanto cariño como lo hacía Dante. Después de todo, tal vez querernos sí podía ser posible.

Los chicos regresaron de su viaje felices, pero se encontraron de frente con los resultados de su examen de admisión universitaria. A Melisa le había ido de maravillas, siendo aceptada por la Universidad nacional y recibiendo una beca para estudiar gratis biotecnología, la carrera que tanto quería. Claro, por su embarazo recién podría incorporarse el segundo semestre, pero eso ya era algo bueno. Además, la universidad contaba con guardería y podría dejar allí al bebé mientras asistía a sus clases. Sin embargo, el caso de Damián era dramáticamente opuesto, sus calificaciones eran tan malas que ninguna universidad del gobierno estaba dispuesta a aceptarlo.

A Dante le sentó fatal el mal desempeño de su hijo, a pesar de saber con antelación que el muchacho jamás había destacado por sus notas. Estuvo durante días de mal humor, profiriendo insultos, hasta que Damián se acercó llevando en la mano un folleto y se lo entregó mientras desayunaban un sábado en completo silencio.

—¿Qué mierda es esto? —gruñó.

—Sé que estás decepcionado, papá —habló el joven—. Es cierto que nunca fui buen alumno, pero quiero estudiar y tener una carrera, para que Melisa y mi hijo estén orgullosos de mí. Tal vez no sea tan inteligente como tú para estudiar derecho, pero esto es lo que me gusta.

Dante miró el folleto: se trataba de una academia privada de artes culinarias, donde su hijo quería estudiar gastronomía. Sintió un nudo en la garganta e inevitablemente recordó como él, más de veinte años atrás, le había dicho lo mismo a su padre.

—¿De verdad quieres esto? —preguntó, con un hilo de voz.

—Sí, papá —contestó—. No es una escuela barata, pero es la mejor. Y yo quiero ser el mejor.

—Okey, entonces es lo que harás.

—Puedo buscar un empleo para ayudarte a pagar las mensualidades y las cosas del bebé y...

—No —lo interrumpió—. Pagaré tu carrera, Damián, y también mantendré a tu hijo hasta que tú puedas hacerlo. Lo único que te pido a cambio es que te esfuerces.

Damián no puso aguantarse y se largó a llorar. Es que no pensó que su padre lo apoyaría en su decisión. Dante lo abrazó y un par de lágrimas cayeron por su mejilla, pero las secó antes de que el chico las viera. No iba a ser él quien le cortara las alas a su hijo, porque sabía cómo se sentía pasar años estudiando una carrera y posteriormente trabajando en algo que no le apasionaba ni un poco.

Ese sábado Damián y Melisa tenían una fiesta con sus compañeros de secundaria, para festejar las matrículas universitarias. Como ya era costumbre Dante fue a quedarse conmigo. Cenamos y luego nos fuimos a mi cuarto, donde hicimos el amor —a esas alturas ya no se le consideraba simple sexo— y ahí, en medio de las sábanas, me contó de su charla con su hijo.

—Me parece genial —comenté—. Sé que a Damián le irá estupendo, porque es un prodigio en la cocina...

—¿Más que yo? —cuestionó celoso.

—Tú cocinas de maravillas para ser un abogado —me reí.



—Si mi padre me lo hubiera permitido podría haber sido chef...

—¡Claro! —exclamé—. Eso es lo que querías ser ¿verdad? Por eso estás tan feliz por Damián.

—No puedo hacerle lo mismo que me hizo mi padre —suspiró.

Nos besamos con ternura y me acurruqué junto a él. Recordé a Claudia, quizás debía empezar a derribar ese muro que me impedía ser cariñosa, quizás era el momento de cerrar los ojos y dejarme llevar por mis sentimientos. No quería seguir mintiéndome, negando que ese hombre se había instalado en mi corazón.

—Oye, Dan...

—¿Pasa algo?

—Sí —respondí tímida—. Lo que pasa es que... Te quiero.

En su rostro se dibujó la sonrisa más hermosa y honesta que he visto jamás. Acto seguido me abrazó con fuerza y me besó en la frente.

—Y yo te adoro —contestó alegre—. Tú me hiciste ver las cosas de manera diferente. Eres una luchadora, May, y por eso me enamoré de ti.

Ya no había más secretos ni sentimientos ocultos, ya estaba todo dicho. Nos queríamos y nada más parecía importar.

Esa noche charlamos, por primera vez, sobre nosotros como una pareja real, sobre contarles a los niños de lo que sentíamos, y yo creí que era el principio de una relación, el inicio de nuestro final feliz. Nunca me esperé lo que pasaría después.

Estaba decidida a poner mi mayor esfuerzo en mi relación con Dante, por eso el lunes a primera hora estuve en la consulta del ginecólogo. No quería seguir preocupándome por condones y aun me parecía muy pronto para la vasectomía, así que le pedí al médico que me recetara pastillas anticonceptivas.

A eso de las diez y media de la mañana salí de la clínica y me dirigí al bufete de abogados Fitzgerald. Quería darle una sorpresa a mi pareja y, por supuesto, verlo. No había estado con él desde la madrugada del domingo y ya lo echaba de menos.

Llegué a la oficina, esa que estaba a medio remodelar, y le dije a la secretaria que necesitaba hablar con su jefe. Me miró acongojada.

—El señor Dante no se encuentra —habló.

—¿No sabes si llegará pronto? —consulté.

—No llegará —respondió—. Si gusta puede hablar con el señor Demetrio.

—Necesito a Dante —insistí—. Es un tema personal.

—No debería decirle esto —murmuró—. Pero acabamos de recibir un mail del señor Demetrio informando que el señor Dante ya no es parte de la firma.

—¿Qué? —exclamé confundida—. Pero cómo...

—Hace rato se oyeron gritos, pero no me imaginé que despediría a su propio hijo.

Le agradecí a la secretaria y salí rápidamente de allí. Le marqué a Dante al móvil, pero sonaba el buzón de voz.

Como no contestó mis llamadas cogí un taxi y me fui a buscarlo a su departamento. El camino se me hizo eterno y una vez allí toqué el timbre frenéticamente, hasta que oí pasos acercándose. Dante abrió la puerta, llevaba muy mala cara.

—Supe lo del bufete... lo lamento mucho.

Lo abracé, pero él no me correspondió. Tuve un mal presentimiento.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Tenemos que hablar —contestó seriamente.

Me hizo pasar y me senté en el sofá. El ambiente era tenso y lúgubre. La antesala de una desgracia.

—He estado pensando en lo que ha pasado entre nosotros —musitó—. Y creo que tenías razón.

—¿Sobre qué?

—No tiene ningún sentido estar juntos. Lo nuestro sólo ha sido sexo y ya es suficiente. Lo mejor es dejarlo hasta aquí.

No lo podía creer, después de su declaración de amor, de tanto por lo que habíamos pasado, de decidir contárselo a los chicos ¿Terminaba conmigo?

—No debí insistir en algo que no era factible —agregó—. Tú siempre lo decías, que no

debíamos complicar las cosas. Debí hacerte caso desde el principio.

—Dijiste que me querías —balbuceé, tratando de mantener la compostura—. Dijiste que esto era importante, que te habías enamorado de mí...

—Me confundí —contestó—. Lo siento.

Sentí como si un edificio se cayera a pedazos sobre mí. Me costaba respirar y un dolor punzante se instaló en mi pecho.

Me puse de pie, tenía que salir de allí antes de romper a llorar. No quería verme aún más patética, pidiendo explicaciones a un hombre que claramente me decía que no me quería, y que lo sucedido entre nosotros no había sido real. Aunque, al menos para mí, sí había sido real. Yo lo quería, eso era verdad, pero no él a mí.

—Vete a la mierda —dije firme, mirándolo a los ojos.

Me marché dando un portazo y apenas las puertas del ascensor se cerraron a mis espaldas, me largué a llorar.

No fui a la agencia aquel día. No tenía ganas de nada: de trabajar, de fingir que estaba bien ni menos de decirle a Claudia que se había equivocado.

Por la tarde, cuando me había cansado de llorar y mis ojos ya no lucían tan hinchados, llegó a casa Melisa. A diferencia de la mayoría del tiempo, iba sola.

—¿Y Damián? —pregunté.

—Tuvo que irse a acompañar a su papá...

—¿Le pasó algo a Dante? —interrogué, desganada.

—El abuelo de Damián se enteró de que estoy embarazada —narró, dejándome estupefacta—. Se enojó mucho porque dice que es culpa del tío Dante, que no se preocupó de Damián y que, para rematar, los últimos meses ha estado más pendiente de su novia que de su hijo, así que lo despidió.

¿Demetrio sabía de nosotros? ¿Cómo? Estaba muy confundida

—Pero eso no tiene nada que ver con trabajo —alegué.

—No, pero el abuelo es el dueño del bufete —contestó—. Damián me había dicho que sospechaba que su papá tenía una novia, pero no pensé que fuera verdad.

Ay, hija, si supieras...

A la mañana siguiente Damián apareció en nuestra casa con expresión de funeral. Apenas lo vi me imaginé de que se trataba, y no dudé en indagar.

—¿Qué te sucede? —consulté, sirviéndole un vaso de jugo.

—Estoy solo otra vez, tía Maya.

—¿Por qué dices eso?

—Mi papá se fue —suspiró.

Mi corazón se paralizó. Dante, no conforme con dejarme después de haberle confesado mis sentimientos, se marchaba, incluso abandonando a su hijo ¿Qué clase de hombre de casi cuarenta años dependía tanto de las opiniones de su padre? Pensé, porque claramente todo lo que estaba pasando eran consecuencias de la pelea de los abogados Fitzgerald.

—¿A dónde?

—No lo sé.

—La pelea con tu abuelo debió ser muy dura...

—No creo que haya sido solamente eso —meditó—. Estábamos tan bien, por fin mi padre volvía a ser el hombre que era antes de que mi mamá muriera.

Pobre chico, seguramente se sentía tan solito. Pobre de mí, que empezaba a dejarme llevar en el amor y me decían que no me querían. Pobre de Dante, porque... ¡No! Él había jugado conmigo, no era víctima, era el culpable del inmenso dolor que estaba sintiendo en mi corazón. Había fingido cambiar, pero en el fondo seguía siendo el mismo hijo de puta que entró en mi casa insultándome y

sugiriendo hacerle un aborto a mi hija.

—Nos tienes a nosotras, Damián —le sonreí—. No estás solo.

—Gracias —sollozó el muchacho.

Lo abracé. Inevitablemente noté lo mucho que se parecía a su padre y rompí a llorar. Él me miró y por un segundo creí que sabía todo lo que estaba pasando, pero, lo haya sabido o no, no dijo nada y se limitó a sonreír. Lo malo de aquello es que su sonrisa también era idéntica a la de su padre.

Ese lunes Dante llegó feliz al bufete de abogados. Había pasado un lindo fin de semana, donde la mujer que lo tenía loco de amor le había confesado corresponder sus sentimientos. Creyó que nada podía arruinar su felicidad, pero al entrar en su despacho y encontrar a su padre sentado en su escritorio con expresión de pocos amigos, supo que su alegría no duraría.

Demetrio, en su objetivo de jubilarse, iba muy poco a la oficina y siempre le avisaba a su hijo con anticipación, excepto en esa oportunidad.

Se miraron a los ojos con rudeza, como presagiando que algo grave estaba a punto de suceder.

—¿Qué haces aquí, papá?

—Es mi empresa, Dante —gruñó el mayor—. Tu puesto de socio es simbólico, porque las acciones son mías y no las tendrás hasta que yo muera.

—Eso ya lo sé, no era necesario que vinieras para recordármelo —respondió— ¿Qué está pasando?

—Pasa que ayer en el club de golf me encontré con Raimundo ¿Lo recuerdas? Es abuelo de un amigo de Damián...

—El abuelo de Max —murmuró.

—¿Sabes qué me dijo? ¡Me felicitó! —bufó molesto.

—Papá, cálmate...

—¡Me felicitó porque mi nieto va a tener un hijo! —gritó— ¡Cómo pudiste permitirlo, cabrón! ¡No hiciste nada para detenerlo!

—Lo intenté, papá, te lo juro, pero... —balbuceó nervioso.

—¡Ni siquiera tuviste las pelotas de decírmelo! —profirió—. Me das vergüenza, Dante, yo no te crie así, yo te crie como un hombre, no como un puto cobarde.

—Perdón, papá —se disculpó—. Es que no sabía qué hacer, fue todo tan rápido que me tomó de sorpresa y...

—¡Nunca has sabido qué hacer! Me he pasado mi vida arreglando la tuya —se quejó—. Eres un desastre, Dante.

—Lo lamento mucho...

—Y, como si fuera poco, la novia de Damián es la hija de la decoradora que se acuesta contigo ¿Cómo no iba a ocurrir una desgracia, si estás más interesado en follar con esa mujer que en tu hijo!

Dante se quedó de una pieza ¿Cómo Demetrio sabía de nosotros?

—¿Qué... qué dices? —tartamudeó.

—No soy idiota, he visto como la miras —lo regañó—. También he escuchado los rumores aquí en la oficina y el conserje de tu edificio me dijo que la ha visto ir muchas noches cuando mi nieto no está...

—¿Acaso me has estado investigando? —consultó indignado.

—Me preocupa Damián —aclaró—. Me preocupa muchísimo, porque desde que murió Aurora no te has hecho cargo de él, únicamente te lo has pasado lloriqueando ¿Cuántas veces debo decirte que los hombres no lloran?

—¡Era mi esposa! —se defendió afligido.

—No sé cómo Damián sigue viviendo contigo, después de todo el daño que le has hecho —expuso el abuelo—. Eres débil, no tienes coraje. Si no fuera por mí, no serías nadie.

Dante miró el suelo. Sintió un nudo en la garganta y ganas de largarse a llorar en ese mismo instante, pero eso sería peor, ya que le daría pie a su padre para continuar humillándolo.

Demetrio se levantó y caminó hasta la puerta del despacho.

—Quiero que mi nieto venga a vivir conmigo —anunció.

—No... no puedes hacerme eso —balbuceó Dante sorprendido—. Es mi hijo y...

—Claramente no estás capacitado para hacerte cargo de Damián —lo interrumpió—. Mucho menos lo estás para ayudar a criar otro niño.

—¡No puedes quitarme a mi hijo! —gritó.

—Ya es un hombre, y tiene mucha más determinación que tú. Dejaremos que él decida.

—¿Por qué tienes que hacerme sentir tan miserable? —sollozó.

—Porque lo eres —respondió sin ningún atisbo de culpa—. Hice lo que pude por ti, pero finalmente no has sido más que una decepción. Tal vez aún estoy a tiempo con Damián, pero tú eres un caso perdido. Tu vida no va a ninguna parte; eres un mal padre y un abogado mediocre. Y, para que lo sepas, tu relación con la decoradora no tiene futuro.

—No te atrevas a hablar de Maya...

—¡Ni siquiera has superado la muerte de tu esposa! Sigues ahí, hundido, deprimido. Fuiste un pésimo marido para Aurora y lo serás para cualquier mujer —vociferó.

Las palabras de Demetrio se metieron en su cabeza y ya no habría forma de sacarlas. Es que era verdad, había echado a perder su vida y la de su hijo. Y, además, reemplazaba a quien fuera su compañera por más de diez años, a pesar de que creyó que nunca lo haría. Las dudas eran como una avalancha en su mente ¿Cómo podía salir con alguien, si Aurora seguía en su corazón? A ella le había jurado amarla para siempre ¿Cómo podía apartarla de su alma y darle a otra persona el que era su lugar?

No era justo, pensó, no era justo que en el momento en que por fin empezaba a rehacer su vida apareciera su padre y derrumbara lo poco que había conseguido construir.

Pero a Demetrio aún le faltaba su golpe final.

—Tienes una hora para desocupar tu oficina. Estás despedido.

Aquello le dolió, pero era el castigo que recibía por no estar a la altura de lo que su padre esperaba de él. Lo conocía demasiado bien y sabía que no habría vuelta atrás.

—Tardaré menos de una hora —respondió.

—Es una verdadera vergüenza tenerte como hijo.

Demetrio se retiró del despacho. Minutos después un trabajador apareció llevándole dos cajas de cartón, para que pudiera guardar sus pertenencias.

Dante salió de la oficina con sus cosas, bajo la mirada indiscreta de los empleados de la firma. Fue hasta el estacionamiento y se subió a su auto. Una vez allí no aguantó más y rompió a llorar. Estaba devastado.



Mi vida cambió dramáticamente desde que Dante salió de ella. Ya no había esperanza, ilusiones ni nada, era una lenta agonía y un dolor insoportable que esperaba desapareciera pronto, pero que día tras día seguía doliendo.

En aquellos días Melisa tuvo su ecografía donde por fin supimos el sexo del bebé; sería una niña, mi nieta sería una niña. Saber que el embarazo de mi hija iba estupendamente era de las pocas cosas que me hacía feliz.

A Damián le encantó saber que su criatura sería una niña porque, según dijo, sería su princesa. Cuantas veces deseé que el padre de Melisa dijera algo semejante, pero jamás sucedió, de la misma forma que jamás volvería a oír a Dante decirme cuánto me quería. Sí, estaba bastante monotemática, lo que sospecho tenía con los nervios de punta a Claudia, que debía escucharme maldecir e insultar a Dante a diario, cada vez que me acordaba de él y que era prácticamente el día entero.

Como los chicos estaban de vacaciones decidimos tomarnos un descanso y Damián propuso irnos a su casa en la playa. Al principio me complicó la idea, porque no me imaginaba tomando el autobús, con un montón de bolsos y con mi hija embarazada de casi seis meses, pero el muchacho me convenció diciendo que iríamos en su auto. Sí, Damián tenía su propio coche, regalo de su abuelo al cumplir los dieciocho años, un Mazda deportivo que si bien no era tan lujoso como el de su padre, era un vehículo fantástico. Me sorprendió que el auto estuviera nuevo, como recién salido de la automotora, y él nos contó que la razón era que su padre no lo dejaba usarlo porque no tenía licencia de conducir. A esas alturas ya estábamos llegando a nuestro destino y no valía la pena molestarlo.

Tuve la esperanza de que al llegar a la casa en la costa encontraríamos a Dante, y que todo volvería a ser como la vez anterior que estuvimos allí. Pero no, el único rastro que encontramos de él fue el BMW, estacionado en el patio. Por la mugre que acumulaba calculé que su dueño habría abandonado el lugar hace por lo menos dos semanas.

—¿A dónde crees que haya ido tu padre? —inquirí al chico mientras tomábamos el té una tarde.

—Supongo que volvió a Londres —contestó—. Lo digo porque recibo sus mails a mitad de la noche.

—¿Se comunica contigo?

—A veces me escribe, pero no responde las preguntas que le hago.

Me sorprendió que a mí no me hubiera escrito ni una sola vez, aunque no debería. Cuando terminas con alguien es porque ya no quieres saber más de esa persona, no había razón para que quisiera saber de mí, ni a mí debía interesarme su paradero o si lo aplastaba un meteorito.

Estuvimos doce días en la playa, en los cuales imaginé ver aparecer a Dante en cada uno de ellos. Pero por supuesto no ocurrió. Él se había marchado.

Al volver a la ciudad me reincorporé de inmediato al trabajo, porque me parecía la mejor terapia para olvidar. El problema, claro, es que entre los proyectos de los que debía encargarme estaban la redecoración del bufete de abogados FitzGerald.

—No tienes que hacerlo —habló Claudia con cariño—. Puedo terminarlo yo.

—Esto es trabajo —afirmé—. Debo ser profesional.

—No, amiga, no quiero que te hagas más daño...

—Ya te dije, yo lo terminaré —sonreí—. Estaré bien. De todos modos solamente faltan los últimos detalles y él no estará allí.

Tal como dije, al ir a supervisar los trabajos al bufete de abogados Dante no estaba allí. Vi a Demetrio, pero no fue tan amable como al conocerlo; me dedicó una mirada de odio y no me dirigió palabra alguna. Debía estar furioso por el embarazo de Melisa.

Estaba a punto de irme a la agencia, pero la secretaria se acercó a mi lado y me hizo una pregunta que por poco me hace llorar en ese mismo instante.

—¿Cómo ha estado el señor Dante?

Creo que la miré con más rabia de la que se merecía. Ella no tenía ninguna culpa, seguramente sólo quería saber de su exjefe por simpatía.

—No tengo idea, no tengo por qué saber —gruñí.

—Lo siento —se disculpó—. Creí que estaban juntos, como me pedía que le enviara flores...

—¿Ni siquiera lo hacía él? —increpé.

—No tenía mucho tiempo —lo defendió—. Al menos el señor Dante sólo me pedía que le enviara rosas a usted, Don Demetrio enviaba flores a decenas de mujeres

Hubiera preferido que me dispararan en la cabeza. Okey, eso es un poco extremo, pero sí que me dolía recordar a ese hombre. Ojalá existiera una pastilla para olvidar las penas de amor.

—Lo lamento mucho —murmuró ella—. Hacían linda pareja.

No contesté nada y cogí mi bolso. Quería salir de ese lugar tan rápido como fuese posible.

Habíamos pasado la mañana completa en el centro comercial. Es que a pesar de ya tener siete meses de embarazo y un vientre abultado, Melisa no mostraba cansancio si se trataba de elegir y comprar cosas para el bebé.

Después del almuerzo nos fuimos a casa y Damián decidió irse a la suya. Llevaba días sin pasarse por su hogar y lo creyó oportuno, porque la semana siguiente comenzarían sus clases y quería dejar ordenado su cuarto, pues sabía que no lo haría nuevamente en el resto del semestre. Su abuelo le había propuesto que se marchara a vivir con él, pero el chico se negó.

Al entrar al edificio el conserje trató de hablarle pero él, con el teléfono en la oreja charlando con un amigo, se limitó a saludarlo con un gesto. Subió al doceavo piso en el ascensor, donde colgó la llamada por la falta de cobertura, y llegó a su departamento. Al abrir la puerta se quedó pasmado: había un hombre sentado en el sofá con el periódico en la mano. Por un momento le costó reconocerlo y reaccionar, pero esa expresión de tristeza la conocía perfectamente, porque la había visto en el rostro de su progenitor los últimos ocho años.

—¡Papá! —exclamó el joven.

Dante se puso de pie y correspondió el abrazo de su hijo.

—¿Cómo estás? —preguntó el padre.

—Bien ¿Por qué no me dijiste que volvías? —cuestionó— ¿Cuándo llegaste? Podría haber ido a recogerte al aeropuerto...

—Llegué el miércoles, pero asumí que estarías con Melisa y no quise molestarte —respondió—. ¿Cómo está ella, y la niña?

—Están genial. Me alegro de que recordaras que el bebé es niña —sonrió.

—Lo pusiste en todos los mails —recalcó.

—¿Y tú cómo estás, papá?

La pregunta lo hizo volver al sofá. Quería decirle a su hijo que estaba mejor, pero eso no era precisamente cierto. La herida que tenía en su corazón seguía doliendo igual que el primer día en que se había ido, pero ¿Cómo explicarle los errores que había cometido?

—Estoy bien —contestó tratando de sonreír.

—Eso no te lo crees ni tú.

—¿Qué quieres que te diga, Damián?

—La verdad —sentenció— ¿Por qué te fuiste?

—Te lo dije antes de irme, necesitaba pensar y estar solo.

—¿Sigues peleado con el abuelo? Si quieres puedo hablar con él para tratar de convencerlo de que te devuelva tu trabajo —ofreció.

—No me interesa volver al bufete.

—Entonces estás así por tu novia.

Suspiró. El chico no era imbécil, y después de que le había visto los arañazos en la espalda y la mordida en el cuello no había muchas mentiras que pudiera decirle que fueran creíbles. Tal vez era momento de empezar a hablar con la verdad.

—Ya no tengo novia, Damián —contestó triste.

—¿Por qué? Es obvio que la quieres.

—Precisamente por eso —explicó—. Yo... no quiero hacerle daño.

—Pero...

—No sigas, por favor —lo detuvo—. No hablemos de eso. Mejor me iré a dormir un rato.

—Son las cuatro de la tarde.

—El *jet lag* me tiene mal —se excusó.

—Llegaste hace dos días ¿Cómo puedes seguir con *jet lag*?

Su padre no respondió porque no se le ocurrió nada para contradecirlo, y él se dio cuenta de que aquella siesta era un “no sigas haciendo preguntas, porque no quiero recordar”.

Damián no pudo evitarlo y se contagió de tristeza. Su papá estaba jodidamente enamorado, pero eso no parecía ser suficiente.

El sábado no supimos de Damián. Mi yerno, en un escueto mensaje al móvil, le avisó a Melisa que estaba con algunos inconvenientes familiares y que ya se pasaría por nuestra casa y le contaría con detalles. Mi hija no comprendió mucho, pero confiaba en su novio, así que se quedó tranquila y nos dedicamos a tomar helado y ver películas, como hacíamos los sábados antes del escándalo de su embarazo.

Damián, por su lado, estaba preocupadísimo. Esperó todo el día que su padre se levantara de la cama, pero eso jamás sucedió. Logró despertarlo recién cerca de las una de la tarde, y le llevó un plato de sopa como almuerzo. Dante comió sin ganas y se volteó en el colchón para volver a dormirse. El chico no comprendía como su progenitor seguía durmiendo tanto ¿En serio el jet lag le había afectado de esa forma? Aquello no le cuadraba, porque su papá era un hombre acostumbrado a viajar y, hasta hace un par de meses, pasaba con suerte algunas horas en su hogar, por lo que no debía de dormir mucho. Aunque no quería, terminó por convencerse de que el desánimo, el sueño y la falta de apetito eran síntomas de depresión. Lo más probable es que su pobre padre estuviera atravesando un cuadro similar al de cuando su madre había muerto. Concluyó, basado en la experiencia, que si Dante estaba de esa forma era porque lo que sentía por su misteriosa novia era amor, un amor profundo y atormentado. Y no estaba dispuesto a volver a verlo destruido.

Para el domingo en la mañana Damián ya estaba con los nervios de punta. Su padre no daba señales de, nuevamente, querer salir de la cama, y había rechazado el desayuno que le llevó a la habitación. Contó mentalmente hasta mil mientras caminaba a la cocina y se enfureció. Lo de contar números lejos de calmarlo logró hacerle perder la paciencia y volvió al cuarto, donde abrió las cortinas, la ventana y despojó violentamente de las mantas a su padre.

—¡Levántate, papá! —exclamó enojado.

—¿Qué haces, Damián? —interrogó desconcertado.

—¡Me tienes hartos! —gruñó—. Hace ocho años, cuando murió mamá, no pude hacer nada, pero ahora no voy a dejar que sigas con esto —agregó, más tranquilo.

—No entiendo, hijo...

—Ningún problema puede ser tan grave —lo animó—. Si amas a tu novia ¡Haz algo! Ahí tirado en la cama no vas a conseguir nada...

—No es tan simple —contestó serio—. Y no quiero hablar de eso...

—Pues yo sí quiero hablar de eso —intervino—. Soy un hombre adulto, papá, y quiero ayudarte, pero si no me dices cual es el problema no puedo hacerlo.

Dante lo miró sin asombro; es que el chico era tan terco como él, quien nunca se daba por vencido, hasta que conoció casualmente a esa mujer que iba a convertirse en su consuegra y supo que no podía hacer nada contra sus sentimientos. Lo que comenzó como un revoloteo hormonal y erecciones recurrentes se había convertido en amor antes de darse cuenta.

—Siento que hacer formal una relación es arrancar a tu madre de mi vida —pronunció con dificultad. No le era sencillo hablar de emociones con su hijo.

Damián se quedó callado. Es que quizás no estaba preparado para un tema bastante más complicado de lo que había pensado.

—Eso no es cierto, papá —balbuceó, sentándose a su lado—. Tienes derecho a rehacer tu vida.

—Ya lo sé. Es que... estuve más de diez años con Aurora. Siempre creí que sería mi compañera el resto de mi vida, nunca me imaginé con nadie más.

—Esa era la idea —comentó el muchacho— ¿Sabes? Yo tampoco me imagino con nadie que no sea Melisa...

—Eso es porque aun eres un niño.

—Y tú no eres un hombre muy maduro que digamos —respondió, sacándole una sonrisa a su padre—. Eres joven, no puedes quedarte solo. Mi mamá hubiese querido que fueras feliz, que no te quedaras viviendo en el pasado. Ojalá ella estuviera con nosotros, pero no está y es hora de que lo asumamos.

—No sé si estoy listo —confesó—. Tengo miedo.

Esa era la verdad; sin proponérselo, Demetrio había conseguido infundirle pánico a su hijo. Le arrebató, sin remordimientos, su autoestima, su confianza, sus ganas de volver a ser feliz. Y Damián, casi como su ángel de la guarda, luchaba por devolvérselas.

—Es normal tener miedo, papá, pero eso no puede paralizarte —expuso—. Tenemos que mirar hacia el futuro y ver qué es lo mejor que podemos encontrar en él; yo encontré a Melisa y pronto a mi hija, pero ¿Qué encontraste tú? ¿Es tu novia esa persona especial, con quien quieras compartir tu vida?

Se sorprendió ante las palabras de su hijo, que hablaba con tanta sabiduría y madurez. Por un instante creyó que a quien escuchaba no era a Damián sino a Aurora, quien solía calmarlo en sus arrebatos de ira. Si hubiese sido un poco más esotérico habría pensado que su esposa se comunicaba con él a través del chico.

—Ella... es maravillosa —sonrió—. Es lo mejor que me pudo pasar. Pero lo eché a perder.

—Puedes arreglarlo, lo sé.

¿Podría hacerlo? ¿Realmente era posible?

—¿Crees que arruiné tu vida, Damián? —preguntó triste.

—¿De dónde sacaste eso?

—Si hubiese sido un padre más preocupado, más presente, quizás las cosas serían diferentes y no tendrías que estar lidiando con problemas de adultos.

—Si te refieres al embarazo de Melisa, no tenías que repetirme mil veces que me pusiera un condón, porque sabía que tenía que hacerlo y no lo hice —contestó seriamente—. No es tu culpa, papá, es mía, de la misma forma que fue tu culpa embarazar a mi mamá.

Se quedó con la boca abierta.

—¿Lo sabes? —inquirió nervioso.

—Claro, sólo hacía falta saber sumar... y también hablé con el abuelo y me lo contó.

—¿No te dijo nada más?

—No, no pude sacarle más información —sonrió—. Pero si hay algo que sé es que te has esforzado por ser un buen padre. Quizás cometiste errores, pero todos lo hacen. Créeme, estoy orgulloso de que seas mi papá y el abuelo de mi niña.

Su hijo tocó la fibra más recóndita de su corazón con esas palabras.

Se dieron un abrazo largo, aquel que nunca se habían dado. Acto seguido Damián se puso de pie.

—Ahora ve a darte una ducha y vístete, porque vamos a salir —ordenó el joven.

—¿A dónde?

—Al cementerio. Iremos y le contarás a mi mamá que estás enamorado otra vez.

Damián y Dante fueron al cementerio. Era la primera vez que iban juntos a aquel sitio. Sin detenerse a comprar flores se sentaron en el césped, frente a la tumba de la madre y esposa. Estuvieron en silencio durante dos largas horas, que para ellos se pasaron volando.

Al retirarse, lo hicieron con una sonrisa. Habían limado las asperezas del pasado.

—Vamos, hijo. Acompáñame a un lugar —pidió Dante.

—¿A dónde?

—A casa de Melisa.

Damián no necesitó más detalles. Las piezas encajaron en su mente y sonrió. Supo exactamente a qué iban.

Melisa tenía antojo de comer pizza y yo no quería cocinar, así que pedimos una a domicilio.

Me tumbé en el sofá a leer un rato. A diferencia de Mel, que puede leer desde su Kindle, yo tengo la necesidad de hacerlo de libros físicos. Estaba con García Márquez, hasta que el sonido del timbre me interrumpió.

—El dinero está sobre la mesa —le dije a mi hija, sin intención de recibir la comida.

Melisa lentamente caminó hasta la entrada y abrió la puerta.

—¡Damián! —exclamó dándole un abrazo.

—Hola preciosa.

Me alegró que mi yerno apareciera, porque notaba a Melisa comenzar a inquietarse al no verlo por dos días, lo que en un par de adolescentes puede parecer una eternidad. La puerta seguía abierta, pero no le di importancia.

—Hola tío Dante —saludó la chica.

Me senté de golpe, casi con un ataque cardíaco ¿Dante estaba allí?

—¿Qué tal, Melisa? —la abrazó—. Supe que es una niña —agregó, señalando su vientre.

—¡Sí! —respondió contenta.

—Papá, al grano —le murmuró su hijo, dándole un codazo.

—Hola Maya —saludó, acercándose a mí.

—¿Qué haces aquí? —interrogué seriamente.

—Tenemos que hablar.

—No creo que sea el mejor momento —musité, mirando de reojo a los chicos.

—Es el mejor momento —objetó—. Lo siento, Maya, me asusté y actúe mal. Perdóname.

Miré el suelo.

—Está bien, ya no importa —respondí resignada.

—¡Por supuesto que importa! —me contradijo—. Y mucho, porque tú me importas mucho. Quiero que estés conmigo.

—¿Qué dices? —cuestioné sin entender.

—Yo te quiero, May —pronunció decidido—. Esa es la única verdad.

Se acercó más. Puso sus manos en mi cuello y me besó, sin miedo. Correspondí a su beso. Al detenernos observé a los chicos: Damián sonreía y Melisa estaba con la boca abierta de la sorpresa.

—¿Mi mamá y tu papá son novios? —consultó mi hija al chico.

—Algo así —murmuró él.

Dante sonreía como idiota. Entonces me llené de furia.



—¡No puedes venir a mi casa haciéndote el galán después de lo que me hiciste! —vociferé indignada.

El padre y el hijo se miraron espantados. Era evidente que mi reacción no estaba en sus planes.

—Preciosa ¿Vamos a dar un paseo? Necesitan hablar —susurró Damián a Melisa, al ver que las cosas se ponían feas.

—Sí, vámonos, y me explicas qué está pasando.

Sin decir nada los muchachos desaparecieron.

—Perdona, Maya, es que estaba bajo mucha presión —se excusó tímidamente Dante—. No lo pensé bien, creí que la solución era terminar y me equivoqué.

—Quizás no te equivocaste, porque he estado estupendo desde que te fuiste —alardeé de mi mentira.

—¿En serio? —interrogó incrédulo.

—¡Ese no es tu problema! —grité como loca.

—May, cálmate —dijo, cogiéndome del brazo—. Me equivoqué y te hice daño, pero volví porque te necesito. No acostumbro a pedir disculpas ni a retractarme de mis decisiones, pero lo estoy haciendo, porque aunque quiera no puedo olvidarme de ti.

—¿Y qué esperas? ¿Que te diga que te amo y me acueste contigo como si no hubiera pasado nada? —increpé.

—Sería bueno, porque llevo dos meses sin sexo, haciéndome pajas acordándome de ti —reflexionó.

—Te odio, Dante —gruñí con rabia—. Eres un...

—Un hijo de puta —me interrumpió—. Pero el hijo de puta que más te ama en el mundo.

No pude evitarlo y me lancé a sus brazos. Nos besamos apasionadamente y nos dejamos caer en el sofá, donde quedé encima. Le arranqué la camisa y me quité la polera, mientras él se deshizo de mi sujetador y se lanzó a lamer y tocar mis pechos. Mierda, con sólo sentir sus dedos sobre mi piel ya estaba perdida.

Abrí sus jeans y saqué su miembro duro para acariciarlo y meterlo en mi boca, lo que lo hizo suspirar de placer. Acto seguido me besó, me tumbó de espaldas en el sillón y se instaló sobre mí, con su erección palpitando entre mis piernas.

—No traje condones —habló agitado—. No venía preparado para esto.

—Lo resolveremos luego.

Me penetró con fuerza, haciéndome gemir.

—Quiero coger contigo hasta que me muera —jadeó.

—Hazlo... por favor.

Sus embestidas casi me hicieron enloquecer. Esos dos meses habían sido eternos; sin su olor, sin su sonrisa y sin él haciéndome el amor. Nos corrimos en lo que fue el mejor orgasmo de mi vida... hasta ese momento.

Nos quedamos a medio vestir, tendidos en el sofá. Él acariciaba mi espalda mientras yo

pensaba en algo que decir.

—¿Y ahora? —pregunté cohibida.

—Los chicos ya lo saben —comentó—. Yo ya no tengo miedo. Todo depende de ti.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro. Sé lo que siento por ti y sé que quiero estar contigo —aclaró—. También sé que tú me querías y que lo arruiné —suspiró triste.

—Todavía te quiero, Dante —confesé—. Te quiero igual que antes, pero no es fácil, no es la primera vez que un hombre me jura amor y luego desaparece.

—Lo sé. Por eso sólo te pido una oportunidad; sólo necesito una para demostrarte que soy un buen hombre y que, si tú quieres, no volveré a dejarte sola.

—Sé que eres un buen hombre —sonreí—. Si no lo fueras no me habría enamorado de ti.

Volvimos a besarnos. La rabia ya había desaparecido de mi organismo y era reemplazada por ternura. Los brazos de Dante parecían ser lo único que necesitaba en el mundo.

—Otra vez ganas, Dan —contesté.

—Gracias May —sonrió feliz, dándome un besito.

—Una duda ¿Es cierto lo que dijiste de las pajas? —interrogué curiosa.

—Claro ¿Qué esperabas?

Nos reímos. Y escuchamos la voz de Damián desde la puerta.

—¿Podemos entrar? —preguntó.

—¡No! —exclamamos a coro, arreglándonos la ropa.

Apenas estuvimos listos abrí e ingresaron los niños, quienes llevaban las cajas de pizzas que el repartidor les entregó.

—¿Qué pasó aquí? —cuestionó Damián, al ver los cojines del sofá desparramados en el piso.

—No quieres saberlo —masculló Dante.

—Ya se enfriaron las pizzas —se lamentó Melisa.

—Vamos a almorzar a algún lugar lindo —invitó Dante—. Ya nos comeremos las pizzas recalentadas más tarde.

—Pero ustedes ¿están bien? —quiso saber el chico.

—Mejor que nunca —respondí, abrazando a Dan.

A partir de entonces las cosas cambiaron completamente. Dante se convirtió de manera oficial en mi pareja y, siguiendo al pie de la letra aquello de no dejarme nunca sola, pasaba la mayor parte del día en mi casa. Él no tenía trabajo, porque desde aquella fuerte discusión con su padre no habían vuelto a hablar, pero afortunadamente tenía suficientes ahorros que le permitirían vivir tranquilo bastante tiempo. Tampoco es que Dan quisiera volver al bufete de abogados, porque entendía que la relación con Demetrio estaba muy deteriorada.

Damián inició su carrera de gastronomía, con la cual lo vimos comprometerse desde el primer momento. Todo el esfuerzo que no les puso a sus estudios de secundaria los ponía en su ideal de convertirse en chef profesional.

Y Melisa... dio a luz en abril. Dante y yo estuvimos allí, cogidos de la mano, sentados en la sala de espera de la clínica mientras Damián asistía al parto. Tras un largo rato vimos al chico aparecer por el pasillo y, con una seña, nos hizo pasar al cuarto, donde descubrí a mi querida Melisa, ya toda una mujer, con una pequeña en sus brazos. Me la entregó y no pude más que rendirme a la ternura de la nueva integrante de la familia. Acto seguido se la pasé a Dante.

—Dile hola a tu abuelito —le dije a la niña.

Él la sujetó en sus brazos y apenas los vi supe que esa sería una escena recurrente en el futuro, porque Dan la miró fascinado. Era imposible encontrar en su rostro la rabia que sintió meses atrás, al enterarse de que la niña venía en camino, aquello había sido reemplazado por el más puro amor de un abuelo por su nieta.

—¿Cómo van a llamarla? —interrogó Dante, al recuperar el habla.

—Es una princesa, necesita un nombre a la altura —comentó Damián—. Así que su nombre será Diana.

—Diana FitzGerald —pronunció Dan—. Suena bien.

Dos días después Melisa y la bebé llegaron a casa. Para ese entonces Damián y Dante prácticamente vivían allí, porque incluso ya tenían ropa y varias de sus cosas instaladas. Claro, Dante y yo nos íbamos de vez en cuando a su departamento, para tener privacidad... y sexo. Las pastillas anticonceptivas que anteriormente me había recetado el ginecólogo nos daban la libertad de ponernos cariñosos en cualquier instancia sin preocupaciones y, ya que me había prometido coger conmigo hasta la muerte, opté por cobrarle la palabra varias veces por semana.

Como Damián debía estudiar y yo trabajar, Dante asumió feliz el rol de ayudar a Melisa con la niña. Poco a poco se habían encariñado tanto mi hija y él que ella lo veía más como a un padre que como a su suegro. Cada vez que la pobre estaba al borde del colapso al oír a Diana llorar, Dante la tranquilizaba y se encargaba de atender a la niña. Por las noches, si veíamos a los chicos agotados con su pequeña, los mandábamos a dormir y nos turnábamos para cambiar pañales y dar biberón. Ser abuelos era una espectacular aventura y la disfrutábamos por completo. Es que en el último año habíamos atravesado por tantas situaciones, muchas de ellas rozando el límite de la locura, que habíamos terminado por convertirnos en una familia; una nada convencional, pero familia al fin y al cabo.

Y así fue como los días pasaron y al darnos cuenta Diana ya tenía ocho meses, Damián terminaba su primer año de carrera, Melisa su primer semestre de universidad y Dante barajaba la opción de buscar trabajo. Entonces golpeó a mi puerta la última persona que esperaba ver en mi vida.

Llevaba alrededor de un año sin trabajar, después de ser despedido del bufete de abogados y de una depresión con viaje a Londres incluido. Tampoco es que me sobraran las ganas de volver al mundo del derecho, pero era lo que mejor sabía hacer —a pesar de que mi padre me considerara un abogado mediocre—, y Melisa ya casi no me necesitaba para cuidar a Diana, porque estaba terminando el semestre, podría cuidarla ella misma durante el verano y, de cualquier manera, la universidad tenía guardería para cuando tuviera que volver a clases. Reconozco, por supuesto, que me daba nostalgia dejar de pasar los días completos con mi nieta, porque me había vuelto una especie de mamá canguro y me encantaba serlo. A Damián no había tenido oportunidad de cuidarlo a esa edad, porque en sus primeros años yo aún era un escuálido estudiante de leyes, así que mi nieta era una forma de recuperar ese tiempo perdido.

Comencé por llamar a cuanta gente creí que podía ayudarme: ex colegas, ex compañeros de la facultad, ex clientes del bufete, ex amigos. Hasta que conseguí algunas entrevistas. Coincidentemente fueron todas el mismo día. Por eso no estuve en su casa cuando él apareció.

Eran las seis de la tarde y ya estaba exhausto. Un día lleno de reuniones, fingiendo que estaba muerto de ganas por volver a trabajar como abogado. Lo único que quería era regresar y que Maya me recibiera con un beso y Diana con una sonrisa.

Le envié un texto a May diciéndole cuántas ganas tenía de verla, besarla y de hacer otras cosas, entre las cuales destacaba que ella me quitara la camisa, la corbata y de ahí en adelante lo dejo a vuestra imaginación. Pero no contestó, lo que me pareció raro, porque siempre respondía mis mensajes sucios con algo aún más subido de tono, lo que me encantaba. Bueno, todo de ella me encantaba.

Estacioné mi coche, que como nuevo accesorio lucía una silla para niños en el asiento trasero, en el otro lado de la calle, porque un lujoso auto ocupaba mi lugar afuera de la casa. No me cuestioné de quién podría ser, porque a veces sucedía que los vecinos aparcaban allí, pero me percaté de lo bello del vehículo, de que estaba recién salido de la tienda (aun no tenía ni matrícula) y de que a su dueño debió costarle un ojo de la cara.

Abrí el portón y entré en el antejardín. Al oír la reja Maya salió y me miró con cara de pánico.

—Hola May —saludé.

—Dante ¿qué haces aquí? —interrogó nerviosa.

—Siempre estoy aquí —sonreí.

—Ahora no es un buen momento, quizás deberías irte a tu departamento.

—¿Qué está pasando? —cuestioné.

Desde el interior de la casa salió un hombre casi tan alto como yo, de cabello negro y ojos verdes, seguramente de camino a los cuarenta años. Iba vestido con un pantalón beige y una camisa blanca con pequeños cuadros azules.

—¿Él quien es, Maya? —le preguntó, con demasiada confianza.

—Es Dante —respondió ella—. El padre del novio de Melisa.

Me quedé en shock. No, yo no era “el padre del novio de Melisa”, yo era su pareja, el hombre que estaba loco de amor por ella.

Observé a May y, sin palabras, le pedí una explicación. Clavó su vista en el suelo.

—Él es Andrés —musitó—. Es el padre de Melisa.

Creo que mi vida se paralizó por un instante. Ese sujeto no era el padre de Melisa, porque el padre de Melisa era yo, al menos desde los últimos meses. Y antes, por dieciocho largos años, lo había sido ella misma, pero ese Andrés ¡No era nadie!

—Qué tal, mucho gusto... —habló él, estirando su mano para estrechar la mía.

—¿Este es el hijo de puta que te abandonó estando embarazada? —le pregunté a Maya, tratando de aguantarme la rabia.

—¿Qué dijiste? —inquirió su ex novio.

—Digo que eres un maricón de mierda ¿Cómo pudiste? ¡La abandonaste mientras esperaba una hija tuya! —exclamé.

—Y yo digo que eso no es tu problema —contestó.

—¡Puto cabrón!

Ni siquiera intenté contenerme y le puse un golpe en plena cara. Maya me miró horrorizada y, en lugar de acercarse a mí, fue junto a él, ayudándole a mantenerse de pie. Andrés se tocó el rostro al sentir que le escurría sangre y se metió una mano al bolsillo, de donde extrajo pañuelos desechables. Ella le quitó uno e intentó limpiarle su rota nariz, que, entre paréntesis, no era lo único roto, porque mi corazón también se rompió al verla preocupada por ese infeliz.

—Vete, Dante, por favor —me pidió asustada.

—¿Lo dices en serio? —pregunté triste.

—¡Que te largues, imbécil! —me gritó Andrés.

—Vete, Dante —repitió ella—. Necesito arreglar esto.

—Me queda muy claro —respondí indignado—. Puedes arreglar lo que quieras. No es asunto mío.

Me di media vuelta y comencé a caminar en dirección a mi auto. Los escuché hablar antes de irme.

—Ese cabrón no es solamente el suegro de Melisa ¿verdad?

—Entra, Andrés —evadió la pregunta—. Debemos revisar tu nariz.

Al subir a mi coche estaba furioso. Debería haberlo golpeado más. Y ella debería haberme elegido a mí. Y eso me dolía; May se había quedado con él, mientras a mí me echaba de su casa. Me dolía tanto que un par de lágrimas escaparon de mis ojos, pero las sequé de inmediato.

Pisé el acelerador y me largué de ahí.

Durante muchísimos años esperé que Andrés apareciera frente a mi puerta. Tantas veces lo imaginé llegando en Navidad a buscar a nuestra hija, o para sus cumpleaños, o en cualquier puto día. Pero nunca lo hizo y de pronto me dejó de importar. Yo era madre y padre de Melisa y me enorgullecía serlo.

Por eso al ver a Andrés en mi casa esa tarde de martes casi me infarté; había cambiado sus facciones de niño que yo recordaba por las de un hombre, sus ojos verdes seguían siendo igual de profundos y su expresión ya no tenía la ingenuidad de casi veinte años atrás. Era un hombre hecho y derecho. Y bastante guapo, debo decirlo.

Temblé al verlo y él me sonrió, como si estuviera feliz de verme.

—¡Qué gusto verte, May! —exclamó.

Me abrazó pero no le correspondí, porque estaba paralizada. Melisa, que aprovechaba que Diana dormía en su cuarto para estudiar, observó confundida la situación.

—¿Qué haces aquí? —interrogué desconcertada, apenas pude recuperar el aliento— ¿Cómo supiste donde estaba?

—Hice mis averiguaciones —respondió— ¡Pero mírate! Qué guapa estás...

—¿Qué es lo que quieres? —increpé arisca.

—Quiero pedirte perdón. No me sentía preparado en aquella época y no estuve a la altura de las circunstancias —reflexionó.

—Mamá ¿Quién es este señor? —preguntó Melisa.

Entonces Andrés se percató de la chica de ojos verdes que lo miraba sin comprender qué sucedía.

—Es ella ¿verdad? —inquirió sin dejar de mirarla.

—Melisa, él...

—Soy Andrés —me interrumpió presentándose—. Soy tu papá.

Mi pobre hija se puso pálida. Se veía realmente conmocionada.

Él se acercó para abrazarla, pero ella lo rechazó.

—¿No vas a abrazarme, hija?

—Yo no soy su hija —le contestó—. Yo a usted no lo conozco y no tengo intenciones de hacerlo. Me voy a ver a Diana, mamá.

Melisa se marchó a su habitación. Mi exnovio me miró decepcionado.

—Creí que se alegraría...

—¡Qué mierda esperabas! —vociferé molesta—. Tiene diecinueve años y es la primera vez que te ve o sabe algo de ti.

—May, por favor —hablé, cogiendo mis manos entre las suyas. Me fijé que en el dedo anular de su mano izquierda estaba la marca de un anillo que no llevaba puesto.

—¿Estás casado?

—Ya no —suspiró.

—¿Tienes más hijos?

—Sí, dos chicos, de nueve y siete años. Me divorcié hace algunos meses de su madre y entonces comencé a buscarlas...

—Claro, somos el premio de consuelo —comenté con ironía, soltándome de sus manos.

—No, May, es el destino —respondió—. Ahora podemos ser una familia.

—¡Ya tenemos una familia! —alegué—. No ha sido fácil, pero ¿Qué sabes tú? ¡No tienes ni puta idea de nada! No tienes idea de todo lo que Melisa y yo hemos pasado. Pero déjame que te cuente algo: Melisa tiene una niña pequeña, de ocho meses, y a diferencia de como tú hiciste conmigo, su novio ha sido un caballero y jamás la ha dejado sola, incluso tienen planes de casarse. Damián estuvo con ella desde el primer momento, no esperó a estar preparado veinte años después

—Pues si la niña ya tiene su propia familia, quizás tú podrías reconsiderarlo...

Creo que me hirvió la sangre de rabia.

—No hay nada que reconsiderar —gruñí.

—No vas a quedarte sola para siempre...

—¿Y quién te ha dicho que estoy sola? —bufé.

—¿Acaso tienes un novio? —me reprochó.

—¿Querías que te siguiera esperando? Eres un cretino, un hijo de puta y no quiero que estés en mi casa —sentenció—. Lárgate.

En ese momento escuché el ruido de la reja. Ay, no, ese debía ser Dante, y al darse cuenta de quien estaba allí se pondría furioso. A estas alturas sabemos que Dan no se caracteriza por tener mucha paciencia y yo no quería más problemas.

Me asomé al patio para pedirle que se fuera pero fue peor: terminó dándole un puñetazo a Andrés y marchándose ofendido y enojado. Lo entendí, claro, porque creo que pude gestionar las cosas un poco mejor, pero la adrenalina me lo impidió y lo hice de la peor forma.

Hice pasar a Andrés, aunque sólo quería que se fuera, para revisar su nariz que chorreaba sangre como si fuese una llave de agua. Resultó que él en esos años había estudiado medicina y era doctor, así que se miró a un espejo, se palpó y sumado el dolor dedujo que se trataba de una fractura.

—Tu novio es un bestia —se quejó mi ex.

—No te atrevas a hablar de Dante.

—Más le vale que no ensucie mi auto nuevo, sino te juro que lo demando.

—Puedes coger tu auto e irte a la mierda —pronuncié firme—. Si quieres tener contacto con Melisa, pues inténtalo, aunque dudo que le interese. Ese hombre que te golpeó ha sido más su padre que tú. Pero no vuelvas a venir a mi casa jamás.

Andrés se marchó. Y apenas lo hizo me senté en el sofá y me largué a llorar. Como deseé que



Dante estuviese allí para abrazarme.

Melisa bajó de su alcoba aun en shock. Le comenté la idea de ponerse en contacto con su padre biológico, pero se negó rotundamente. Él no era su padre y nunca lo sería, porque había perdido su oportunidad.

Minutos después llegó Damián, que venía de clases. A vernos llorosas se preocupó, le contamos lo que había pasado y al oír la intervención de su padre en la historia puso una mueca de pavor y pescó su móvil para llamarlo, pero le contestó el buzón de voz. Marcó varias veces, sin embargo era evidente que el teléfono estaba apagado.

Por mi parte me sentía pésimo de haberle dicho que se fuera de esa manera, así que fue un alivio cuando mi yerno pudo comunicarse con el conserje del edificio y le dijo que Dante estaba allí. Me puse de pie, cogí mi bolso, me sequé las lágrimas y les hablé.

—Voy a buscar a Dante. Lo necesito conmigo.

Los chicos asintieron. Todos sabíamos que detrás de su pantalla de hombre rudo había oculto un tipo sensible que, de seguro, estaría sintiéndose como la mierda.

El conserje me dejó pasar sin complicaciones, porque ya me conocía. Subí en el ascensor nerviosa y apenas sus puertas se abrieron me lancé contra la cerradura. Damián me había prestado sus llaves del departamento y nada más entrar encontré a Dante, sentado en un taburete de la cocina americana, con una botella de whisky en una mano y un vaso en la otra. Efectivamente lo sucedido le había dolido.

—Dan, cariño ¿estás bien? —pregunté, sabiendo cual era la respuesta.

—¡Estoy de maravillas! —exclamó con ironía.

—Entrégame esa botella y hablemos... —dije pacientemente.

—¡No quiero! Y ahora vete, estoy ocupado.

—¿Me estás echando de tu departamento?

—Tú me echaste de tu casa, para quedarte con tu novio ¿Ya lo olvidaste? Te quedaste con Andrés, el hijo de puta que te abandonó, pero de quien al parecer sigues enamorada —gruñó.

—No digas estupideces.

—No son estupideces, lo elegiste a él y a mí me dijiste que me fuera. Lo elegiste a él, May, me quedó muy claro.

No se sirvió otro vaso porque se empinó la botella y comenzó a beber directo de ella. No sé cómo el whisky no le quemaba la garganta en esos sorbos tan largos.

Si bien yo había ocasionado esa situación, comenzaba a perder la paciencia.

—¡No vas a seguir bebiendo! —lo regañé, quitándole el vaso y la botella.

—¡No eres mi madre! —gritó— ¡Ni siquiera sé qué mierda somos!

—Pues no, no tengo ni puta idea de qué somos, pero no vas a seguir bebiendo —contesté.

Como un adolescente enojado me dio la espalda y salió caminando. Se metió en su habitación.

Suspiré. Eso iba a tomar un buen rato.

Me saqué los zapatos y me senté en el sofá... Y me percaté de que su móvil estaba sobre la mesita de centro. Me contuve, pensando en su privacidad y aquellas cosas, pero tras un rato en que no volvió por él y que por la borrachera de seguro se habría dormido, lo cogí. Tenía clave, de cuatro dígitos. Lo primero que intenté fue con el número del departamento... y se desbloqueó. Qué predecibles son los machos.

Me fui directo a la galería, donde descubrí una cantidad irracional de fotos de Diana. Me enterneció ver que el abuelo estaba tan embobado con su nieta.

Pero no había sólo fotografías de la niña, también había nuestras, de días cualesquiera, de salidas a cenar y de la graduación de nuestros hijos. Sin embargo, la foto que más me sorprendió fue una del paseo a la playa, cuando juntos nos escabullimos de los chicos para tener un momento a solas y que ni sabía que me había tomado. Aparecía yo en el mar, sonriente, radiante. La mayor sorpresa fue que la imagen tenía abajo un comentario y al pinchar para leerlo vi que se trataba de un emoji... de corazón. Creí que me iba a derretir de amor. Pobre Dante, pensé, cuánto le había

dolido el episodio con Andrés. Echarlo de mi casa lo había herido profundamente.

No me di cuenta y me dormí en el sillón. Había tenido un día duro en el trabajo, luego más complicaciones familiares y el viaje al departamento de mi pareja o lo que fuera me había dejado exhausta.

Desperté con los primeros rayos del sol que se colaban por la ventana, cuyas cortinas nadie se molestó en cerrar. Miré mi móvil: eran casi las siete de la mañana y que estaba cobijada con una manta. Me enderecé y vi a Dante, nuevamente en la cocina americana, pero esta vez con un tazón de café y expresión de derrota. Me incorporé y fui a sentarme a su lado. Nos quedamos un rato en silencio hasta que se animó a hablarme.

—Lamento haberte gritado —dijo cansado—. Y golpeado al padre de Melisa.

—¿De verdad lamentas haberlo golpeado?

—Lamento no haberlo golpeado más —admitió serio—. Pero entiendo que tú y él tienen una historia muy antigua, y que eso no me incumbe. Y si quieres darle una oportunidad está bien, me haré a un lado.

—¿De qué mierda estás hablando? —interrogué incrédula.

—Yo sólo quiero que seas feliz. Si con él puedes serlo y darle a Melisa la familia que no tuvo antes, me parece perfecto.

Suspiré. Las cosas se habían salido un poco de control.

—Perdóname, Dante —le pedí—. No debí decirte que te fueras de esa forma. No quería herirte, lo lamento.

—No te preocupes —sonrió con pocas ganas—. Ahora creo que deberías irte, dudo que a Andrés le guste que hayas pasado la noche aquí. A mí no me gustaría si fuera él...

—Cállate, Dan —ordené—. A nadie le importa lo que piense Andrés, en especial a mí no me interesa. Lo único que hice con él fue mandarlo a la mierda.

Me miró asombrado, como recuperando la fe en la humanidad.

—¿De verdad?

—Claro ¿O creíste que después de veinte años iba a irme con él? Puedo esperar a un hombre dos meses, no dos décadas.

—Pero... pero... —tartamudeó.

—¿Pero qué?

—Melisa ¿Cómo lo ha tomado? Tal vez ella quería que fueran una familia...

—Lo ha mandado a la mierda también. Ella ya tiene una familia: tiene una madre, un novio, una hija y un padre-suegro al que quiere muchísimo.

Observó el techo, como si no lograra entender lo que pasaba. Cogí su mano.

—Sé que te dolió. Y lo siento mucho —me disculpé—. No me esperaba volver a verlo y fue como si me cayera una bomba encima, pero te prometo que no tienes nada de qué preocuparte, porque el único hombre que quiero eres tú.

—May, mi vida, gracias —me abrazó—. Gracias por quererme, aunque sea un imbécil.

—No lo eres —sonreí—. Bueno, a veces, pero sólo un poco...

—Pero esto no soluciona el mayor problema —meditó.

—¿Qué problema?

—Sigo sin saber qué es lo que somos ¿novios?

—Estamos algo mayores para ser novios —me reí.

—Cierto —afirmó— ¿Por qué mejor no eres mi esposa?

—¿Qué?

—Maya ¿Te quieres casar conmigo?

Acto seguido se arrodilló frente a mí. No pude evitarlo y rompí a llorar.

—Si no quieres me lo dices y ya, pero no llores...

—Es que sí quiero —sollocé—. Sí quiero ser tu esposa.

Se puso de pie y me abrazó con fuerza. Parecía un sueño estar en su regazo después de aceptar una propuesta de matrimonio.

—Lamento no habértelo pedido más románticamente —se disculpó—. Ni siquiera te compré un anillo o te regalé flores...

—¿Es broma? Es lo más lindo que alguien ha hecho por mí —dije, secándome las lágrimas—. Tú eres lo más lindo que me ha podido pasar.

—Ya sé que soy guapo —bromeó.

—Lo eres —sonreí— ¿Sabes? Si alguien me hubiese dicho esa noche que fuiste a mi casa a sugerir un aborto para Melisa que me pedirías matrimonio, jamás lo habría creído.

—Ni yo —respondió—. Siempre creí que encontrarme tanto contigo era pura coincidencia, pero quizás ha sido el destino.

—Eso creo. Y estoy feliz de haberte encontrado.

Nos besamos, una y mil veces. Sí, era cierto que teníamos todo el futuro por delante para besarnos y estar juntos, pero no queríamos esperar ni un segundo.

Es que la vida no era vida si no nos teníamos el uno al otro. Pero ya no había de qué preocuparse, porque no nos volveríamos a separar nunca más.

## EPÍLOGO

Dante conocía mucha gente y, entre sus contactos, conocía a un juez que aceptó casarnos esa misma tarde.

Cuando a las ocho de la mañana llegamos a casa con la noticia, los chicos casi murieron de la impresión, y apenas fue hora de que abrieran el centro comercial Melisa y yo nos fuimos a meter a una tienda para conseguir algo que ponernos. Melisa insistió en que me comprara un vestido blanco. Sí, a esas alturas de la vida, ya incluso convertida en abuela era casi gracioso que me vistiera de blanco, pero mi hija dijo que era más que nada un simbolismo, quizás mi cuerpo no era virgen, pero mi amor por el hombre que me convertiría en su esposa era puro. Finalmente acepté comprar un vestido blanco, que claramente no era de novia, pero que servía para la ocasión: sobre la rodilla, con escote de encaje dejando mis hombros al descubierto.

A las tres de la tarde me vi metida en una peluquería y casi a las cinco llegué al registro civil, que haría una excepción y nos recibiría a esa hora. Allí, justo a tiempo, me encontré con Dante, mi prometido desde hace menos de doce horas, con un traje negro completo y corbata gris plata. Me observó y me sonrió.

—Estás preciosa —pronunció.

—Y tú muy guapo.

—Por eso vas a casarte conmigo ¿no? —bromeó.

El juez se instaló detrás de su mesón con los documentos pertinentes. Damián, con un traje medio hípster que incluía suspensores y un corbatín y Melisa, hermosa con un ceñido vestido verde botella, fueron los testigos de nuestra unión, además de los únicos invitados, junto a Diana que dormía en su cochecito.

Una vez que ambos dimos el sí y firmamos el acta, Dante me besó con pasión y apenas nos separamos los chicos se nos lanzaron encima para abrazarnos.

Salimos del registro civil; yo iba feliz, sujeta del brazo de mi marido.

—¿Dónde celebraremos? —pregunté.

—No hay tiempo, May —contestó Dante—. A las once de la noche sale nuestro vuelo.

—¿Qué vuelo? —interrogué desconcertada.

—Iremos a casa para que hagas tu maleta —agregó.

—¿Qué maleta? ¿A dónde vamos?

—Es obvio. Nos vamos de luna de miel.

Durante el camino me enteré de los detalles; Dan había buscado pasajes aéreos a algún lugar que pudiéramos irnos de viaje y compró para el primer destino que encontró y le pareció apropiado: Cuba.

Así fue como la fiesta de matrimonio fue en el bar del aeropuerto, con los niños sin poder beberse ni un trago, Melisa porque debía amamantar a su hija y Damián porque debía conducir de regreso. Dante y yo, por supuesto, nos bebimos sus tragos y los nuestros, por eso al despegar ya

estábamos demasiado contentos e hicimos el amor por primera vez como pareja casada en el baño del avión. Es que con Dante nada puede ser demasiado convencional.

# 1

Estuvimos una semana en Cuba, bebiendo ron como dementes. Dante, que al conocerlo era tan frío, arrogante y desagradable, resultó ser que feliz y con trago en el cuerpo es el señor de la noche. Tiene la capacidad de salir de fiesta una semana completa seguida —que fue lo que hicimos— y de despertar al día siguiente sin rastros de resaca y con un ánimo espléndido, mientras a mí me costaba al menos hasta el mediodía recuperarme. Jamás había salido, ni menos me había casado, con un tipo tan divertido. Por supuesto, cada noche después de la jarana regresábamos al hotel on fire, y en alguna que otra ocasión un empleado del lugar nos vio manoseándonos en el pasillo de camino a la habitación.

Fueron días maravillosos, en que disfrutamos de playa, fiesta y amor. Era gracioso ver a Dan con un sombrero estilo cubano, gafas de sol y un habano en la boca posando para que le tomara fotos y poder enviárselas a los niños, quienes, al darse cuenta de que nos habíamos casado antes que ellos se quejaron un poco.

Todo había sucedido tan deprisa que recién una vez de regreso en casa tuve tiempo de pensar en varias cosas, una de ellas: Andrés. Melisa no había sabido nada de él durante mi luna de miel y, un par de días después, encontré en el jardín una nota. Su letra era difícil de entender, supongo que como la de la mayoría de los médicos, y en ella Andrés escribía que estaba muy decepcionado de nuestra reacción ante su visita, que Melisa no era la hija que él esperaba que tendría —me imagino que se refería a que tuviera una bebé siendo tan joven— y que le habíamos dejado muy claro que no lo queríamos cerca, por lo que no insistiría y se retiraría en paz. Eso dijo pero no fue lo que hizo, ya que antes de marcharse derramó un bote de pintura roja sobre el capó del BMW de mi esposo. Dante, lejos de molestarse por aquella infantil venganza, llevó su auto a que lo lavaran y lo pulieran y fin del asunto. Lo hizo con una sonrisa en la cara, sintiéndose ganador del duelo.

Pero además de Andrés había otros temas que teníamos que aclarar, por ejemplo ¿Dónde viviríamos? ¿Qué sucedería con los niños y Diana?

Tras una larga conversación, decidimos que nos quedaríamos todos juntos a vivir en mi casa, y que el departamento de Dante estaría disponible para cuando quisiéramos algo de privacidad, tanto ellos como nosotros.

Fue una locura, claro. Si bien Dante y Damián llevaban cerca de un año yendo y viniendo, que vivieran con nosotras de forma permanente fue extraño. Melisa y yo nunca habíamos vivido con hombres y de repente los teníamos a ellos, una dupla bastante particular. Cabe destacar que a partir de entonces ni mi hija ni yo volvimos a entrar mucho en la cocina, porque con Damián estudiando para chef y Dante como aficionado no se necesitaban más manos.

Dante, por su lado, no demoró demasiado en conseguir empleo, como abogado en una importante firma. Cuando Demetrio supo que su hijo trabajaba para la competencia decidió tragarse su orgullo y llamarlo por teléfono. Se había enterado de nuestro matrimonio en las escasas conversaciones que tenía con su nieto, porque desde que el abuelo despidió a su padre el chico ya no lo visitaba y sólo hablaba con él en contadas ocasiones.

—Dante, ya sabes que el bufete siempre ha sido una empresa familiar; primero fuimos tu abuelo y yo...

—Y luego fuimos tú y yo, hasta que me despediste —gruñó mi marido—. Por mediocre, cobarde y por ser una vergüenza para ti.

—Lo siento, hijo, sé que te humillé, pero debes entender que estaba molesto por lo de Damián —se excusó—. Creí que aquello era una desgracia, pero al parecer terminé estando equivocado.

—Muy equivocado —le recalcó—. Melisa es una buena chica y excelente madre para mi nieta. Y Maya...

—Te casaste con ella, no tienes mucho que decir —interrumpió.

—Podría hablarte de May todo el día, pero no quiero.

—Ni siquiera me dijiste que te ibas a casar otra vez...

—¿Para qué? Soy un hombre adulto, puedo tomar mis propias decisiones —alegó.

—Me alegra que estés tan feliz —contestó con dificultad—. Por eso quiero que vuelvas a trabajar conmigo.

—No —se negó tajante—. No volveré.

—Dan, eres mi único hijo, por favor...

—Tu único hijo al que ni siquiera le gusta ser abogado.

La charla no duró mucho más y no hubo una reconciliación entre Demetrio y Dante. Ambos tenían un carácter complicado y ninguno quería dar su brazo a torcer. Recuperar su relación era algo que costaría mucho tiempo y esfuerzo.

Pronto los chicos volvieron a sus clases en la universidad, Diana quedó al cuidado de la guardería, Dante se vio trabajando en un despacho que no le hacía demasiada gracia pero que daba bastante dinero y yo continué en la agencia con Claudia.

Fueron muchos cambios en poco tiempo, fue, en cierto modo, cambiar de vida. Pero esa era la vida que cada uno de nosotros había elegido. Por fin éramos felices. Por fin éramos una familia.



## 2

Es un fin de semana cualquiera, en una tarde cualquiera. Estoy sentada en una de las sillas de terraza de ratán que tenemos en el jardín trasero de la casa. Al fondo, sentados en una banca pintada de blanco, Damián y Melisa están acurrucados charlando, mientras hacen lo mismo que yo: observar plácidamente como Diana juega a las muñecas sobre el césped. La niña ya tiene seis añitos, lo que significa que sus padres han cumplido veinticuatro y, en consecuencia, ya están casados. Lo hicieron a la semana siguiente del cumpleaños veintiuno de Melisa, con una fiesta apoteósica en un salón de eventos, tal como les dije que podían hacer. A esas alturas, ya nada que hiciéramos habría podido disuadirlos de una decisión que tenían tomada desde hace tanto tiempo.

De pronto un llanto se escucha desde el interior de la casa y Dante, que lleva media hora dormitando a mi lado, se levanta de su asiento.

—Yo voy —anuncia con un bostezo.

Minutos después vuelve con un niño caminando de su mano. Los miro y una sonrisa se instala en mi rostro.

—Ven aquí, mi amor —pronuncio.

—¿Me dices a mí o a él? —cuestiona Dan.

—A ambos.

Se acerca a mí para besarme y entregarme a Domingo FitzGerald, nuestro hijo de tres años. El pequeño tiene el cabello claro y los ojos oscuros de su padre, pero una expresión de tranquilidad que me recuerda a Melisa en su infancia.

Lo arrullo un momento, pero de inmediato ve a Damián, quién lo saluda a la distancia, y corre a su encuentro. Es un poco confuso que sea hermano de Damián y Melisa y tío de Diana por ambas partes, pero no nos complica. Somos una familia un tanto especial.

Diana aprovecha que Dante ha despertado y se dirige a él con disimulo, pero no logra escapar de la mirada de su madre.

—No comas golosinas, hija —advierte Melisa.

—Sí, mamá.

La niña llega junto a Dante y lo abraza. Los escucho hablar en murmullos.

—¿Quieres un chocolate? —ofrece Dan.

—Claro, abuelito.

Los vemos levantarse y entrar en la casa. Todos sabemos que irán a comer chocolates pero no decimos nada, porque su relación es así; Dante la mimaba tanto que roza estar malcriándola, pero dice que ese no es su problema porque es el abuelo y no el papá de la nena. En venganza es como Damián malcriaba a Domingo, con el mismo argumento de que es su hermano y no su padre.

Hablando de Damián, el muchacho terminó su carrera con honores. Estuvo trabajando como chef en una cadena de hoteles, donde rápidamente ascendió de puesto, hasta que una noche salió a cenar junto a su padre, solos. Al regresar nos dieron la noticia que de ahí en adelante serían

socios, porque acababan de cerrar el trato con un empresario que vendía su restaurante, y al día siguiente irían a la notaría a hacer efectiva la compra. Dante estaba feliz con el proyecto, porque lo que más deseaba era dejar las leyes de una vez.

Apenas les entregaron las llaves del local fuimos a verlo y resultó ser un desastre, con los vidrios rotos, una plaga de arañas y problemas con la red eléctrica, pero eso no los desanimó; una inversión enorme solucionó los problemas y en un par de meses pudieron abrir el restaurante, que comenzó teniendo capacidad para atender a treinta personas, pero que hoy, poco más de dos años después, puede recibir una centena de comensales. Dante es el administrador y Damián el chef principal, aunque mi marido, que ha tomado un par de cursos de gastronomía, también entra a la cocina de vez en cuando.

Melisa también terminó su carrera, de biotecnología. Actualmente está trabajando en un laboratorio médico y pronto comenzará un diplomado, que en el futuro espera complementar con algo más. Es una chica extremadamente inteligente y sé que va a lograrlo.

Los niños —que ya no son tan niños— ya no viven con nosotros. Finalmente optaron por ir a vivir solos con su hija al departamento de Dante. Él se quedó aquí conmigo y Dominguito, quien heredó la habitación que en el pasado habíamos acondicionado para Diana. El cuarto de Melisa sigue siendo de ella, para cuando se quedan a dormir con Damián. Diana le pidió una alcoba a su abuelito para venir a verlo y él de inmediato contrató albañiles y amplió la casa para conceder el deseo, así que la niña tiene donde quedarse en las noches que sus padres quieren salir a una cita o simplemente si le dan ganas de quedarse con nosotros, lo que es muy frecuente.

Pronto tomaremos el té, pero es probable que ni Diana ni Dante tengan hambre, porque los he estado mirando y sé que además del chocolate han vaciado un paquete de galletas. Solamente estamos esperando a Demetrio, mi suegro, que terminó por convencerse de que esta loca gente es su familia. Le costó, por supuesto, asumir que Dante dejaba de ser un abogado para meterse a un rubro desconocido como el negocio de los restaurantes, y es obvio que le causa cierto rechazo ver a su hijo y su nieto mayor metidos en una cocina, pero ha tratado de aceptarlo. Su relación con Dante ha ido mejorando con el paso del tiempo, sin embargo, ha sido complicado, pues mi marido quedó muy dolido tras la fea discusión que antecedió a su despido. Demetrio realmente ha tenido que esforzarse por recuperar la confianza de su hijo.

No me doy cuenta y veo aparecer a Demetrio, siguiendo a Dante por el jardín. Me saluda y de inmediato va con Damián y Melisa, y toma a Dominguito en sus brazos, pero entonces el niño recuerda que tiene madre y le dan ganas de ir conmigo. Mi suegro me lo entrega con una sonrisa y se asoma Diana, a quien su bisabuelo abraza con cariño.

Nos sentamos a la mesa los adultos, porque tal como predije Diana no tiene hambre y juega en la alfombra con Domingo. Los veo a todos charlar animadamente y reír, sin preocupaciones, sin pensar en lo que hemos pasado. Me pongo melancólica, porque hace no tantos años Melisa era lo único que tenía y ahora veo cómo ha crecido la familia, que al menos por mi lado no seguirá creciendo, porque Dan finalmente sí se hizo la vasectomía.

Qué loca es la vida, tengo poco más de cuarenta y dos años y ya soy abuela. Pero lo más importante es que soy feliz; con Damián, que es como mi hijo, con Melisa, que es mi orgullo, con Diana, que nos ilumina con sus risas, con Domingo, que es el niño de mi corazón, y con Dante que... no puedo resumirlo. Dante es el significado de la palabra amor, es mi compañero, mi

amigo, mi esposo. El hombre que me enloqueció y derribó las barreras que había puesto a mis sentimientos. Dante no ha sido una coincidencia. Es mi destino.